SOY SOSPECHOSA

MÓNICA BENÍTEZ

Soy sospechosa

Mónica Benítez

Copyright © 2020 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

https://monicabenitez.es

Twitter: @monicabntz

ÍNDICE

Algún día de diciembre.
Capítulo 1, la mala noticia.
Capítulo 2, las preguntas.
Capítulo 3, Lola.
Capítulo 4, lo correcto.
Capítulo 5, regalo anticipado.
Capítulo 6, ¿me vigilan o me acechan?
Capítulo 7, acción, reacción.
Capítulo 8, resbalón.
Capítulo 9, interrogatorio.
Capítulo 10, la explicación.
Capítulo 11, quiero que vuelva mi amiga.
Capítulo 12, traición.
Capítulo 13, confesión.
Capítulo 14, el despertar
Capítulo 15, ojitos.

Algún día de diciembre.

Ruth

Todo se vuelve muy lento durante las décimas de segundo que van a pasar hasta que me caiga al suelo, solo puedo pensar en Alba, la he dejado sola en ese desván pensando que estaría a salvo, que yo podría protegerla hasta que llegasen los refuerzos, pero ahora estoy aquí, aguantando el punzante dolor de dos impactos de bala antes de desplomarme sobre el suelo y dejarle la vía libre a mi atacante para llegar hasta ella.

Alba confía en mí, lo he visto en su forma de mirarme, y le he fallado.

Lucho contra mí misma intentando de forma desesperada encontrar fuerzas para mantenerme en pie y conseguirle más tiempo, pero mi cuerpo no responde y mis rodillas ceden, provocándome la mayor sensación de impotencia que haya sentido jamás.

Capítulo 1, la mala noticia.

Alba, aproximadamente seis semanas antes.

—Aprovecha Alba, que esta semana te quedas sin follar—soltó Lola sin compasión en cuanto cruzó la puerta.

Arqueé las cejas y la seguí con la mirada mientras se acercaba al balcón.

—¿Qué significa eso de que me quedo sin follar? —pregunté extrañada y algo preocupada, por no decir: muy preocupada.

—¿Recuerdas la semana de vacaciones que me queda? Nuestro querido jefe me obliga a cogérmelas ahora, así que Sergio y yo hemos decido marcharnos unos días.

Eran las siete de la tarde, me acababa de despertar después de haberme quedado dormida en el sofá mientras leía y todavía estaba algo aturdida. No conseguí contestar a mi amiga, todavía estaba procesando lo que acababa de decirme cuando vino hacia mí y me empujó, caí de nuevo al sofá del que acababa de levantarme tras la insistencia de su llamada al timbre.

—Te follaría en el balcón, pero hace mucho frío—aseguró en un susurro, mientras su mano se colaba por debajo de mis bragas.

Tras unos cuantos orgasmos, Lola y yo nos despedimos con un abrazo y me quedé sin mi mejor amiga durante una semana.

Capítulo 2, las preguntas.

Llevo siete años trabajando en esta empresa y sin duda lo que me sucedió aquella mañana fue lo más extraño que me había pasado nunca. Lola y yo siempre nos quejamos de lo aburrido y monótono que es nuestro trabajo, por cierto, Lola es mi mejor amiga, pero también mi compañera de trabajo, mi vecina y la mujer con la que en varias ocasiones me acuesto. Cuando Lola vuelva de su semana de vacaciones obligatorias porque a la empresa le viene bien, seguro que se queda alucinada con lo que me ha pasado.

Trabajamos en un almacén de distribución logística, es decir, los chóferes recogen cargas en varios destinos, las traen aquí y nosotros nos encargamos de agrupar las mercancías según su destino para después cargarla en el camión que las transportará a su destino final.

Lola y otros doce trabajadores son los encargados de hacer esas agrupaciones dentro del que nosotros llamamos almacén uno, y yo soy la que lleva la carretilla elevadora y se encarga de descargar y cargar camiones en el almacén dos. Mi amiga siempre dice que prefiere su puesto antes que el mío, que en invierno está calentita, ya que en mi almacén solo hay sitio para las mercancías, así que los camiones los cargo en plena calle, que en verano está fresca, y que además puede socializar con el resto de los compañeros. Tiene mucha razón, sobre todo en lo del clima, pero por lo demás, yo prefiero el mío.

Tanto su almacén como el mío están juntos, separados tan solo por una pared enorme de hormigón y unidos por una puerta que utilizamos para entrar o sacar las cargas. Conozco a todos mis compañeros porque ellos son los que me traen las mercancías una vez están listas para cargar y porque, además, la hora del desayuno es la misma para todos.

A mí me parece una ventaja estar en mi puesto porque no tengo que aguantar a nadie, los veo a todos un rato cada día, pero no lo suficiente como para que se me hagan pesados o llevarme mal con alguien, que seamos sinceros, eso es lo que acaba pasando cuando te pasas ocho horas junto a otras personas, con unas estableces amistad, otras te resultan indiferentes y con otras te llevas mal. No es mi caso, me llevo bien con todo el mundo y además cada día me distraigo con las tonterías de los chóferes, que puedo garantizar que son muchas. Creo que es justo decir que no me acaba de disgustar del todo mi trabajo.

Como digo, mi amiga y yo siempre hablamos de lo monótono que es trabajar allí, tanto en su puesto como en el mío porque, aunque sean diferentes siempre pasan las mismas cosas; la cagada de uno, el

cotilleo de la otra, la carga que se me cae, el jefe que grita por gritar, el chófer que se enfada porque tiene que esperar o los compañeros que se acaban liando. En fin, en contextos diferentes siempre es más de lo mismo, menos hoy, al menos para mí.

Empezaba a hacerse de día y estaba cargando un camión con mi chaqueta reflectante, una braga que me tapaba la boca, la nariz y las orejas, y los guantes de forro polar, aun así, estaba muerta de frío.

—Tan tapada estás irreconocible Alba—se carcajeó el chófer al que iba a cargarle.

La verdad es que para ser finales de noviembre estaba haciendo más frío que otros años. Entré en el almacén a coger una caja y cuando salí para cargarla en el camión, vi como un coche aparcaba justo al lado de la puerta por la que yo salía, la verdad es que me da mucha rabia que la gente haga eso, se ponen justo ahí porque creen que mientras no obstaculicen la puerta no pasa nada, pero nunca se plantean la posibilidad de que a veces las cargas no son estables y pueden volcar mientras voy en marcha, y si eso pasa al lado de la puerta y hay un coche aparcado, al dueño no creo que le haga gracia que le caiga encima.

En fin, observé el coche mientras cargaba el camión, lo cierto es que no me sonaba de nada, así que pensé que sería algún comercial nuevo que venía a venderle algo a mi jefe.

Me resultó extraño que dentro hubiera dos ocupantes, eso no era habitual, siempre venía uno solo. De pronto se abrió la puerta del conductor y se bajó una mujer con un aire de superioridad tan elevado como su atractivo y una expresión tan gélida como el frío que sentía en los pies. Tenía el pelo negro y largo recogido en una cola alta perfecta. Iba vestida con unos vaqueros ajustados y una chaqueta tipo plumón del mismo color de su pelo.

Nos miramos durante unos instantes, o más bien nos escaneamos, fue un momento muy extraño porque sentí como si aquella mujer me estuviera analizando y en cierto modo yo la analizaba a ella, como si ambas valoráramos el nivel de amenaza que suponía la otra, está claro que yo no calibré nada bien.

Salimos de aquella especie de parálisis visual a la vez y justo cuando iba a decirle que hiciera el favor de quitar el coche de allí, ella me hizo un gesto con la mano pidiéndome que me acercara. Fue tan sexy y autoritario a la vez, que obedecí de inmediato y durante los dos segundos que tardé en ponerme cerca de ella con la carretilla, empecé a pensar que tal vez era alguien que buscaba alguna empresa, no era la primera vez que la gente se paraba allí para preguntarme donde estaban otras empresas del polígono, pero me equivoqué.

Me detuve a unos tres metros de ella, como hacía con todo el

mundo. Era una distancia suficiente para que pudiera decirme lo que fuera que quería, pero en lugar de eso empezó a caminar en mi dirección con paso rápido, firme y seguro, por un momento pensé que iba a subirse a la carretilla conmigo y me sentí algo incómoda ante la seguridad que mostraba aquella mujer, entonces se detuvo justo a mi lado izquierdo, y sin apartar sus ojos de un increíble color miel de mí, se metió la mano en el bolsillo, sacó una especie de cartera y la abrió unos instantes para dejarme ver su placa. Mientras lo hacía me dijo algo, supongo que se identificó como policía o algo así, pero aquello me pilló tan de sorpresa que no entendí una palabra de lo que me dijo.

Ni siquiera sabía si la placa era de verdad o falsa porque casi no me dejó verla, pero mi instinto en aquel momento me decía que tenía ante mí a una agente de la policía vestida de paisano con su compañero esperando en el coche, así que no pensaba pedirle que me la enseñara de nuevo.

—Buenos días, ¿puedo hacerle unas preguntas? Será un momento—aseguró sin retirarse ni un centímetro.

Se me hizo muy raro que me tratase de usted, a mis treinta y dos años ya me había encontrado con algún crío que me había hablado así, pero ella parecía de mi edad o tal vez un poco más grande, y aunque sabía que eran gajes de su oficio, no dejaba de ser chocante. Deduje que se había pegado tanto a mí para que los chóferes que había por allí esperando su turno no vieran su placa, ante todo discreción, ¿no?

—Buenos días, no, claro que no.

—¿Le importa apagar el motor?

Por la expresión férrea de su rostro deduje que más que una pregunta era una orden.

—Perdón—dije tras apagarlo de inmediato.

—¿Puede bajarse eso? —me pidió señalando la braga que cubría mi cara.

¿Pensaba pedirme algo más? Lo hice de inmediato, pero no me gustó nada su gesto, se comportó como si fuera superior a mí y fuera una obligación hacerlo, una especie de exigencia para hablar con ella y su inteligencia superior.

—¿Siempre trabaja aquí fuera, con los camiones? —preguntó mientras observaba a nuestro alrededor.

—Sí.

—Entonces estará habituada a ver los mismos vehículos aparcados y más o menos las mismas caras siempre, ¿no?

—Supongo que sí—contesté con indiferencia.

—¿Ha visto algo diferente en los últimos días? ¿Algún vehículo nuevo? ¿Alguien que no le resulte familiar?

—Pues no sabría decirle, creo que no, aparte de usted—sentencié,

ella alzó una ceja y algo que no supe identificar me vibró por dentro.

—¿Nada ha llamado su atención? —insistió.

—No.

—¿Sabe si hay alguna nave vacía en este polígono?

—Me parece que están todas ocupadas, pero tampoco sabría decirle con seguridad, al otro lado de ese puente hay dos o tres naves más, creo, tal vez alguna de esas.

—Ya hemos estado allí, no encaja con lo que andamos buscando. ¿Y alguna empresa nueva?

—Ni idea—contesté con algo de impaciencia.

Tal vez el único encanto de aquella mujer fuese su atractivo, porque se comportaba como un auténtico robot, era fría y soberbia, no dejaba de mirarme y tenía la sensación de que cada vez que le respondía intentaba descubrir si le mentía o no. Era de esas personas que hacen que te sientas tonta a su lado y eso me molestaba mucho, pero joder, era muy guapa y tenía un tono de voz seco, pero a la vez muy cálido. Tengo que reconocer que me molestaba su actitud, pero a la vez me intrigaba.

—¿Cuánto tiempo lleva usted trabajando aquí? —quiso saber.

—Unos siete años.

—¿Conoce bien a sus compañeros? —preguntó soplándose un mechón de flequillo.

—Bueno, tanto como bien no—contesté algo aturdida por el efecto que me provocaban ese tipo de gestos—yo estoy aquí fuera siempre, pero más o menos tengo trato con todos.

—¿Ha visto algo extraño dentro de su empresa? ¿Alguna situación que le haya parecido diferente a lo habitual?

—No que yo sepa.

—¿Y algún comentario de algún compañero?

Joder, que pesada, menos mal que era un momento. Me estaba empezando a sentir incómoda, solo me faltaba que llegase mi jefe y al verme hablar con ella se pensase que me estaba escaqueando con una amiga que había venido a verme.

—Oiga, no sé muy bien de qué habla ni lo que busca, en todas las empresas hay comentarios entre los compañeros, pero si quiere saberlos tal vez debería preguntarle a alguien de dentro, como le digo, yo siempre estoy aquí fuera.

Me sorprendió lo tranquila que estaba dada la situación, supongo que porque sabía que yo no había hecho nada malo y que fuera lo que fuera lo que estaban buscando no iba conmigo.

—No es necesario, ¿siempre hace usted el mismo horario? —siguió ignorando mi impaciencia.

—Sí, de seis a dos.

—¿No hay actividad en la empresa por la tarde?

—Sí, se preparan pedidos, pero lo que son las cargas se hacen casi todas por la mañana.

—Pero también se hacen por la tarde—afirmó.

—Menos, pero sí.

—¿Conoce a sus compañeros de la tarde?

Y dale, que reconozco que había algo en ella además de su atractivo evidente que me atrapaba, y que en cualquier otro lugar me hubiese encantado mantener una conversación con ella, preferiblemente de otra cosa, pero estaba trabajando joder.

—A algunos—contesté con desgana.

—Muy bien, gracias por su colaboración, no le robo más tiempo, que tenga un buen día.

—Igualmente.

—Por cierto, el cinturón está ahí para que usted se lo abroche, no es una decoración—dijo señalándolo con un dedo índice fino y largo.

Rodeó la carretilla sin mirarme, se subió en el coche y se marchó como si fuera un fantasma. Menuda gilipollas. Me quedé un rato mirando la calle por la que se había marchado y pensando en todas las preguntas que esa mujer me había hecho y en el poco sentido que tenían para mí.

—¿En qué lío te has metido Alba? —gritó burlón el chófer al que había dejado a medias para atender a la poli.

—¿Lío? —pregunté sorprendida mientras ponía la carretilla en marcha de nuevo.

—Policía secreta, fiiu—silbó otro mientras los demás se reían.

—¿Habéis visto la placa? —pregunté sorprendida, yo apenas la vi de refilón.

—Desde luego todo lo que tienes de guapa lo tienes de ingenua Alba, no hace falta ver la placa, se veía a una legua que esos dos eran de la secreta. ¿Qué te ha preguntado?

—Nada, quería saber si había visto a un tío muy feo por aquí, yo le he dicho que vosotros me parecéis todos igual de feos y la pobre se ha marchado asustada—bromeé encogiéndome de hombros.

Pasé el resto de la mañana distraída con los camiones, los chóferes y sus gilipolleces, no tuve mucho tiempo de darle vueltas a todo aquello, pero cuando terminé mi turno y me senté en el coche para irme a casa, empecé a pensar en todas las preguntas de aquella mujer.

Primero pensé en acudir al despacho de mi jefe al día siguiente para contárselo, para que tuviera en cuenta que la policía buscaba algo por allí y que me habían hecho muchas preguntas sobre la empresa. La verdad es que el desconocimiento en algunos temas a veces es inquietante, porque de pronto empecé a pensar que a lo

mejor mi jefe se enfadaba conmigo y me decía que no tenía por qué haber contestado a todas esas preguntas, que eso era ilegal o algo así, pero luego recordaba que aquella policía me había preguntado si podía responder unas preguntas y yo le había dicho que sí, en fin, estaba hecha un puto lío.

Me seguía debatiendo entre contárselo o no a mi jefe, cuando sentí una incómoda sensación al caer en la cuenta de que una mañana sí que había visto algo sospechoso en mi empresa, o como poco raro, pero tampoco le había dado importancia.

De pronto me sentía entre la espada y la pared, no podía dejar de pensar en que a lo mejor aquello que había visto tenía algo que ver con lo que aquella mujer buscaba y que si me lo callaba estaría cometiendo algún tipo de delito grave.

En un día normal habría subido la planta que separaba mi apartamento del de Lola, habría follado con ella para desahogarme y después de que mi amiga me hubiera dejado tremendamente relajada le habría pedido consejo, pero Lola no estaba y yo tenía la cabeza como un bombo. Solo conseguí tomar una decisión aquella tarde, no le contaría nada a mi jefe y rezaría para que no le llegara la noticia a través de los chóferes que habían sido testigos del interrogatorio.

Capítulo 3, Lola.

Me pasé toda la mañana siguiente en el trabajo completamente ensimismada, no podía dejar de darle vueltas a todo aquel asunto y odié profundamente a mi jefe por haber obligado a Lola a coger vacaciones precisamente aquella semana, la única en la que había pasado algo diferente.

Lola aprovechó la ocasión para irse a pasar unos días a Alicante con Sergio, su novio. Sí, Lola tiene novio y folla conmigo, pero no es culpa mía ni de él, es solo de ella. Lola repele los compromisos y las obligaciones como nadie, lleva cuatro años saliendo con Sergio, pero desde el minuto uno le dejó muy claro que ella no se casaba con nadie, que no le podía garantizar ser fiel, porque no lo había sido nunca ni pretendía serlo, la monogamia no es una de sus cualidades.

Le gusta disfrutar de la vida y de las oportunidades que se le presentan, aunque no por eso vamos a decir que no quiere a su novio, es solo que lo quiere a su extraña manera. Él está tan enamorado de ella que aceptó estar con Lola sin tener la exclusiva, sabe que ella se acuesta conmigo y aun así él y yo nos llevamos muy bien. Sergio lo acepta, supongo que piensa que mejor conmigo que con otra, o con otro.

Nuestro rollo folla-amiga empezó hace dos años. Ella comenzó a trabajar en mi empresa y la primera vez que vino a mi almacén con una carga se estableció una especie de conexión entre nosotras. Nos caímos muy bien y estuvimos un buen rato hablando, dos horas después volvió y nos intercambiamos el número de teléfono. Esa misma tarde quedamos para tomar algo y convertimos ese hábito en algo que repetíamos casi cada día, en menos de dos semanas ya estábamos al corriente de la vida de la otra y una mañana apareció en mi almacén sin excusa y se subió a la carretilla cuando me paré a su lado.

—¿Qué coño haces loca? ¿Quieres que nos echen? —pregunté divertida.

—No seas aguafiestas, conduce este trasto anda, que no veas como me pone verte con esa ropa de mecánico y conduciendo este cacharro—bromeó.

Fue un poco más tarde cuando descubrí que no era broma. Se sentó sobre mis piernas dejándome casi sin espacio para girar el volante, pasó un brazo por detrás de mis hombros y se pegó a mí dejando sus voluminosos pechos rozando mi boca. En aquel momento no había camiones y yo me encontraba ordenando las cajas del almacén, así que le hice caso y empecé a avanzar despacio por la nave aun a riesgo de que alguien nos viera.

—Ayer me enteré de que mi vecina de abajo se muda mañana, su apartamento es justo lo que buscas Alba, pequeñito, acogedor y barato. Y la zona ya la has visto, pueblo tranquilo, montaña, yo— sonrió señalando su cuerpo, que a cada momento que pasaba se me hacía más apetecible.

Detuve la carretilla y sonreí, porque justo una semana antes me había estado enseñando el apartamento en el que vivía sola, sin Sergio, porque eso formaba parte de su norma, nada de compartir el espacio vital. Me encantó todo en general, sobre todo la zona, era un pueblo que se encontraba rodeado de montaña prácticamente por todos lados y estaba a diez minutos en coche de nuestro trabajo, además, precisamente el bloque de Lola era el último de una de las cuatro calles del pueblo, por lo que salías del portal y te encontrabas de frente con el esplendor de la naturaleza.

Hacía seis meses que mi exnovia me había dejado y se había marchado del apartamento que las dos teníamos alquilado. Yo le había contado a Lola que quería dejarlo, no solo por los recuerdos que me traía, sino porque era demasiado caro para pagarlo yo sola.

—Me interesa, ¿con quién tengo que hablar antes de que me lo quiten? —pregunté impaciente.

—No te preocupes, ayer llamé al dueño y le dije que tenía una amiga interesada, le di tú número, te llamará esta tarde.

—Eres la mejor Lola—dije achuchándola con fuerza por la cintura.

—Lo sé.

Entonces se giró un poco más y sin previo aviso empezó a besarme. Durante un segundo me quedé paralizada, porque yo no sentía nada por ella y estaba segura de que ella por mí tampoco, pero me besaba como si me deseara desde hacía tiempo, entonces pasó otro segundo y me di cuenta de que sí que me deseaba, me deseaba para eso, para pasar un buen rato sin ningún tipo de compromiso, porque Lola era así.

—Lola…—susurré nerviosa entre sus labios.

—¿No te gusta?

—Claro que me gusta—aseguré mientras una ola de calor se apoderaba de mi cuerpo.

Su beso no cesaba y tengo que reconocer que me gustaba mucho su forma de mover la lengua dentro de mi boca.

—Nos van a pillar Lola—conseguí decir.

—Mmmm—murmuró todavía en mi boca—me voy a marchar porque necesito el trabajo que si no…

—Si no, ¿qué? —pregunté divertida y excitada a la vez.

Se bajó de un salto, estiró sus brazos para alcanzar mi cara y llevarme hasta sus labios otra vez, y justo cuando iba a besarla de nuevo se apartó y me susurró al oído:

—Tengo muchas ganas de follar contigo Alba—y la muy cabrona se fue.

Nunca pensé que algo tan vulgar me excitaría tanto, pero oírla decir aquello me puso muy cachonda. La observé mientras se alejaba, nunca me había fijado en ella de ese modo porque sabía que tenía novio, pero ahora que me había abierto una puerta lo cierto es que Lola tenía un punto muy sexy, y sabiendo lo claro que lo tenía ella todo, no veía porque no podía beneficiarme yo también de su falta de interés por el compromiso.

Esa tarde el dueño del edificio me llamó y quedamos para que me enseñara el apartamento. Llamé a Lola y le pedí que me acompañara a verlo. Cuando salimos y el dueño me dijo que al día siguiente tendría el contrato preparado subí con ella a su apartamento. Tal y como entramos me acorraló contra la pared y empezó a desabrochar mis vaqueros con desesperación, nunca me hubiera imaginado que Lola llegara a ser tan habilidosa con las manos hasta que tuve una de ellas jugando entre las piernas, aquella tarde follamos tres veces antes de acabar agotadas y desnudas en su sofá. Yo me quedé tumbada mirando al techo y ella se sentó en el filo a fumarse un cigarro que cogió de la mesita.

—¿Qué piensas? —preguntó dedicándome una mirada de ojos entornados.

—Nada, es que es un poco raro Lola.

—¿Por Sergio? —comentó mientras dejaba el encendedor y soplaba el humo de la primera calada.

—Sí.

De pronto dio otra calada profunda, se giró y sopló el humo del cigarro entre mis piernas.

—Pescado ahumado—bromeó.

—No me eches esa mierda—me quejé sin poder contener la risa ante su ocurrencia.

—Ahora en serio, no te preocupes, él ya lo sabe.

—¿Ya lo sabe? ¿Qué sabe? —pregunté alarmada.

—Que tarde o temprano tú y yo íbamos a acabar desnudas. Tengo un pacto con él, pero no le oculto las cosas Alba, te encuentro muy atractiva y no veo porque no podemos disfrutar también del sexo, si tú quieres claro.

Ahí empezó todo, desde entonces Lola y yo no solo somos muy buenas amigas, también nos acostamos muchas veces, aunque desde un principio yo también le dejé claro a ella que en caso de que yo tuviera pareja algún día nuestros encuentros sexuales se tenían que acabar, respeto el estilo de vida de mi amiga, pero a pesar de que participo, no lo comparto.

Capítulo 4, lo correcto.

Después de darle muchas vueltas decidí que lo mejor sería ir a comisaría, preguntar por aquella mujer y contarle lo que había visto, al fin y al cabo, si era una chorrada a mi jefe no le pasaría nada.

Durante el trayecto no podía dejar de darle vueltas a una pregunta, ¿iba allí porque quería colaborar con la justicia o iba porque quería volver a ver a la poli estúpida y sexy? La verdad es que no tenía la respuesta muy clara.

—Estoy buscando a una mujer que trabaja aquí, pero no sé su nombre o apellido.

Creo que nunca me había sentido tan ridícula como en aquel momento. El agente de la entrada me miró con gesto serio y de pronto supe que encontrar a aquella mujer iba a ser más complicado de lo que yo pensaba.

—Pues me temo que no podré ayudarla, aquí trabajan muchas mujeres—sentenció muy serio.

—Era morena, bueno, es morena, y guapa—añadí nerviosa—también es muy guapa. Es policía, me interrogó el otro día en plena calle, tal vez si pregunta.

—Se interroga a mucha gente cada día, aquí y en la calle. Si no sabe su nombre o su número de placa me temo que será imposible que pueda ayudarla. ¿Para qué la busca? —Quiso saber.

—Quería hablar con ella sobre una cosa que me preguntó. Fue el lunes, tal vez podría mirar quién trabajaba ese día, no sé.

—Lo siento, no puedo hacer eso, pero puedo hacerla pasar y le cuenta usted a otro compañero lo que sea que quiera comentarle a ella.

—No, no voy a hablar con nadie que no sea ella, además creo que es una tontería, solo quería comentárselo por si acaso, pero da igual.

—¿Está segura de que habló con una policía? Todos los agentes se identifican antes de hablar con nadie, pero usted dice que no sabe su apellido.

—No me enteré cuando me lo dijo y después no se lo pregunté, es igual, olvide que he venido.

—También puede dejarme su nombre y un número en el que localizarla, después puedo preguntar, a ver si averiguo quién fue—insistió con desgana.

Me lo pensé durante unos segundos y al final decidí que no, ya me habían mareado bastante y yo ya tenía la conciencia tranquila, al menos lo había intentado. Si mi jefe era sospechoso de algo estaba segura de que no me necesitaban a mí para averiguarlo. Además, me decepcionó bastante el hecho de que aquel chico no se esforzara en

encontrarla mientras yo estaba allí, supongo que él hacía su trabajo, pero podría haber mostrado más interés y no tratarme como una mentirosa.

Esa tarde pasó sin pena ni gloria, exactamente igual que toda la mañana siguiente en el trabajo. La sorpresa me la llevé cuando llegué a casa, aparqué el coche en una pequeña explanada que había entre mi bloque y el inicio de la montaña y cuando me bajaba, otro coche aparcó justo a mi lado. Miré un instante, simplemente por curiosidad, allí casi siempre aparcábamos los mismos y ya tenía memorizados todos los vehículos, sabía de quién era cada coche y aquel no me sonaba. Me quedé de piedra en cuanto se detuvo del todo porque, a pesar de que llevaba gafas de sol la reconocí en seguida, era la poli estúpida y sexy.

Se bajó, se quitó las gafas y se las colocó encima de la cabeza haciendo de diadema para su melena que en aquel momento llevaba suelta, tenía el pelo muy fino y liso, lo llevaba colocado por detrás de las orejas y le caía por encima de los hombros con un brillo que deslumbraba con el reflejo del sol. Llevaba la misma chaqueta que el primer día que la vi, con la diferencia de que esta vez la llevaba abierta y me permitió observar un jersey blanco ajustado que dejaba ver una talla de pecho menuda, pero que sin duda me hubiera encantado tener entre mis manos, lástima que siguiera con aquella cara de estirada.

—Buenas tardes—saludó rodeando mi coche y colocándose justo en frente de mí.

Ahora que no estaba sentada en la carretilla y estábamos las dos a la misma altura me sentí algo más intimidada, era un poco más alta que yo y su mirada era perforadora y desconfiada, gélida como el primer día, aunque a su favor diré que tuvo el detalle de quitarse las gafas de sol para hablar conmigo.

—Hola.

—Creo que me estaba usted buscando—dijo metiendo las manos en los bolsillos para protegerlas del frío.

—Sí, la buscaba—respondí aturdida.

—Bien, pues aquí me tiene, ¿qué quería?

Si no fuera porque era una agente de la ley la hubiera mandado a la mierda, no esperaba que me sonriera ni nada, pero tanto su tono como su expresión corporal eran de esas de *ni se te ocurra pensar que me caes bien*. Solo le faltaba escupirme.

—Quería comentarle algo que recordé y que responde a una de sus preguntas del otro día, aunque no sé si será importante.

—Deje que yo decida lo que es importante y lo que no—soltó en tono borde.

Empecé a caminar, si ella era una estúpida yo no cambiaría mi rutina por ella. Cada día cuando llegaba de trabajar dejaba el coche y me iba directamente por uno de los senderos que salían de allí para dar un paseo, unas veces duraban más y otras menos en función de lo cansada que llegara ese día, pero lo hacía siempre, me relajaba mucho y me servía para estirar las piernas después de ocho horas sentada en la carretilla.

—¿A dónde va? —preguntó con sorpresa.

—A estirar las piernas, llevo todo el día sentada.

Empezó a caminar a mi lado con cara de fastidio, pero no sabía si era por tener que pasear o por tener que ceder conmigo, como siempre tenía la misma cara de estúpida.

—Le agradecería que me contase eso que ha recordado, tengo otras cosas que hacer—me apremió.

Decidí ignorar sus comentarios de robot e ir directa al grano, me resultaba muy atractiva pero no lo suficiente como para compensar tanta soberbia, al menos no aquella tarde.

—Usted me preguntó si había visto algo extraño en mi empresa, pues bien, hace un par de semanas fui a trabajar el sábado, fuimos solo tres empleados porque había que arreglar algunas cosas en el almacén, nada más.

Por primera vez me miró como si realmente me estuviera prestando atención y entonces aflojé el ritmo de mis pasos enfadándome conmigo misma. ¿Iba a bailarle el agua a esa mujer? Cuando era borde, quería alejarla de mí con todas mis fuerzas, ¿y le bastaba mostrar un mínimo interés para que de pronto quisiera mantenerla cerca? Genial Alba.

—¿Y qué pasó aquel sábado? —preguntó mientras caminaba a mi lado.

—Llegó un camión a media mañana, los sábados no se trabaja, por lo tanto no hay descargas, pero al verlo pensé que mi jefe lo había pedido porque sabía que tendría gente allí para manipular la carga. Cuando fui a coger la carretilla para descargarlo me detuvo, me dijo que ya se encargaba él y que podíamos irnos a casa, que nos pagaría el día completo.

—¿Y se quedó él solo? —preguntó con curiosidad.

—Él y el encargado, los demás nos fuimos.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las once.

—¿No pudo ver usted lo que había en el camión?

—No, ni yo ni ninguno de mis compañeros.

—Entiendo, ¿y el lunes? Cuando volvió a su puesto ¿vio alguna caja extraña? ¿Algo que pudiera ser lo que se descargó aquella mañana?

—No vi nada extraño, hay muchas estanterías llenas de cajas que se pasan allí mucho tiempo, no suelo fijarme en ellas hasta que no me las piden, así que puede que hubiera algo nuevo, pero yo no me di cuenta.

Elegí un camino corto y circular para caminar con ella, y aunque lo había hecho a propósito desde un principio porque no quería alargar mucho mi conversación con aquella criatura estirada y estúpida, ahora me arrepentía de no haber escogido otro un poco más largo, porque aunque era una mujer tremendamente fría y distante tenía algo que me atraía, y no era solo algo físico, había algo en ella que me gustaba aunque no tuviera ni idea de lo que era.

—¿Puedo preguntarle su nombre? Por si recuerdo algo más, quiero decir—comenté haciéndome la distraída.

Eso último lo especifiqué porque me miró de nuevo con aquel aire de superioridad, como si yo no fuera digna de conocer su nombre y eso me arrancó un sentimiento de impotencia, ¿qué coño le pasaba a esa mujer? ¿Y qué me pasaba a mí? ¿Cómo podía atraerme alguien tan sumamente desagradable joder?

—Ya se lo dije el otro día, veo que no prestó usted mucha atención.

Creo que algo me hirvió por dentro en aquel momento y puedo asegurar que contuve mucho las ganas que me entraron de pegarle una buena hostia y mandarla a la mierda, pero era policía la muy imbécil, y por lo visto se creía que tenía derecho a hablarme como si yo fuera un puto grano en el culo.

—Ya hemos llegado, su coche está allí—la informé indignada.

Me di media vuelta y me dirigí a otro camino.

—¿A dónde va?

—A seguir caminando, que tenga un buen día.

Ni siquiera me dijo adiós o me dio las gracias por la información, se metió en su coche y se marchó levantando una nube de polvo.

Caminé casi otra hora más por los senderos, necesitaba agotarme para no pensar en aquella mujer. Volví a casa, me di una larga ducha y después comí y me eché una siesta que prácticamente empalmé con el día siguiente, solo me levanté para cenar un poco y bajar las persianas.

Estaba bajando la de mi habitación cuando algo llamó mi atención en la calle, a una distancia desde la cual no podía distinguir ni siquiera el modelo, había un coche aparcado al lado de los contenedores de basura, no sé muy bien porque, pero me dio mala espina, así que apagué la luz de mi habitación y observé a oscuras, había alguien dentro del vehículo, podía ver su silueta oscura y como se movía ligeramente de vez en cuando. Me acojoné bastante, empecé a imaginarme que mi jefe se había enterado de lo que yo había dicho y

que había enviado a alguien a vigilarme y todas esas gilipolleces de película. Al final conseguí sacar aquellos pensamientos absurdos de mi mente, bajé la persiana y me acosté tapándome la cabeza con el edredón.

Capítulo 5, regalo anticipado.

El despertador sonó a las cinco y cuarto de la madrugada como cada mañana, lo primero que hice fue subir la persiana ligeramente sin encender la luz para ver si aquel coche seguía allí. No estaba y eso me hizo respirar aliviada, porque salir a esas horas a la calle sola me inquietaba un poco, la verdad. Incluso aunque estuviera Lola trabajando, porque a pesar de que las dos hacíamos el mismo horario nunca íbamos juntas al trabajo, a Lola le gustaba apurar hasta el último segundo en la cama, siempre llegaba con el tiempo justo y eso era algo que me ponía muy nerviosa, así que nunca me la encontraba cuando iba a buscar el coche, de hecho, solía escuchar como subía sus persianas cuando yo salía por la puerta. Nunca conseguiré entender esa tranquilidad que tiene para ciertas cosas.

Salí a la calle no sin cierta inquietud, pero se me pasó de golpe cuando por enésima vez di un resbalón y mi trabajo me costó mantener el equilibrio y no caerme. Poco antes de llegar a mi portal había una elevación de asfalto de esas que se hacen para obligar a los coches a ir más despacio. Hasta ahí bien, pero no se les había ocurrido otra cosa que pintar un paso de peatones encima, y con las heladas y el desnivel, las rayas blancas resbalaban mucho. Cada vez que pegaba un patinazo me decía a mí misma que a la mañana siguiente me acordaría y evitaría pisar allí, pero era misión imposible, no me acordaba nunca y las mañanas que no ponía el pie encima de la raya blanca era por pura casualidad.

La mañana en el trabajo se me pasó bastante rápida, era jueves y no solo estaba contenta porque al día siguiente era viernes, lo estaba todavía más porque también era el día que Lola volvía de sus vacaciones en Alicante y estaba deseando verla.

Después de otro largo paseo y mi habitual ducha me comí los cuatro restos de comida que encontré por la nevera y decidí que había llegado el momento de volver a llenarla. Odiaba ir a comprar, así que solía hacer una compra mensual y la única tienda que pisaba durante el resto del mes era la panadería.

Me puse ropa cómoda y cuando salí al rellano un ruido que me resultaba muy familiar me hizo detenerme en seco, era el ruido que hacían las llaves de Lola cuando abría su puerta desde dentro.

—¡Alba, Alba, Alba! Espera... —oí que gritaba desde la planta de arriba.

Me acerqué sorprendida al pie de la escalera y la vi bajar corriendo, iba descalza y con una bolsita en la mano. Se abalanzó sobre mí y empezó a besarme despacio mientras me iba arrinconando contra la pared.

—Creía que volvías mañana—susurré emocionada entre besos.

Mi espalda topó contra la pared y ella separó sus labios para mirarme, aunque todo su cuerpo seguía apoyado en el mío y no pude resistirme a agarrar sus nalgas y acercarla más a mí.

—Mmmm me gusta que hagas eso—susurró—los padres de Sergio han tenido no sé qué problema en casa y volvimos anoche.

—¿Por qué vas descalza?

—Porque te he oído salir y no quería que te escaparas, pensaba bajar más tarde, cuando hubieras descansado un poco. ¿A dónde vas con ese chándal sin mi permiso? Ya sabes lo mucho que me pones así…

—A comprar un poco—contesté turbada por el deseo que me producían sus comentarios.

Su mano se abrió paso rápido por dentro de mis pantalones y empezó a acariciar mi sexo por encima de las bragas, era lo malo de ponerse chándal y toparse con Lola, o lo bueno.

—Ve mañana—sugirió dándome besitos en el cuello y colando sus dedos por el lateral de mis bragas.

—Tengo la nevera temblando Lola—me quejé extasiada.

—Temblando te quedarás tú cuando acabe de follarte Alba—susurró.

Operación compra abortada por causas mayores.

—Vale—sonreí—Lola para, nos van a ver.

Lo dije sí, pero porque yo era la responsable de las dos y era lo que debía decir en ese momento, pero la verdad era que me daba igual, Lola había conseguido excitarme tanto que si hubiera decidido follarme en el rellano la habría dejado, por suerte no lo hizo.

—Vamos dentro que se me congelan los pies—ordenó dando saltitos.

Entramos en mi apartamento besándonos, y después de cerrar la puerta con un golpe seco, Lola apoyó el culo en el zapatero que tenía en la entrada. Esta vez era yo la que había introducido la mano por debajo de su pantalón y sus bragas y fue ella misma la que se lo acabó de bajar todo para facilitar mi maniobra. Acaricié todo su sexo despacio mientras nos besábamos, y ante la exigencia de su respiración, sus caderas y su humedad, poco a poco la empecé a penetrar, aunque Lola era una salvaje con las palabras y en ocasiones parecía fría, le gustaba que se lo hiciera lento. Conocía su cuerpo y los movimientos que mayor placer le provocaban tan bien que no me resultaba nada difícil llevarla al orgasmo.

—Mmmm, joder—susurró en mi oído—¿Por qué Sergio no puede follarme así de bien? —se quejó mientras masajeaba su interior.

—Sí que puede, solo tienes que decirle lo que quieres—contesté ayudándome de la otra mano para masajear también su clítoris.

—No, no puede, él...él tiene los dedos...mmm joder...tiene los dedos ásperos y gordos...no puede.

Sabía que Lola estaba a punto, sus caderas y sus jadeos me lo estaban avisando, pero de vez en cuando me gustaba mantenerla en ese estado, en el momento previo, me gustaba cuando me hablaba jadeante y la vista se le iba. Era lo bueno que teníamos Lola y yo, no había compromiso, follábamos por el placer de disfrutar, sin complicaciones. Así que no aumenté la velocidad, me mantuve ahí, masajeándola despacio, pero con intensidad, por dentro y por fuera mientras le robaba algún beso entre palabra y palabra.

—He traído tu regalo de cumpleaños—jadeó alzando la bolsita que llevaba en la mano y que todavía no había soltado.

—¡Aún faltan tres meses Lola!

—Ummm, joder Alba, me gusta mucho, no pares...

—Ya sabes que no pararé—susurré.

—Ya sé que faltan meses, pero...mmm...pero ya sabes que no puedo... ¡Joder!

Resistirse, eso era lo que Lola quería decirme, que una vez lo había comprado era incapaz de guardarlo hasta el día correcto, pero su orgasmo llegó con fuerza y no pudo terminar la frase. Nos quedamos abrazadas unos segundos como solíamos hacer muchas veces.

—Te he echado de menos—susurró en un tono muy cariñoso.

Siempre le pasaba igual, después de follar se ponía tierna y yo la adoraba por ser como era, podía pasar de un estado de puro deseo sexual a otro sentimental en un abrir y cerrar de ojos y viceversa.

—Yo a ti también.

—Vale, toma, ve abriéndolo.

Dejó de abrazarme, colocó la bolsa en mi mano y empezó a caminar hacía mi habitación con los pantalones y las bragas en los tobillos.

—Te vas a caer pingüino—la advertí riendo.

Hizo un movimiento con los pies un tanto extraño, dio un par de saltitos y acabó de quitarse la ropa dejándola tirada en el suelo mientras seguía caminando y yo miraba su trasero divertida.

—¿Adónde vas?

—A por el lubricante—vociferó.

El corazón me dio un vuelco. ¿Qué coño me había comprado? Lo abrí de inmediato y me encontré con un vibrador de color fucsia que parecía bastante caro. Era pequeñito y tenía una forma bastante extraña, sobre todo para alguien como yo que no los había utilizado nunca.

—¿Qué te parece? —preguntó sonriente cuando regresó.

—Ufff, no sé Lola, ni siquiera sé cómo utilizarlo, es un poco raro,

¿no? —comenté mientras lo observaba desde todos los ángulos posibles.

Me lo quitó de las manos y lo dejó en un lado del sofá junto al lubricante, me bajó los pantalones y las bragas sin decir nada y se sentó obligándome a sentarme sobre ella con mi espalda pegada a sus pechos.

—Yo te enseñaré como se utiliza, no te preocupes—susurró mientras separaba mis piernas.

Creo que me daba igual no saber utilizarlo, porque estaba tan excitada que cualquier cosa que me hiciera Lola sabía que me iba a gustar.

—¿No hay que cargarlo?

—Lo he cargado esta mañana, tú relájate y déjame a mí.

Le hice caso, me recosté sobre ella dejando mi cabeza apoyada en su hombro y Lola empezó a acariciar mi sexo con la mano muy despacio.

—Me encanta cuando estás tan mojada Alba, aun así, voy a ponerte un poco de lubricante, que yo esta mañana me he quedado seca con este cacharro.

—¿Ya lo has probado? —pregunté sonriendo y presa del placer que me provocaba el frescor del lubricante cuando me lo untó.

—Claro, bueno este no, yo también me he comprado uno.

—¿Y qué tal? —pregunté curiosa.

—Ahora lo verás. Tiene varias intensidades, te las mostraré todas y después me dices la que prefieres, aunque creo que sé cuál será—sonrió traviesa.

Y estaba segura de que iba a acertar, porque ella también conocía mis gustos y mi cuerpo a la perfección. Desde luego vaya cacharros se inventan, hacía de todo, desde una vibración continua con varias intensidades hasta otras intermitentes y graduales.

—Esta es la última, ¿cuál te ha gustado más?

—Ummm, creo que la tercera.

—La máxima velocidad de la continua, lo sabía—sonrió.

—Eso ha sonado muy matemático—bromeé.

—A ver si cuando termine contigo sigues pensando en las matemáticas graciosilla.

Untó un poco de lubricante también en el vibrador y empezó a masajear con cuidado mi clítoris y todo su alrededor. Me sentía muy extraña, notar aquello sin parar de vibrar encima de mi sexo no me parecía que fuese a gustarme.

—Creo que prefiero tu mano Lola.

—Pensé que te gustaba más mi lengua—comentó mordaz mientras yo temblaba al pensarlo.

—Bueno sí, pero…

—Shhh, al principio es raro, aguanta unos segundos más, ya verás cómo te gusta—susurró en mi oído.

Obedecí y ella continuó con sus movimientos mientras acariciaba mis pechos con su otra mano. Poco a poco empecé a darme cuenta de que Lola tenía razón, empecé a notar una extraña sensación de placer, llegaba de otra forma, más lenta pero más intensa, me gustaba, tal vez por la novedad que aquello suponía para mi cuerpo, no lo sé, pero era muy agradable.

Me dejé llevar y el ritmo de mi respiración iba en un lento pero progresivo aumento. Lola siguió masajeándome despacio, con calma, y durante bastante más rato del que hubiera necesitado si me lo hubiera hecho con la mano o con la boca.

—¿Te gusta verdad? —susurró de nuevo.

Asentí y ella hizo más presión sobre mi clítoris, pero sin dejar de mantener el ritmo. Sentí como de una forma muy lenta y placentera mi orgasmo se aproximaba, pero sin llegar de golpe, como una de esas olas que ves venir a lo lejos, pude saborear esos instantes previos en los que sientes un placer exquisito porque sabes que va a llegar de una forma más prolongada, entonces llegó, fue más corto que los habituales, pero llegó con una intensidad diferente, casi eléctrica.

—Diferente, ¿verdad?

—Sí—admití relajada.

—Y además tiene una ventaja enorme Albita, cuando te lo hagas tu sola no tendrás que dejarte el brazo, con esto no es necesario que lo muevas tan rápido—dijo arrancándonos una carcajada a las dos.

Me levanté, nos vestimos y saqué unas zapatillas para Lola porque ya sabía cómo iba a acabar aquella tarde-noche. No íbamos a follar más, íbamos a pedir una pizza y a pasar algunas horas charlando como lo que en realidad éramos, buenas amigas.

Lola me contó lo bien que se lo había pasado con Sergio en aquel viaje y las ganas que tenía de volver a repetir una escapada como aquella, me enseñó varias fotos, la verdad es que hacían una pareja estupenda.

—¿Qué tal por aquí? ¿Cómo ha ido el curro?

—Bien, ha sido una semana un poco rara, la verdad es que te he echado mucho de menos—confesé acurrucándome a su lado mientras comíamos pizza en el sofá.

—Y yo a ti, ya lo sabes. ¿Rara por qué? ¿Qué ha pasado?

—Nada importante, el otro día se paró una patrulla de la secreta mientras cargaba un camión—dije alternando la vista entre ella y mi último trozo de comida—se bajó una mujer tan guapa como gilipollas y me hizo algunas preguntas.

—¿A ti? Desde luego no te puedo dejar sola Alba—bromeó—¿Qué has hecho mientras yo no estaba?

Nos reímos y recogimos todas las sobras dejándolas dentro de la caja.

—Nada, era algo rutinario, buscan algo y pasaron por allí y me hicieron algunas preguntas, nada más.

—¿Qué tipo de preguntas?

Se lo conté todo y también le pedí que no le mencionara a nadie lo sucedido, Lola solía ser muy bocazas para algunas cosas, pero también sabía distinguir entre lo que podía contar y lo que no, y ella no contaría nada que pudiera perjudicarme a mí. Le conté también la visita que me hizo en la puerta de nuestro edificio y lo que yo le había explicado.

—Yo no creo que lo de aquella carga sea preocupante Alba, pienso más en algo relacionado con Sonia, ya sabes los rumores que hay sobre ella y lo que hizo, tal vez haya vuelto a las andadas.

Me quedé muda, primero por ser tan imbécil como para no haber pensado en eso ni un solo momento, y segundo porque yo sabía algo que Lola no sabía sobre Sonia. Sonia era una compañera de trabajo que estaba en el turno de tarde, pero yo no la conocí allí, la conocía desde la época del instituto porque habíamos estudiado juntas. Nunca formamos parte de los mismos círculos, pero siempre me había llevado bien con ella, de vez en cuando hacíamos pellas juntas y nos íbamos a fumar un cigarro a un parque cercano como auténticas malotas, suerte que nunca llegué a engancharme.

Al terminar el instituto perdimos el contacto, pero supe de ella a través de amigos en común, me enteré de cosas porque cuando alguien a quién conoces hace algo que no está bien las noticias vuelan en seguida, y Sonia empezó a trapichear con las drogas, siempre supe que pasaba hierba, pero por lo visto se aficionó a aquello y empezó a escalar eslabones hasta convertirse en una auténtica traficante de cocaína. Al parecer tuvo sus años dorados en los que el negocio le fue bien y se forró de pasta a costa de la salud de los demás, pero al final los pillaron, y ella y toda su banda acabaron en la cárcel.

Nunca fui a verla, no tenía tanta amistad con ella como para eso. Me enteré de que había salido antes de tiempo, se rumoreaba que su abogado había encontrado un defecto de forma en la sentencia y que gracias a eso los soltaron a todos antes.

Hace seis meses que empezó a trabajar en la misma empresa que Lola y yo y el primer día me la encontré en el cambio de turno. Me dijo que me pasara un día por su casa, que me presentaría a su marido y a sus hijos y así nos pondríamos al día, al parecer se había reintegrado a la perfección.

Me apeteció mucho la idea, al fin y al cabo, había pagado por lo que había hecho y ahora tenía una familia y un trabajo honrado, y

además me seguía cayendo igual de bien. Quedamos un sábado después de comer y nos pusimos al día sobre nuestras vidas, me confirmó que todos los rumores sobre ella eran ciertos, incluido lo del fallo judicial. De hecho me contó infinidad de historias sobre aquella época; como se comunicaban entre ellos para que la policía no los pudiera atrapar, como transportaban la mercancía, como habían huido de las patrullas en incontables ocasiones, donde escondían la coca y como la movían, en fin, me di cuenta de que Sonia estaba muy lejos de arrepentirse de lo que había hecho, es más, me lo contaba orgullosa, tuve que ser yo la que le recordó que se había pasado tres años en la cárcel gracias a eso.

—No estarás metida en ese mundo otra vez ¿no? —le pregunté aprovechando que su marido había entrado a por más refrescos.

—No Alba, ahora trapicheo un poquito para sacarme un extra, pero nada serio, te lo prometo.

—Joder Sonia, ahora tienes familia, ¿ni siquiera vas a parar por ellos?

—Precisamente lo hago por ellos, Pablo ahora no tiene trabajo y con mi salario vamos muy justos—se defendió.

Me sonó a la típica excusa, a la que cualquiera de estas personas busca para justificar algo que sabe que no está bien. De hecho, me resultó muy familiar, alguien de mi propia familia cometió un delito en su día y también se justificó utilizando una excusa muy parecida a la suya.

—Sabes que la gente muere por culpa de esas mierdas ¿verdad?

—Sí, pero yo no los obligo a nada, y si no me la compran a mí se la compraran a otro Alba, pero tranquila que solo paso hierba, como al principio.

No la creí, por el entusiasmo que había mostrado contándome toda su historia supe que tarde o temprano Sonia volvería a su antigua vida, si es que no lo había hecho ya. Hasta aquí Lola conocía la historia, lo que no sabía era algo que Sonia me contó tres meses después y que no se lo he contado a nadie.

—Tierra llamando a Alba—bromeó Lola dándome un toque—¿Qué piensas tía? Te has quedado empanada.

—Nada, pensaba en lo de Sonia, no había caído en eso.

—Ya, no sé. Oye no le des más vueltas, ¿vale? Si está haciendo algo ya la pillarán, como la otra vez. Háblame de la policía buenorra que te tiene cabreada.

—Yo no he dicho que esté cabreada.

—Ni falta que hace guapa, ya nos conocemos y sé de sobra como funciona esa cabecita tuya, cuéntamelo anda.

—No hay nada que contar Lola, está buena y es gilipollas, fin de la descripción.

—¿Sabes por qué esa tía es tan capulla? —preguntó guasona.

—Sorpréndeme...

—Pues porque no tiene una amiga que se la folle tan bien como yo a ti—aseguró sujetando mi cara y dándome un sonoro beso en los labios.

—Eres incorregible—sonreí.

—Pero me quieres.

—Tú me quieres más, bueno no, ¿lo dejamos en empate?

—Venga anda—sonrió—te acompaño a tirar todo esto y me voy a casa, que sé de una que mañana tiene que madrugar—dijo burlándose de mí.

Salimos a la calle, tiramos la basura en el contenedor y cuando volvíamos Lola se detuvo de pronto, cogió mi cara entre sus manos y empezó a besarme con lengua en medio de la calle. No entiendo porque era yo siempre la que tenía que frenar esas situaciones, al fin y al cabo, la que tenía novio era ella, pero nuestros vecinos no conocían ese lado infiel de Lola, para ellos era la chica del tercero que salía con el chico guapo que venía de vez en cuando, y yo la chica soltera y lesbiana del segundo. No me hacía gracia la idea de que nos vieran y empezaran las típicas habladurías en las que encima la culpable acabaría siendo yo, la lesbiana que se había metido en medio de una relación.

—Para Lola, no quiero que nos vean.

—Mmmm—se quejó.

Pero obedeció y se separó.

Capítulo 6, ¿me vigilan o me acechan?

Pasaron tres semanas en las que todo fue relativamente normal salvo por el hecho de que de vez en cuando seguía viendo un coche aparcado cerca de mi casa, había llegado a verlo incluso a la luz del día. No era el mismo vehículo siempre ni estaba aparcado en el mismo sitio, pero siempre había un ocupante dentro, alguien con gorro y gafas de sol a quién me era imposible distinguir el sexo.

Me empecé a preocupar un poco con ese tema, tal vez fueran paranoias mías, pero me parecía muy raro que siempre estuviera dentro del coche, como si vigilara o esperara algo. Muchas veces pensaba en contárselo a Lola, pero no quería preocuparla, al fin y al cabo, nunca había pasado nada, fuera quién fuera se limitaba a mantenerse dentro del vehículo.

Era viernes y había tenido una mañana de mierda en el trabajo, había sido un día de esos en los que no consigues atrapar la faena y en los que la Ley de Murphy hace acto de presencia y todo lo que puede salir mal lo hace. Me fui de bastante mal humor a casa y cuando estaba aparcando la vi, de nuevo aquella policía estúpida y sexy había aparcado a mi lado.

—¿Viene porque tiene ganas de andar o a interrogarme de nuevo? —pregunté con desgana cuando me bajé del coche.

—Parece que no tiene usted un buen día—sonrió descolgándome la mandíbula.

Yo tenía un mal día, pero por lo visto ella no, estoy segura de que sí esa mujer supiera lo agradable que se volvía su semblante cuando sonreía lo haría más a menudo, parecía otra. Fue una sonrisa tímida y muy breve, pero por un momento me desarmó por completo, recibí su sonrisa como un soplo de aire fresco, como esas cosas que no te esperas, de las que aparecen sin más y son hechas de la forma menos intencionada posible, sobre todo viniendo de ella, algo se me removió por dentro y me hizo vibrar otra vez. Sentí un agradable hormigueo en la boca del estómago y por un momento me entraron ganas de abalanzarme sobre ella y besarla.

—No, no lo tengo.

Me abroché la chaqueta hasta arriba, el día estaba tan nublado como mi mente y hacía mucho frío. Me metí las manos en los bolsillos y empecé a caminar hacia la montaña, con algo que hacía podría disimular mejor el efecto turbador que me producía su presencia. Se puso a caminar conmigo sin decir nada y eso empezó a inquietarme un poco, era muy frustrante no comprender ni un solo ápice del carácter y el comportamiento de aquella mujer.

—¿Va a decirme por qué ha venido, señorita cómo se llame?

—Blanco.

—¿Qué?

—Soy la inspectora Blanco, procure que no se le olvide esta vez—resolvió.

—¿Y la inspectora Blanco tiene nombre?

—Sí, inspectora Blanco.

—Claro—susurré.

—¿Tiene algo más que contarme?

—No.

—¿Segura? ¿No ha recordado nada nuevo?

Con aquel tono sarcástico estaba logrando que mi mal humor empeorara.

—Oiga, si tiene algo que decirme hágalo sin rodeos, no estoy de humor para gilipolleces y me empieza a mosquear que se presente en mi casa cuando le viene de gusto. ¿Qué garantías tengo de que es usted policía como dice?

Se detuvo en seco y me miró empequeñeciendo los ojos como si estuviera sorprendida por mi atrevimiento, la verdad es que yo misma lo estaba. Me detuve con ella e intenté aguantarle la mirada, pero no pude, sentía que me atravesaba con ella y las hormigas recorrían mi tórax poniéndome muy nerviosa. Apoyó el culo en una roca y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Pone en duda mi palabra?

Me encogí de hombros y enfoqué la vista hacia el camino, lo cierto era que no dudaba de ella, a pesar de que se comportaba como una auténtica gilipollas me inspiraba confianza.

—No, pero es la segunda vez que me asalta en mi casa, ¿por qué no viene al trabajo? ¿Por qué no me hace ir a comisaria si sospecha algo de mí?

—Investigué lo que me explicó sobre aquel sábado, no es relevante—comentó ignorando mis preguntas.

—¿Sabe lo que se descargó? —pregunté intrigada.

Asintió.

—Pero no me lo va a decir.

—No puedo hacerlo, pero sí que puedo asegurarle que no tiene por qué preocuparse.

—Y entonces ¿para qué ha venido?

—Para contarle eso y para saber si quiere compartir conmigo alguna otra información.

Me puse un poco más nerviosa de lo que estaba porque en aquel momento no podía dejar de pensar en Sonia y en lo que sabía de ella, pero tampoco estaba segura de cuanta verdad me había contado hacía tres meses y no estaba dispuesta a venderla por algo que ni si quiera sabía si era cierto. Sonia era bastante fanfarrona y podía haber

exagerado para impresionarme, y además tenía familia y la conocía desde hacía demasiados años. Salvo que ella no me preguntara algo concreto decidí que no tenía nada que contarle.

—¿A qué se refiere?

Arqueó las cejas y me miró insinuando que yo ya lo sabía, pero su mirada había perdido aquella prepotencia, por un momento me pareció que incluso se preocupaba por mí.

—Mire, estoy aquí de forma extraoficial, lo único que le pido es que si cree que hay algo más que puede ser importante me lo cuente ahora.

—¿Cree que le estoy ocultando información? ¿Soy sospechosa de algo?

—Usted sabrá si ha hecho algo como para que podamos considerarla sospechosa.

—¡Ya estoy hasta el coño de esta mierda! —Solté sin poder controlarme—si soy sospechosa arrésteme, sino lárguese por dónde ha venido y póngase a investigar algo más importante, como a la persona que anda vigilándome desde un coche últimamente, por ejemplo—dije alzando la voz y haciendo aspavientos con las manos.

Me había puesto demasiado nerviosa y la realidad era que sí que estaba harta de aquello y de ella, sobre todo de ella. Todas las sensaciones que me provocaba no hacían más que confundirme y cuanto más la veía más me gustaba, necesitaba que se alejara de mí de una vez. Se quedó un instante en silencio tras mi comportamiento infantil, sin dejar de mirarme. Se me hizo un nudo en la boca del estómago porque estaba segura de que me iba a decir cuatro cosas que me iban a dejar la moral por el suelo y se iba a quedar tan ancha, pero no lo hizo, aunque aquel gesto prepotente y estúpido volvió a dibujarse en su rostro.

—No debe preocuparse por esa persona, y no vuelva a utilizar ese tono para dirigirse a mí—añadió.

—¿Es usted quién me vigila? ¿Es qué no tiene vida?

Sabía que no me iba a decir nada sobre aquella persona y no sé porque insinué que pudiera ser ella, pero aquella pregunta dio pie a algo que me dejó bastante desconcertada. Se puso en pie de nuevo y se plantó justo en frente de mí.

—Mi vida no es asunto suyo.

Dicho eso se giró y empezó a caminar despacio en dirección al aparcamiento.

—Ni la suya, ni la de nadie—murmuré en voz baja mientras empezaba a seguirla.

Aflojó el paso, y cuando estuve a su lado soltó una frase que me dejó helada.

—No es lo que me pareció la otra noche cuando la vi besar a su

novia.

—¿Qué?

—Nada.

La cogí del brazo y la detuve para que me mirara, y pese al frío que hacía, creo que pude notar su calor corporal a través de la manga de su chaqueta. La solté de inmediato en cuanto me fulminó con la mirada.

—¿Usted nos vio?

No me hizo falta que me contestara, me bastó su mirada para comprender que era ella la que me había estado vigilando desde el coche todas esas veces y a saber cuántas más. Por un lado, me inquietó saberlo, porque no tenía ni idea de porque lo hacía y estaba segura de que no iba a decírmelo, pero por otro sentí alivio de que fuera ella, al menos sabía que no debía tener miedo a que me agredieran o algo así.

—No es mi novia—le aclaré sin saber muy bien por qué.

—No me dé explicaciones, su vida privada no me interesa en absoluto.

¿Habría alguien en el mundo más desagradable que aquella inspectora? Empezaba a dudarlo.

—Me lo imagino ¿por qué me vigila? ¿Soy sospechosa? ¿Estoy en peligro?

—Lo siento, pero no puedo darle esa información—contestó sin mirarme.

—Eso es acoso, si no me dice porque me vigila me presentaré en su comisaría y la denunciaré. Ya verá como entonces alguien me lo dice.

—Haga lo que tenga que hacer—dijo como si le importara una mierda—se lo repito por última vez, ¿hay algo que quiera contarme?

—No, no lo hay, lárguese de una puta vez.

Capítulo 7, acción, reacción.

No pude pegar ojo en casi toda la noche, y lo peor de todo era que lo que me quitaba el sueño no era el hecho de que me vigilaran o poder estar metida en algún lío, lo que me quitaba el sueño era ella. No podía dejar de imaginármela con una actitud más agradable y en una situación en la que yo pudiera abrazarla y besarla y que ella me devolviera el gesto. Me di cuenta de lo mucho que me apetecía besar a aquel ser tan sumamente distante y frío.

Pese a no haber descansado mucho, aquella mañana me levanté bastante relajada. Desayuné tranquilamente y mientras lo hacía llamaron al timbre, era Lola.

—¿Es que no piensas salir de la cueva o qué?

Me besó la frente al entrar, me dio una palmada en el trasero y se dejó caer en el sofá tras su pregunta.

—¿Hoy no te vas con Sergio?

—Sí, vendrá a buscarme para ir a comer, pero puedo llamarlo y decirle que no voy.

—¿Por qué?

—Porque a la imbécil de mi amiga le pasa algo y ya está tardando en contármelo.

—No me pasa nada Lola, es que no he dormido mucho, solo es eso.

Se levantó, se acercó y me rodeó con sus brazos desde atrás dejando sus manos entrelazadas justo encima de mi sexo, sus labios rozaban mi oreja ligeramente y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Si no me lo quieres contar dímelo, Alba, pero no me mientas nena, te conozco demasiado bien—susurró estrujándome con fuerza.

—Perdona.

—No pasa nada ¿es por esa poli? Te vi hablar con una mujer ayer en el aparcamiento, ¿era ella?

—Sí.

—Es realmente guapa.

—Y gilipollas—añadí.

Sonrió y su aliento cálido recorrió mi cuello.

—Pero te gusta.

—No.

—Alba...

—No quiero hablar de ella Lola—me quejé.

—¿Prefieres que te folle? —propuso sin más preámbulos.

Asentí, y antes de que pudiera arrepentirme Lola me dio la vuelta, me desvistió de cintura para abajo, me hizo sentar en la primera silla que encontró y se arrodilló sobre un cojín que colocó en el suelo frente

a mí. Separó mis piernas y empezó a besar mis muslos y mi vientre mientras sus dedos se abrían paso con sabiduría entre mis pliegues, haciendo que me humedeciera de inmediato.

De pronto hizo una pedorreta sobre mi sexo que me sobresaltó.

—¡Joder Lola! —me quejé muriéndome de risa.

—Es para que te relajes un poco, que estás más tensa que la cuerda de una guitarra—sonrió divertida.

Coloqué las manos a ambos extremos de la silla y me agarré con fuerza, no sabía lo que me pasaba, yo no era así, ese comportamiento era más propio de Lola que mío. Era ella la que cuando estaba enfadada se refugiaba en el sexo, no yo, pero aquella mañana necesitaba alejar a aquella mujer de mi mente y lo único que se me ocurrió para ello fue dejar que Lola me deleitara con sus exquisitas caricias y sus sabios movimientos de lengua.

Lo malo fue que pasó algo que me dejó peor de lo que estaba, al principio disfruté sintiendo el calor y la humedad de la boca de Lola entre mis piernas, pero conforme ese placer aumentaba me fui dejando llevar. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás para abandonarme a algo que sabía que me extasiaría por completo, Lola follaba muy bien en cualquier modalidad, pero lo que mi amiga sabía hacer con la lengua entre mis piernas no tenía nombre ni descripción posible, al menos yo no había sabido clasificar aquello todavía.

El placer empezó a invadirme por completo y para cuando me quise dar cuenta en mi mente no era Lola la que me lo estaba regalando, era la inspectora Blanco, solo podía pensar en ella, y cuanto más intentaba alejarla de mi pensamiento más nítida se hacía su imagen en mi mente y más intenso se volvía todo lo que sentía.

Empecé a temblar presa de la excitación, entonces Lola añadió un par de dedos que entraron en mi interior sin ninguna dificultad. Hizo una presión exquisita desde dentro, que sumada a la que su lengua estaba ejerciendo sobre mi clítoris me hizo estallar en un largo y placentero orgasmo que me sacudió hasta dejarme sin fuerza.

Lola se levantó para limpiarse como si allí no hubiese pasado nada, acababa de hundir su boca entre mis piernas y en cuestión de minutos estaría besando la boca de Sergio. Yo me quedé allí despatarrada en la silla, recuperándome de algo que había sido completamente nuevo y extraño, algo que, aunque me había encantado por un lado me hacía sentir mal por otro, tanto por Lola como por la inspectora. ¿Qué clase de ser perverso era yo que permitía que mi amiga siguiera follándome cuando estaba pensando en otra mujer?

—¿Mejor?

Di un respingo, porque apareció por detrás besando mi frente de nuevo, y yo estaba tan ensimismada que no la oí acercarse.

—Joder Alba, me estás preocupando, en serio.

Me puse en pie y solo pude ponerme el pantalón, no encontré las bragas. Me acerqué a Lola y me abracé a ella con fuerza.

—Perdona, tengo el día raro, pero estoy bien Lola, sobre todo ahora.

—¿Qué quería? ¿Para qué vino? —preguntó sin soltarme.

—Para decirme que lo de la carga de aquel sábado no era nada, que no me preocupara.

—Pues hazle caso y no lo hagas, y tampoco lo hagas por ella Alba. Si ya ha hecho todo lo que tenía que hacer probablemente no la vuelvas a ver más, así que quítatela de la cabeza ¿vale?

—Valee.

—Me voy que ya voy tarde, si necesitas cualquier cosa llámame— dijo señalándome con el dedo y entornando unos ojos amenazantes que me hicieron sonreír.

—Lo haré, pásalo bien y come mucho, que cada día estás más delgada.

Me lanzó un beso desde la puerta y antes de que saliera la llamé.

—Lola...

—¿Qué?

—Gracias, por todo—dije encogiéndome de hombros.

Me guiñó un ojo y salió sin decir nada. Busqué mis bragas y cuando por fin las encontré las metí en el cubo de la ropa sucia, cogí ropa limpia y me di una larga y reconfortante ducha.

Cuando salí me asomé por la ventana y la vi, no a ella directamente, pero el coche estaba allí aparcado detrás de los contenedores y estaba segura de que la persona que había dentro era la inspectora Blanco, la mujer que me había llevado al orgasmo a través de la lengua de Lola. Me invadió una sensación muy extraña, desde ese momento en el que la divisé una fuerza imantada se apoderó de mí cuerpo, algo que me hacía sentir la constante necesidad de ir hasta allí para besarla, de arriesgarme a llevarme un bofetón o una mala contestación, o ambas cosas, pero necesitaba besarla y saber si lo que empezaba a sentir por ella era real o solo una fantasía que se había creado en mi mente sin permiso.

Puse todo el empeño del mundo en no hacerlo, miraba una y otra vez por la ventana con la esperanza de que en una de ellas ya no estuviera, pero siempre estaba allí. Limpié la casa con más esmero que nunca, me preparé la comida, aunque casi no probé bocado, recogí, tendí una lavadora, pero nada funcionaba, mi necesidad seguía ahí.

Me puse ropa de deporte, me calcé y decidí ir a dar un paseo por la montaña. Cuando salí a la calle le dediqué una mirada para hacerle constar que sabía que estaba allí, para eso y para ver si se obraba un

milagro y se bajaba del coche para acompañarme en mi paseo, pero no lo hizo y yo desaparecí por la montaña durante dos largas horas, y si no fuera porque estaba oscureciendo hubiese alargado más mi paseo.

Estaba segura de que cuando volviera no estaría, no podía pasarse todo el día allí, era inhumano. Pero estaba, y me dio tanta rabia verla allí provocando con su presencia que mi deseo no hiciera más que crecer, que en lugar de dirigirme a la entrada de mi edificio cambié el rumbo y empecé a caminar enfurecida hacia el coche en el que estaba.

De camino hacia ella pensaba que al menos tendría la decencia de bajarse, pero ni siquiera se dignó a eso, a través de la poca luz que había en aquel momento podía ver cómo me miraba con indiferencia a través de la luna delantera, y en cuanto llegué di un golpe fuerte en su ventanilla con la mano abierta.

—¿Por qué coño sigue aquí? —le grité.

Bajó la ventanilla y me miró tan enfurecida como lo estaba yo.

—Haga el favor de comportarse o tendré que arrestarla por entorpecer una misión policial—respondió tajante.

No me lo podía creer, ¿cómo podía ser tan fría? La rabia se empezó a apoderar de mí, era de esas veces que te pones tan nerviosa que necesitas estrujar algo con las manos o coger un objeto y lanzarlo con fuerza contra la pared. Me sentía fuera de mí, como si hubiera perdido el control de mis acciones por algo tan absurdo como la impotencia que me creaba su comportamiento. Empecé a moverme tan nerviosa como errática al lado de su coche, la miraba y me mordía la lengua una y otra vez para no decirle todo lo que pensaba de ella.

—¿Yo soy esa misión? —le pregunté desesperada por saber al menos por qué estaba allí.

—No se lo puedo decir.

—¡Joder! —grité, y acto seguido di un golpe secó contra su ventanilla trasera con la mano.

Le di con tanta rabia que me hice daño en la muñeca y la palma de la mano me ardía. Ella se bajó del coche cabreada, supongo que dispuesta a decirme cualquier grosería, pero no le di tiempo, en cuanto salió del coche mi cuerpo actuó solo. Me giré, la miré un instante y acto seguido la agarré por la cintura y la besé.

Casi no pude sentir el contacto de sus labios, en cuanto puse mis manos en su cintura con una de ellas noté el bulto de su pistola, y su reacción fue tan rápida como dolorosa para mí, dolorosa en dos sentidos, además. Cogió mi mano y me la retorció con una agilidad asombrosa, todo pasó demasiado rápido y sin saber muy bien cómo, cuando me quise dar cuenta ella sujetaba mi brazo retorcido contra mi espalda y mi cuerpo se encontraba empotrado contra el lateral de su

coche. Sentí un dolor terrible, pero no fue tan grande como el que me hizo sentir su rechazo y que además me tratara como a una delincuente. Me soltó de golpe, como si fuera un bicho y le diera asco.

—Vuelve a hacer eso y te juro que sales de aquí con las esposas puestas. Vuelve a tu puta casa—ordenó tuteándome por primera vez.

Dicho eso se metió en el coche, cerró dando un portazo tremendo y subió la ventanilla. Me quedé allí apoyada durante unos segundos, masajeando mi brazo dolorido con mi otra mano e intentando coger aire para respirar. Me costaba mucho hacerlo, sus palabras me golpearon desde dentro hacia fuera provocando que mis pulmones dejasen de funcionar, sentía una presión horrible en el pecho y mis lágrimas de impotencia, vergüenza y humillación, resbalaban por mi cara salpicando el techo de su coche.

Solo me mantuve allí el tiempo necesario para conseguir algo de aire, en cuanto empezó a llegar comencé a caminar a paso lento pero firme hacia mi casa. Se me hizo eterno llegar, sentía su mirada de indiferencia clavada en mi espalda como el peso de una losa que me hacía caminar aún más despacio, mis lágrimas me hacían tener la vista borrosa, pero no quería limpiarme porque no quería que viera el gesto y supiera que lloraba, ya me había humillado bastante.

Me encerré en casa, bajé todas las persianas y me acurruqué en el sofá para llorar con desconsuelo. Lo que peor llevaba no era todo lo que me había hecho, era llorar por alguien como ella, una persona a la que no conocía y que desde un principio me había tratado con indiferencia, y ahí estaba yo, llorando por su culpa y con un dolor de brazo horrible que me lo recordaba sin parar.

Quería llamar a Lola, contarle lo que me había pasado y que ella viniera a consolarme, pero no lo hice por dos motivos, el primero por Sergio, sabía que si la llamaba pasaría de él y acudiría en mi ayuda, no me parecía justo para él. Y segundo porque si le contaba a Lola lo que aquella mujer me había hecho, estaba segura de que me iba a insistir en denunciarla, o como poco poner una queja por abuso de autoridad o algo así, no quería hacerlo.

Esa noche dormí en el sofá, pero al menos dormí. Me levanté con unas ojeras horribles y un moratón en la muñeca que señalaba el lugar por el que ella me había agarrado para retorcérmela. He de decir que lo del moratón no era tan grave como parecía, yo siempre había tenido la piel muy fina en ese sentido y el más mínimo roce con un poco más de intensidad de la habitual me provocaba moratones, aun así, creo que su reacción había sido desproporcionada, ni el intento de besarla se merecía algo así ni el roce de su pistola tampoco, no lo hice a propósito, no sabía que la llevaba.

No subí las persianas en todo el día, no quería saber si estaba o no, así que tampoco salí a la calle. Me quedé encerrada en casa

lamiéndome las heridas y pensando en que el día siguiente sería mejor, iría a trabajar, me distraería y todo empezaría a volver a la normalidad, pero parece que había pisado una mierda de esas que se te quedan pegadas en la suela durante días, aunque no aquella tarde. Oí llegar a Lola y sin pensarlo dos veces salí de mi apartamento y llamé a su puerta.

—¡Alba! ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

—¿Estás sola?

Su mirada cambió por completo ante mi pregunta, se volvió brillante y perversa.

—Sí, ¿me quito la ropa? —contestó sonriente.

Asentí, cerré la puerta y me quedé apoyada en ella mientras observaba como Lola se desnudaba cada vez con más torpeza.

—Me pone mucho que me mires así Alba ¿tú no te desnudas?

Negué con la cabeza sin articular palabra, y cuando terminó de quitarse la última prenda la atraje hacia mí y la besé con ansia, la agarré por las nalgas y Lola se impulsó hasta rodear mi cintura con las piernas. Pasó sus brazos por detrás de mi cuello sin dejar de besarme y me giré hasta que su espalda quedó atrapada entre la pared y mi cuerpo. Como ella se sujetaba a mí, liberé una de mis manos y busqué su sexo mientras ella se ocupaba de mordisquear mi cuello, empecé a acariciar cada uno de sus rincones, pero por lo visto a Lola no le apetecían muchos preliminares en aquel momento.

—Quiero que me folles ya, fóllame, Alba—exigió ahogando un suspiro.

La penetré de inmediato y gimió mientras mordía mi oreja. Utilicé mi propio cuerpo para ayudarme a empujar mi mano una y otra vez mientras Lola gemía cada vez más alto.

—¿Más rápido? —pregunté agotada por el esfuerzo.

—No nena, así, así está muy bien—sonrió extasiada.

Y así seguí hasta que se corrió y se abrazó a mí con fuerza. La sujeté bien y me fui al sofá a sentarme, dejándola a ella a horcajadas sobre mí. Cerré los ojos mientras Lola recuperaba el aliento y durante ese momento conseguí no pensar en nada, me sentía muy a gusto abrazada a mi amiga sin hacer nada más que sentir su cuerpo cálido y relajado. Tras varios minutos en aquella posición, Lola se separó ligeramente y me miró con esa expresión tan cariñosa que solía ponerme de vez en cuando.

—¿Sigues pensando en esa policía? —preguntó mientras yo dibujaba círculos con los dedos en sus pezones.

—Sí—contesté con la mirada clavada en sus pechos.

—¿Ella entiende?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, supongo que no, no sé.

—En realidad ese detalle da igual, todas las mujeres son hetero hasta que dejan de serlo. ¿Sabes si está con alguien?

—Ni idea.

—Pero ella te gusta ¿no?

—Creo que sí—confesé.

—Pues indaga, ve y habla con ella Alba, no sé, pídele una cita o invítala a un café, hazle saber que estás interesada, a lo mejor fuera de su trabajo no es tan gilipollas cómo crees.

—Ya lo he hecho.

Cogió mi barbilla y me alzó la cabeza para que la mirara.

—Deja de jugar con mis pezones o tendrás que follarme otra vez—amenazó apartando mi mano de un manotazo—ahora estamos ocupadas con un tema muy serio. ¿Qué has hecho? ¿Has ido a verla? —preguntó intrigada.

—Digamos que me la encontré.

—Si supieras la rabia que me da tener que tirarte de la lengua hablarías con más facilidad. Te la encontraste, ¿y qué coño pasó Alba?

—Que intenté besarla y me rechazó—susurré.

Arqueó las cejas indignada.

—¿Te rechazó a ti? ¿Con lo bien que besas? Está claro que es una gilipollas—bromeó para que me sintiera mejor.

—Vale ya Lola, si lo sé no te lo digo.

—Vale está bien, mira Alba, igual la pillaste desprevenida, no sé, si eres la primera chica que la besa a lo mejor se asustó. Haz por verla y habla con ella, discúlpate o explícale que no pretendías ofenderla, es que no sé qué decirte nena. Pero no te rindas si te gusta, ve a por ella.

—No voy a ir a ninguna parte Lola, me quedó muy clara su opinión, solo te lo cuento para desahogarme, nada más. Paso de ella.

—Ya veo. ¿Quieres quedarte a dormir? Iba a hacer macarrones para tener la comida de mañana, cenamos y nos podemos quedar tiradas en el sofá viendo series hasta que nos durmamos, es un planazo...

—¿Quieres que duerma contigo invadiendo tu espacio? —sonreí sorprendida.

—Solo esta vez porque te veo desanimada, pero no te acostumbres—dijo besando mi nariz.

—Creo que me voy a casa mejor.

—No digas chorradas Alba, solo bromeaba, claro que quiero que te quedes, sabes que siempre tienes mi puerta abierta, mi casa es tu casa tonta.

—Lo sé, pero prefiero dormir en mi cama.

—¿Vas a rechazar este cuerpo? —preguntó poniéndose en pie y colocando los brazos en jarras.

La miré sonriente y me encogí de hombros.

—Joder, pues sí que te gusta esa poli. Venga me visto y cenamos algo.

Capítulo 8, resbalón.

El lunes me levanté más animada, dispuesta a comerme el mundo y a quién hiciera falta. Salí a la calle con decisión, metí las manos en los bolsillos al notar el terrible frío que hacía y empecé a caminar hacia mi coche con la mirada clavada al frente. De pronto di un resbalón, otra puta vez había olvidado que las rayas blancas resbalaban y esa vez no pude mantener el equilibrio, caí de espaldas en un golpe tan seco que me dejó sin respiración durante unos segundos que se me antojaron eternos, pensé que me moría asfixiada tirada en medio del asfalto hasta que de pronto el aire empezó a llegar y yo intenté cogerlo desesperada por llenar mis pulmones y no morirme.

—¿Estás bien? —oí de repente a mi izquierda.

Estaba algo aturdida, seguía respirando con desesperación y la espalda me dolía como si me la estuvieran comprimiendo para reventarme. Sin mover la cabeza desvié la vista y la vi, la inspectora Blanco se encontraba arrodillada a mi lado y la impotencia se apoderó de mí. Solo me faltaba eso, como si no hubiera tenido bastante con lo que me había hecho, ahora también había presenciado mi absurda pero dolorosa y humillante caída.

—Váyase—acerté a decir con los ojos bañados en lágrimas y una dificultad para respirar que parecía que empeoraba con el dolor.

—No voy a irme, ¿qué te duele? ¿Te has golpeado la cabeza? —se preocupó.

—No.

—Te llevaré al hospital, deja que te ayude a levantarte.

—¡No me toques! —Balbuceé cuando vi que sus manos se acercaban a mí—estoy bien, vete.

Esa fue la primera vez que la tuteé yo a ella, creo que habíamos tenido los suficientes encuentros como para concederme esa licencia.

—No voy a dejarte aquí tirada Alba, estamos a siete grados bajo cero, te vas a helar—dijo colocando su mano bajo mi cabeza para evitar el contacto con el suelo.

¿Sabía mi nombre? Sí, claro, era inspectora. Durante un segundo me quedé extasiada al oírla pronunciar mi nombre de una forma tan agradable, pero no era suficiente para compensar lo que me había hecho sentir aquella tarde, quería que se fuera. Hice un gesto con la cabeza y los hombros y me zafé de su mano con desprecio.

—No te necesito, me quedaré un poco más aquí y después me iré. Vete a tu coche y sigue mirando desde una posición más cálida.

Quería que se alejara de allí cuanto antes, en pocos minutos Lola bajaría y no quería que la viera conmigo, ni tampoco que me viera a

mí tirada en el suelo, mi plan era llegar a mi coche que estaba aparcado más lejos que el de mi amiga y esperar allí a que se marchase, y ya de paso a que se marchase también mi dolor.

—Siento mucho lo que pasó el otro día Alba, de verdad. Deja que te lleve al hospital por favor, te has dado un buen golpe en la espalda.

—No pienso ir al hospital, y no quiero que me toques—lloré encogiéndome de dolor.

Me ignoró, colocó sus brazos por debajo de mis hombros y me incorporó hasta dejarme sentada mientras yo lloraba y me quejaba por el dolor. Volví a empezar a respirar mal, el movimiento hizo que me doliera más, y el hecho de inflar y desinflar mis pulmones, hacía que la intensidad de aquel extraño dolor aumentara. Fue entonces cuando comprendí que iba a necesitar ayuda para levantarme del suelo y probablemente para llegar hasta el coche.

—Intenta respirar despacio, asume que me voy a quedar contigo y relájate Alba, cuanto más nerviosa estés, más te dolerá.

Colocó una mano en mi tórax y la otra en mi espalda. Me abandoné a la situación y decidí hacerle caso, cada vez tenía más frío y supongo que eso no era bueno tampoco para mi dolor, así que me quedé en silencio, sintiendo la presión de sus manos en mi cuerpo e intentando relajarme para dar el siguiente paso, que era ponerme en pie.

—Así, respira despacio, tengo el coche ahí con la calefacción encendida. No te llevaré al hospital si no quieres, pero súbete y espera un poco a ver si se te pasa, al menos entrarás en calor. Por favor, Alba—suplicó.

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué?

—Dime tu nombre...

Quise aprovechar aquella situación en mi beneficio y me serví del único momento amable que probablemente aquella mujer estúpida y sexy iba a tener conmigo para intentar saber algo más de ella. Y funcionó.

—Ruth, me llamo Ruth—concedió—ahora cógete a mí, vamos a levantarte de ese suelo helado.

—¿Cuántos años tienes? —quise saber negándome a moverme.

—¿En serio Alba? —preguntó perpleja.

Solo la miré con mis ojos acuosos por las lágrimas y mi cara probablemente pálida como la de un muerto por el frío.

—No me lo puedo creer... —murmuró para ella negando con la cabeza—treinta y siete, me llamo Ruth y tengo treinta y siete años ¿contenta? ¿Vas a levantarte ya?

—Sí.

—Vale, agárrate a mi cuello, nos moveremos despacio para que no

te duela mucho.

Me cogió por debajo de los brazos y no sin esfuerzo conseguí ponerme en pie, pero en cuanto lo hice sentí unas nauseas terribles y solo me dio tiempo a girar la cabeza para no vomitarle encima. Me doblé, coloqué las manos en mis rodillas rabiando de dolor de nuevo y vomité el Cola Cao que acababa de tomarme antes de salir. Ruth se colocó a mi lado, con una mano me sujetaba por la cintura y con la otra me apartó el pelo de la cara dejando su mano fría en mi frente, algo que por cierto me sentó muy bien. Me quedé unos instantes así, llorando, escupiendo los últimos restos, sorbiéndome los mocos y muerta de vergüenza por la situación.

—¿Ya? —preguntó.

Asentí sorbiéndome los mocos de nuevo y ella me ayudó a incorporarme sin retirar su mano de mi frente. Por instinto coloqué mi mano encima de la suya para que no la retirara, me aliviaba mucho sentirla y lo que más me sorprendió fue que no solo no se apartó, sino que se pegó a mi espalda y me rodeó con su otro brazo para protegerme del frío. Durante aquel instante deseé que el tiempo se detuviera y ella me abrazara para siempre, pero solo durante aquel instante.

—Lo siento—susurré.

—No pasa nada, ¿esto te alivia?

Asentí y ella no dijo nada, se mantuvo así hasta que cuando me sentí mejor, fui yo la que se separó.

—¿Estás mareada?

Sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a secar mi cara mientras me sujetaba la cabeza por la nuca.

—No.

—Vale, vamos despacio al coche.

—¿Sales con alguien? —pregunté sin moverme de mi sitio.

—¡Alba! ¿Estás segura de que no te has golpeado la cabeza?

—Solo quiero saber eso, no me moveré hasta que no me lo digas.

—¡Alucino contigo! —exclamó resoplando—no, no salgo con nadie, venga vamos.

Creo que hubiese sentido más alivio si me hubiese respondido que sí, que tenía a alguien y que por eso me había rechazado, ahora la sensación de vacío era mayor.

Caminamos hasta su coche, que por suerte para mí, estaba bastante cerca. Prácticamente tuvo que aguantar todo mi peso para que pudiera sentarme, el hecho de hacer ese gesto hacía que el dolor se intensificara, y yo no parara de quejarme. Se sentó a mi lado y cuando cerró la puerta empecé a sentir el calor ligeramente, tenía demasiado frío. Me desabrochó la chaqueta, enfocó todas las rejillas de la calefacción en mi dirección y se acomodó en su asiento sin decir

nada.

Me recosté ligeramente hacía el lado de la ventana dándole la espalda. Con aquel silencio empecé a pensar de nuevo en lo que había pasado aquel odioso sábado por la tarde, en lo mucho que me dolió su desprecio y su forma de tratarme como si no significase nada y no era capaz de entender porque de repente era amable conmigo. Comencé a plantearme la idea de que tuviera algún trastorno de personalidad, tal vez le pasara algo y en su mente existían dos Ruth diferentes, la normal y la desagradable.

Oí el ruido del motor de Lola cuando arrancó y vi las luces de su coche cuando pasó por detrás del de la inspectora. Era imposible que ella viera que mi coche seguía allí porque estaba aparcado demasiado lejos del suyo, y con la helada que había caído esa noche todos los coches estaban blancos. Pasamos varios minutos en silencio, había entrado en calor y el dolor había disminuido un poco. Me sentía muy cómoda en aquel momento, aquel silencio absoluto me relajó mucho y aunque no consiguiera entender el motivo, saber que ella estaba allí conmigo me resultaba demasiado agradable para lo cabrona que era y lo mal que solía tratarme.

—¿Te encuentras mejor Alba?

—Sí, creo que ya puedo irme al trabajo.

—No deberías ir a trabajar, deja que te lleve al hospital para que te echen un vistazo, solo eso.

—No. Gracias por todo inspectora Blanco.

Me bajé del coche con dificultad, y cuando empecé a caminar oí que bajaba la ventanilla.

—¡Alba! —gritó en un tono casi suplicante.

No me giré, supongo que seguía demasiado dolida con ella. Me subí en el coche y me fui directa al hospital, yo también era consciente del golpe que me había dado y además me dolía demasiado como para pasarme el resto de la mañana sentada en la carretilla.

Me hicieron unas placas en las que me confirmaron que tenía desgarro muscular en dos costillas del costado derecho y bastante inflamación en el izquierdo, perfecto. Me pincharon un calmante que por suerte no tardó mucho en cumplir su cometido y me recetaron una pomada con efecto anestésico para el dolor, además de antiinflamatorios. Estando en la sala de espera me llamó Lola preocupada al darse cuenta de que no estaba en mi puesto de trabajo cuando fue a verme, se puso hecha un basilisco cuando le expliqué lo que me había pasado, obviando la parte en la que la inspectora me había ayudado.

—¿Se puede saber por qué no me has llamado? Yo te habría llevado Alba ¿qué coño te pasa?

—Da igual Lola, ya está. Ahora me voy a casa a descansar, solo

es un golpe, mañana estaré mejor.

—Vale, no hagas nada. En cuanto salga me paso y comemos juntas, bajaré mis deliciosos macarrones.

—Vale.

Cuando volví del hospital el coche de la inspectora ya no estaba y en cierto modo sentí alivio, aquella situación me tenía muy agotada. Me pasé toda la mañana tirada en el sofá, ni siquiera me levanté cuando Lola llegó porque utilizó la copia de mis llaves que tenía en su poder.

Se arrodilló delante de mí y sin decir nada comenzó a besarme despacio, pero con una delicadeza hasta ese momento desconocida por mí en ella. Lola era muy torpe y brusca con las palabras a veces y no se solía sentir muy cómoda en situaciones en las que sabía que alguien no estaba bien, y su forma de curar mis males aquella tarde era esa, besándome despacio, como a mi gustaba.

Me sentía muy rara, contrariada tal vez. Estaba tan acostumbrada a los besos y las caricias de Lola que siempre me apetecían, pero por otro lado no, había algo que empezaba a frenarme, a mandarme señales casi imperceptibles de que aquella extraña relación sexual que tenía con ella debía acabar porque todas mis atenciones estaban empezando a centrarse en una única persona, la única persona que no se las merecía: la inspectora Ruth Blanco.

Lola subió a su apartamento y bajó con la olla llena de macarrones con carne y queso que había cocinado la noche anterior. Comimos y ella fue la que me untó la pomada con cuidado antes de irse a su apartamento a descansar.

—No aprietes tanto Lola—me quejé poniéndome tensa.

—Intento no hacerte daño, pero es que no veas el golpe que tienes nena, por poco que te rozo ya te encojes. Aguanta un poquito que ya casi está, cuando acabe te hago uno de mis masajes en las cervicales y ya verás que bien te quedas.

Todo el mundo debería tener una Lola en su vida.

El masaje que me hizo me relajó lo suficiente como para quedarme dormida un par de horas, hasta que mi móvil empezó a sonar.

—¿Diga?

—¿Alba García?

Capítulo 9, interrogatorio.

Me llamaban de comisaria pidiendo que me presentara para hacerme algunas preguntas y la verdad es que me acojoné, una cosa era que la inspectora me hiciera preguntas en plena calle y merodeara por mi casa y otra que aquello se volviera oficial. Me vestí y en menos de una hora entraba en la comisaría. En cuanto dije mi nombre la chica de la ventana hizo una llamada y un agente vino a buscarme para acompañarme a una sala.

—Pase por favor.

Abrió la puerta cediéndome el paso y cuando entré me encontré a un hombre con un semblante muy serio, era de aspecto rudo y delgado, parecía alto y tenía unas entradas importantes. El agente que me acompañó salió y cerró la puerta dejándome sola con él.

—Buenas tardes, siéntese por favor—me invitó él.

Miré la silla y dudé en si hacerlo o no, era de plástico y parecía demasiado incómoda para el dolor que sentía, pero al final obedecí y muy despacio me senté sin apoyar la espalda en el respaldo.

—¿Qué hago aquí? —pregunté.

—Si no le importa las preguntas las haré yo—contestó sin mirarme.

Perfecto, otro auténtico gilipollas, empezaba a creer que tenía un don para atraerlos.

—Soy el inspector Álvarez.

Después de presentarse me dijo que aquello no era obligatorio, que quería hacerme algunas preguntas relacionadas con alguien a quien yo conocía y que estaba en mi derecho de negarme a contestar.

—¿Y qué pasa si me niego?

—Créame, le interesa colaborar—amenazó sin darme opción a réplica—¿le suena el nombre de Sonia Soto?

Sentí un nudo incómodo en la boca del estómago, de pronto me sentí culpable y empecé a temer que me acusaran de algo por no haber contado lo que sabía.

—Es una compañera de trabajo—titubeé.

—¿Nada más?

—No.

—¿Me está diciendo que no tiene relación con ella? ¿Me toma por imbécil?

Iba a decirle que no, nunca me había encontrado en ninguna situación parecida, tenía tanto miedo y me sentía tan perdida bajo la mirada amenazante de aquel inspector que estaba dispuesta a decirle todo lo que sabía. Pero antes de que pudiera contestar oí un ruido seco a mis espaldas, la puerta se abrió de golpe y cuando me giré vi

entrar a la inspectora Blanco con las mejillas encendidas.

—¿Qué coño haces Álvarez? —preguntó de mal humor poniéndose a mi lado derecho.

—Mi trabajo, justo lo que tú no haces, y ahora haz el favor de salir de aquí, estoy interrogando a la testigo.

¿Testigo yo? ¿De qué?

—No digas nada Alba—dijo en un tono muy suave, colocando su mano sobre mi hombro un instante—yo estoy al mando de la investigación y ya te dije que me ocuparía yo—gritó dirigiéndose a él de nuevo.

—Pues hazlo de una puta vez Blanco—amenazó señalándola con el dedo.

Dicho eso dejó la carpeta encima de la mesa y se fue. Me quedé muda observándola recoger los papeles, llevaba unos vaqueros, unas zapatillas de deporte y una camiseta de manga corta blanca que definía cada una de sus curvas. La placa le colgaba del cuello entre los mechones de su pelo suelto y pude ver aquella pistola que tanto odiaba en la parte trasera de su cintura. Era lo más sexy y atractivo que había visto nunca. Cerró la puerta y se sentó justo en el lugar que el otro inspector había ocupado antes.

—Perdona el numerito ¿cómo te encuentras? —preguntó otra vez con esa cara de estirada.

—Bien.

—Ya veo—contesto incrédula mientras me miraba por encima de los papeles—discúlpame un momento.

Se levantó, salió del despacho y unos minutos después volvió con un cojín y lo colocó entre el respaldo de mi silla y yo.

—No hace falta—suspiré sin mirarla.

—Échate hacia atrás anda, estarás mejor.

Me recosté despacio y sentí un alivio inmenso al poder apoyar la espalda.

—Gracias.

No me contestó, cerró la puerta, volvió a sentarse y me miró fijamente con los papeles en la mano. Casi podía ver cierto sentimiento de culpa en sus ojos, pero viniendo de ella me resultaba difícil clasificar aquella mirada.

—¿Qué te han dicho en el hospital?

—¿Cómo sabes qué...?

Me callé cuando arqueó una ceja que me dejaba claro que ella tenía recursos para enterarse de todo, aunque lo más probable era que me hubiera seguido.

—¿Y bien? —insistió.

—Tengo desgarro muscular en un par de costillas.

Suspiró hondo y me miró haciendo que la deseara con todas mis

fuerzas.

—Eso duele mucho—afirmó como si lo supiera con la certeza de quien lo ha sufrido—¿qué te han dado para el dolor?

—Una pomada.

—¿Tienes quién te la ponga?

¿Qué tenía que entender yo con aquella pregunta? ¿Se preocupaba por mí de pronto? ¿Se estaba ofreciendo voluntaria?

—Mi vecina, Lola me la ha puesto esta tarde.

Asintió.

—Mira Alba, te voy a ser muy sincera, llevamos tiempo siguiendo los movimientos de Sonia Soto y tenemos algunas pruebas que te relacionan con ella.

—¿A mí? —pregunté con impotencia—yo no he hecho nada malo Ruth... —dije cabizbaja.

La llamé por su nombre sin querer, y tal y como lo pronuncié me arrepentí porque me daba miedo su reacción, pero por lo visto le gustó, porque esbozó media sonrisa antes de seguir hablando.

—Te creo, por eso te hemos hecho venir, porque quiero descartarte como sospechosa. Pero vas a tener que colaborar y ser sincera conmigo Alba. No me ocultes nada por absurdo que te parezca, lo creas o no, quiero ayudarte.

—No te oculto nada.

—Eso no es cierto, el otro día te pregunté si tenías algo que decir y no me contaste que no.

—Porque no tengo nada que decir, es una compañera de trabajo, nada más.

—Muy bien, ¿y esto?

Abrió la carpeta, sacó una fotografía del interior y la colocó justo delante de mí. Éramos Sonia y yo en un aparcamiento público hablando al lado de su coche.

—Te lo pondré fácil Alba, sé que estudiabais juntas y también sé que no tuviste nada que ver con sus negocios antes de que entrara en prisión, pero sabemos que cuando esta fotografía se tomó, Sonia estaba formando a su banda de nuevo, así que haz el favor de decirme lo que sabes.

—Es mi amiga inspectora.

—¿Tanto como para ir a la cárcel mintiendo por ella? Al final la cogeremos Alba, y si descubrimos que tú tenías información que podía ayudarnos te acusaremos de obstrucción a la justicia y puede que de algo más, piénsatelo bien.

—¿Y si me hacen algo? —pregunté asustada.

—¿Quién, Sonia? ¿Te amenazó?

—No, pero me contó cosas Ruth, me contó lo que le pasaba a la gente que hablaba o los delataba, y no soy gilipollas, no me amenazó

directamente, pero se encargó de hacérmelo saber.

Se levantó, cogió su silla y la colocó a mi lado. Después agarró las patas de la mía y la giró para tenerme de frente.

—Te puedo proteger Alba, llevo días haciéndolo. Te prometo que no dejaré que te pase nada y ni ella ni nadie sabrán nunca lo que tú nos has contado.

—¿Y si me llaman para declarar?

—No creo que eso sea necesario, aunque si se diera el caso, declararías como testigo protegido, pero tienes que contarme lo que sabes.

—Vale. ¿Eso era lo que hacías en mi calle? ¿Protegerme?

—Ya hablaremos sobre eso en otro momento, ahora dime que hacías ese día con Sonia en ese aparcamiento, ¿por qué os visteis?

—Es largo de explicar.

—Tengo toda la tarde.

Le conté que nos encontramos aquel día en el trabajo y que me invitó a su casa para presentarme a su familia. Le narré tal cual lo recordaba todo lo que me dijo sobre los detalles de sus operaciones y también le conté lo orgullosa que me pareció que se sentía cuando me contaba todas sus hazañas antes de ser detenida.

—Es habitual que este tipo de gente no se arrepienta Alba, ¿qué pasó después?

—Nada, ya no la volví a ver fuera del trabajo hasta el día de esa foto. Un día entró un poco antes a trabajar y me vino a buscar al almacén, me dijo que quería verme fuera de allí, que quería proponerme algo. Yo la miré raro, pero me dijo que no era nada malo, que confiara en ella y que así de paso me enseñaba su coche nuevo.

—¿Qué quería proponerte?

Ahí empecé a ponerme un poco más nerviosa, las manos comenzaron a sudarme y ya no me sentía tan cómoda en la silla.

—Alba relájate, no pasa nada—susurró con una mirada terriblemente dulce.

Apoyó los codos en las rodillas dejando su cara aún más cerca de mí, volví a sentir unas ganas enormes de besarla, no podía dejar de mirar sus labios entreabiertos y brillantes por el protector labial. Cada palabra que salía de su boca era para mí una invitación para que me acercara y la silenciara con un beso, la diferencia con la vez anterior era que las mismas ganas que tenía de fundirme en su boca se veían mermadas por la sombra de lo que me hizo sentir aquella tarde.

—Quería ofrecerme trabajo—arranqué por fin, quitándome aquel peso de encima.

—¿Trabajo? ¿Qué tipo de trabajo? ¿Qué quería que hicieras?

—Dijo que se habían reorganizado y que necesitaban gente para llevar la coca desde la ciudad en la que la compraban hasta la

nuestra. Me dijo que me compraría un coche que solo utilizaría para esos viajes, después se quedaría aparcado en un garaje hasta el siguiente viaje, dijo que tenía que ponerlo a mi nombre porque si la policía me paraba levantaría menos sospechas.

Arqueó las cejas y suspiró con cara de fastidio.

—No me mires así, no soy imbécil, sé que solo era para lavarse las manos y que nada me relacionase con ella si me pillaban.

—¿Y aun así la consideras tu amiga Alba? ¿Qué clase de amiga te pide que seas su mula?

—Dijo que lo hacía por mí, que sabía que necesitaba la pasta y que aquello era dinero fácil. Que lo tenían todo controlado y sería muy difícil que me pillaran, pero que si lo hacían no me preocupara y no delatara a nadie, dijo que sus abogados me sacarían en seguida porque no tengo antecedentes.

—Por Dios, que hija de puta. ¿Cuánto te ofreció por cada viaje?

—Depende del recorrido, por unos dos mil euros y por los otros cinco mil.

—¿Cuánta coca tenías que traer en cada viaje? Eso no te lo dijo ¿verdad?

—No, dijo que era mejor que no lo supiera.

Sacó otra foto y me la mostró, se veía a Sonia dentro de su coche y yo asomada como si me enseñara algo.

—¿Qué te enseñaba en esta foto?

—Los escondites que le habían preparado en su coche para mover la coca por aquí. Era impresionante Ruth, apretaba un botón que había debajo del volante y los plásticos que había en los laterales de las puertas se abrían dejando unos huecos increíbles.

—Sí, he visto muchos coches así, créeme. ¿Te dijo algún nombre? ¿Alguien que trabajara con ella que puedas recordar?

—Me dijo varios, pero solo recuerdo un apodo, *"el seco"*.

Asintió como si supiera ya de quién hablaba.

—¿Por dónde entran la mercancía?

—Eso no me lo dijo, pero recuerdo que mencionó que yo tendría que ir a buscarla siempre a la misma casa, una cabaña rural en algún pueblo de Galicia, supongo que la guardan allí, pero no me dijo el nombre.

—¿Sabes cómo se comunican entre ellos?

—Dijo que si me unía a la banda me tendría que instalar Telegram o algo así, dijo que era como WhatsApp pero que los mensajes se borran solos cada cierto tiempo. También dijo que me daría la contraseña de una cuenta de correo en la que solo se escribía en modo borrador. No recuerdo nada más Ruth, ¿puedo irme ya?

—Ya casi estamos, sientes que estás vendiendo a tu amiga ¿no? —dijo levantándose para ofrecerme un vaso de agua.

—Un poco.

—Toma, bebe. No te equivoques Alba, esa chica no es tu amiga, ni la tuya ni la de nadie. Te ofreció ese trabajo porque para ella eres perfecta, soltera, sin compromisos y guapa.

—¿Guapa? —pregunté extrañada.

—Sí Alba, guapa. Si te para una patrulla en un control rutinario ¿quién crees que les parecerá más sospechoso? ¿Un tío lleno de tatuajes y con cara de saber demasiado de la vida o una chica guapa con cara de no haber roto un plato nunca? Esa gente es capaz de vender hasta a su madre.

La miré sin decir nada, halagada porque me considerara guapa y agradecida por sus palabras, aunque en realidad me estuviera diciendo lo tonta que era por no darme cuenta de quién era mi amiga en realidad.

—¿Te pareció que su marido estaba al corriente de lo que hace?

—Creo que sí, el día que estuve en su casa me lo contó todo delante de él, y cuando quedamos en aquel aparcamiento me habló de una descarga reciente que habían hecho y de la pasta que se había llevado. Entonces le pregunté que qué hacía con el dinero y me dijo que él se encargaba de esconderlo.

—Muy bien, ya hemos terminado Alba, pero si recuerdas algo más, por favor dímelo—me pidió entregándome su tarjeta.

—¿Tendré que declarar? —volví a preguntar.

—Espero que no sea necesario.

Me levanté haciendo una mueca de dolor y me dirigí a la puerta para irme, pero antes de que pudiera abrirla me detuvo.

—Alba espera.

Me giré y la miré sin decir nada, en realidad no quería estar allí con ella, me dolía mucho pensar en cómo me había tratado aquel día y ahora que el interrogatorio había terminado me angustiaba mirarla, porque pese a lo que hizo la seguía deseando, ese sentimiento de mí hacía ella no había desaparecido y eso me jodía mucho.

—Por si te quedas más tranquila nuestro objetivo no es Sonia, son los que están por encima los que nos interesan, los que le suministran.

¿Para eso me hizo parar? Me decepcionó un poco, creo que en el fondo esperaba que se disculpara otra vez, pero era la mujer de hielo, aún tenía que dar gracias de que lo hubiera hecho esa mañana.

—Vale—contesté encogiéndome de hombros.

—Espera, te acompaño a la salida—dijo cogiendo su chaqueta y su bolso.

—No hace falta, sabré encontrarla.

—No lo dudo, aun así, te acompaño.

Menos mal que lo hizo, porque no recordaba haber pasado por

tantos pasillos al entrar, ni siquiera recordaba haber visto tanta gente. Por fin llegamos a la salida y ella abrió la puerta dejándome pasar a mi primero y saliendo detrás. Me giré para decirle adiós y vi que me miraba como si quisiera decirme algo y no se atreviera, algo bastante raro en ella, teniendo en cuenta que soltaba lo primero que le pasaba por la mente.

—Hace mucho frío deberías entrar.

—Ya, oye Alba, quiero explicarte lo del otro día...

—No hace falta—la corté de malhumor—me quedó muy claro Ruth, no necesito más datos.

—Aun así, me gustaría explicártelo, por favor—suplicó.

La ansiedad me comía por dentro en aquel momento, toda su expresión era adorable, aquella fachada de poli mala había desaparecido por completo y había dejado ante mí a una mujer preciosa que parecía sincera cuando me pedía que la escuchara.

—Muy bien, habla rápido que tengo frío.

—Aquí no, déjame invitarte a cenar.

—¿Qué? Ni hablar—me negué rotunda.

Si había algo que sabía hacer bien la inspectora desde luego era descolocarme, ¿pasaba de mirarme y tocarme con desprecio a querer invitarme a cenar?

—Será una cena rápida Alba, comemos algo y te aclaro lo del otro día, solo te pido eso, déjame compensarte por favor, podemos ir a dónde tú quieras—dijo hundiendo la barbilla en el cuello de su plumón para protegerse del frío.

—En mi casa.

—¿En tu casa? —preguntó algo dudosa.

—Me duele la espalda a rabiar Ruth, necesito llegar y ponerme cómoda en el sofá, no me apetece ir a ningún sitio, pero si no quieres lo podemos dejar para otro día.

Ni yo misma me creía lo que acababa de hacer, no solo la había invitado a cenar en mi casa, sino que estaba dando mi brazo a torcer cuando era algo que no quería hacer, me había propuesto olvidarla, pero lo cierto era que me resultaba imposible, y menos viéndola allí plantada, tiritando como un pajarillo solo porque deseaba explicarse.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí—afirmó con una sonrisa increíble—vete a casa y ponte cómoda, yo entro a coger algunas cosas y cuando salga me paso a por unas pizzas y voy, si a ti te parece bien claro.

—Amm sí, vale.

Capítulo 10, la explicación.

En cualquier otra situación habría corrido nerviosa hacia casa para recoger un poco y asegurarme de que mi cuerpo estaba como debía, pero tratándose de la inspectora no había peligro alguno, estaba segura de que mis opciones con ella eran nulas y que solo venía a lo que me había dicho, a explicarse.

A todo eso había que sumar que el dolor que sentía en el costado a aquellas horas era importante. Llamé a Lola y le dije que no bajara a ponerme la pomada, la inspectora llegaría en cualquier momento y no sabía cuándo se iba a ir, y a Lola le gustaba acostarse temprano. Me colgó el teléfono y escuché como la puerta de su apartamento se abría y ella bajaba a toda velocidad por la escalera.

—A ver, explícame eso de que no baje luego a ponerte la pomada —exigió en cuanto abrí la puerta.

—Tengo visita Lola, y ahora no tengo tiempo, está a punto de llegar, ya te lo contaré mañana.

—¿Quién? ¿La gilipollas del beso?

—Sí.

—Umm—sonrió con picardía—fóllatela y quítale las tonterías Albita.

Joder, Lola y la palabra follar tuvieron que ser creadas en el mismo momento.

—No va a pasar nada te lo aseguro, solo viene a explicarme algo.

—Desde luego con ese careto que me llevas hasta a mí se me quitan las ganas, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

—Hoy me duele bastante.

—Es que no me extraña, si te dicen reposo es reposo Alba, llevas toda la tarde fuera, así claro que no te vas a recuperar—me regañó—venga, vamos un momento y te la pongo antes de que ella llegue.

Estuve encantada con esa idea, pero justo cuando Lola iba a entrar, el timbre del interfono sonó.

—Mierda es ella Lola, vete, hablamos mañana—le pedí notando un sudor frío y un hormigueo por el pecho.

—¿Y la pomada?

—Ya me la pondré como pueda no te preocupes, vete que no quiero que te vea aquí.

Sonrió y me besó.

—Mañana me lo cuentas todo—dijo en voz baja señalándome con el dedo y alejándose por las escaleras, mientras yo descolgaba el telefonillo y le abría a la inspectora.

Fue un momento bastante extraño cuando la vi aparecer en mi puerta, se había cambiado de ropa, iba vestida toda de negro y por

debajo de su chaqueta asomaba una bufanda blanca enorme que envolvía su cuello hasta casi rozar sus labios. Se había maquillado ligeramente, solo lo suficiente para resaltar sus facciones y hacer que mi corazón latiera con fuerza cuando clavó su mirada en mí y me sonrió con cierta timidez, como si no nos hubiéramos visto nunca y aquello fuese nuestra primera cita.

—Hola Alba.

—Hola—carraspeé—pasa, pareces muerta de frío.

—Lo estoy, creo que en tu pueblo hace más frío que en ninguno de la comarca.

¿Había hecho una broma? No pude evitar sonreír y con ello una mueca de dolor se adueñó de mi cara.

—Te duele mucho ¿no? Siéntate, yo preparo todo esto.

La verdad era que no parecía la misma persona, le hice caso y me senté en el sofá. Ruth se deshizo de su chaqueta y su bufanda y las dejó en una silla, llevaba un jersey negro ahuecado con el cuello ancho, algo que me dejaba ver su hombro izquierdo cada vez que se agachaba a dejar algo encima de la mesa. Se movía con soltura y rapidez, sacó un par de pizzas de la bolsa y unas latas de refresco mientras yo la miraba embobada y pensando que había valido la pena aquel intento de besarla, aunque había terminado de una forma muy desagradable para ambas, aquello había propiciado que ahora ella estuviera en mi casa, dispuesta a cenar conmigo.

Tal vez de aquella tarde solo recordara lo malo y no fuera capaz centrarme en el hormigueo que sentí durante el escaso segundo que rocé sus labios, pero ahora la tenía allí y me bastaba con mirarla para que aquel hormigueo volviera y me hiciera sentir cosas que hacía mucho tiempo que no sentía.

—¿Te importa si voy a la cocina a por unas tijeras? Creo que no las han cortado muy bien.

—...

—¿Alba?

—Sí perdona—dije volviendo en mí—no me ha dado tiempo de preparar nada, ya voy yo.

No me dejó levantarme, me detuvo colocando su mano en mi rodilla y la quitó con rapidez cuando vio mi mirada de asombro.

—Deja que vaya yo, tú tienes que hacer reposo.

Dicho eso fue a la cocina y volvió con las tijeras y unas servilletas. Lo dispuso todo y se sentó a mi lado acercando la mesilla para que no tuviera que esforzarme mucho. Empezamos a comer y yo la iba mirando de soslayo para ver si arrancaba a hablar de una vez, pero no lo hacía, ella también me iba mirando como si esperara a que le preguntara o le diera permiso para hablar. La situación era un tanto extraña, y aun así no me sentía incómoda con aquel silencio, porque

cada vez que nuestras miradas se encontraban a ambas se nos escapaba una sonrisa tímida que hacía que me costara tragar.

Así nos pasamos toda la cena, que tampoco fue muy larga, las dos nos comimos tres trozos cada una y ya no fuimos capaces de comer más, así que sin decirme nada guardó lo que sobró en una de las cajas y lo llevó todo a la cocina dejando solo los refrescos encima de la mesa. Fue cuando volvió cuando rompió el silencio, se sentó sobre su pierna mirando hacia mí y yo cogí un par de cojines que coloqué en el reposabrazos y me senté apoyada mirando hacia ella.

—¿Te ha gustado la pizza?

Me entró la risa, me sorprendió mucho que con la seguridad en sí misma que mostraba siempre le costara tanto sacar el tema del que supuestamente quería hablar.

—Sí que me ha gustado—sonreí—¿me vigilabas porque estabas preocupada por mí? —pregunté a bocajarro.

Me miró sorprendida por mi pregunta, creo que esperaba que le preguntara por la escena del beso, pero saber porque me vigilaba era algo que me tenía obsesionada desde hacía días, no podía dejar de darle vueltas a ese tema.

—Al principio no—confesó—al principio te vigilaba porque sospechábamos que podías estar metida en su banda de alguna forma menos directa que los demás miembros, pero poco a poco me di cuenta de que no, que solo eras amiga de quién no debías y estabas en el lugar equivocado en el peor momento.

—¿Crees que estoy en peligro? —me asusté.

—Bueno, no lo sé, la verdad. El día que hablé contigo en la calle no teníamos ni idea de que estabas relacionada con ella, pero cuando lo descubrimos fui consciente de que muchos camioneros te vieron hablar con la policía aquella mañana y era fácil que el rumor le llegara a ella, Sonia nunca ha sido una persona violenta, pero prefería asegurarme.

—¿Y ahora vas a seguir vigilándome?

—Sí, al menos hasta que me asegure de que no corres peligro.

Lo cierto es que me quedé más tranquila, Sonia no me daba el miedo que supongo que debía darme, pero si me lo daba el resto de la gente con la que ella se movía, sabía que no tenían escrúpulos.

—Bueno, ¿vas a contarme ya eso que querías decirme?

Suspiró hondo y me dedicó un par de miradas que no supe muy bien cómo debía interpretar, no sabía si me deseaba o si me pedía perdón con aquellos ojos que me volvían loca.

—Mira, no pretendo justificar lo que hice Alba, es algo que le hubiera hecho a cualquiera. Mi obligación como policía entre otras muchas cosas es la de preservar mi arma. Pero no quería hablarte como lo hice ni tratarte con tanta rabia ni tanta fuerza, sé que no

pretendías rozar mi pistola.

La miré algo aturdida, no sabía muy bien si debía contestar algo o no, y en caso de tener que hacerlo tampoco sabía qué decirle.

—Sé que te hice daño en la mano y no sabes cuánto lo siento.

—Si no querías hablarme ni tratarme así, ¿por qué lo hiciste? —pregunté angustiada al recordarlo.

Suspiró negando y mirando hacia otro lado durante unos instantes.

—No lo sé Alba—dijo alzando las cejas—supongo que me sorprendí, o que me asusté.

—¿Te asustaste de qué?

Estuve tentada de hablar directamente de mi intento de besarla, pero si decidía no responderme o me decía que su reacción había sido por culpa del beso, para mí sería un segundo rechazo y no sabía si estaba preparada para soportarlo.

—De todo Alba, no lo sé. Oye solo quiero que me perdones por mi reacción desproporcionada y que nos olvidemos del tema si es posible.

Tuve la impresión de que de pronto se sentía incómoda y quería acabar con aquello cuanto antes. No mencioné lo del beso porque temía un rechazo, pero esa contestación me dolió más que si me lo hubiese dicho directamente, su único interés estaba en que la perdonara por retorcerme el brazo, nada más, no tenía ninguna intención de hablar de aquello, lo consideró un tema del que se quería olvidar y aunque pretendía ponérselo muy fácil, lo único que sentía era un nudo haciendo presión en mi garganta.

—Vale—contesté con un hilo de voz algo ronca—olvidado, no te preocupes.

—Bien—susurró—creo que será mejor que me vaya ya—dijo mientras daba vueltas a su anillo.

Asentí y me levanté sin acordarme de tener cuidado con mis costillas, de pronto tenía tanta urgencia porque se fuera de mi casa para poder llorar a moco tendido, que me levanté rápido y al hacerlo sentí un pinchazo que me dejó sin aire y encogida ante su mirada de sorpresa.

—¡Joder Alba! ¿Es que no puedes tener cuidado? —me regañó acercándose a mí.

Encima, como si no tuviera bastante con el dolor de espalda y el dolor de su rechazo, se atrevía a regañarme también.

—Estoy bien, vete ya Ruth.

—¿Quién te va a poner la pomada?

—¡Vete joder!

—No—sentenció con seguridad.

—¿Qué? —contesté agitada.

—Que no me voy Alba, no hasta que te haya puesto la pomada.

—¡No necesito que me pongas nada, no quiero que me toques, quiero que te largues y no volver a verte más! Si quieres hacer algo por mí, haz eso.

—No seas niñata Alba—susurró con cierta superioridad a mi lado —te estás jodiendo de dolor, si no quieres volver a verme me parece bien, pero deja que te ponga primero la pomada.

No sabía que me dolía más en aquel momento, si la espalda o mi ego, si es que me quedaba algo. Saber que le resultaba completamente indiferente verme o no me creo una sensación de impotencia de la que no supe recuperarme. Por más que lo intentaba no conseguía comprenderla, durante casi toda la tarde se había comportado como si se preocupara por mí, de hecho, estaba convencida de que lo hacía, incluso había habido momentos en los que había tenido la sensación de que yo también le gustaba, pero de repente todo eso había cambiado y de nuevo sentía que yo era insignificante para ella. Caminé hasta mi habitación para coger la pomada y cuando fui a salir me la encontré en la puerta.

—Ponte el pijama o lo que uses para dormir y te la pongo en la cama, así ya te quedas relajada, yo apagaré las luces antes de irme.

Iba a replicarle, pero ni me molesté, ya no me quedaban fuerzas para eso ni para nada que tuviera que ver con ella.

—Date la vuelta—le pedí con desgana.

Se giró, me puse el pijama y me tumbé en la cama boca abajo.

—Ya está.

Se sentó a mi lado y yo giré la cabeza hacia el otro, solo quería que acabara y que se fuera. Subió la parte de arriba del pijama con cuidado, dejando casi toda mi espalda al descubierto.

—Joder... —susurró cuando vio el golpe.

—No aprietes—le pedí sin mirarla.

—Tranquila.

Noté el frío cuando apretó el tubo y la pomada entró en contacto con mi piel, echó a un lado y al otro y empezó a extender la pomada con una delicadeza exquisita, ni siquiera Lola lo había hecho mejor. Empecé a sentir alivio casi de inmediato, aunque ni siquiera eso me permitía relajarme, notar el contacto de sus manos en mi piel no hacía más que martirizarme, hubiera matado porque ella hubiese querido tocarme de aquella manera sin pomadas y sin excusas, simplemente porque me deseaba tanto como yo a ella, pero no era el caso. Extendía la pomada en silencio por mis costados, haciendo amplios círculos para ir cubriendo toda la zona y asegurarse de que mi piel absorbía hasta el último átomo de aquel ungüento.

—Una vez casi me quitan el arma—susurró de pronto.

Todos mis sentidos se activaron ante aquella confesión, y al ver que yo no decía nada continuó hablando sin dejar de masajear mi

espalda.

—Estaba interrogando a una sospechosa, no me pareció que fuera peligrosa, me confié y bajé la guardia. De pronto echó mano a mi cintura y cogió mi arma, no consiguió sacarla porque mi compañero fue rápido y la redujo mientras yo me quedaba petrificada como una imbécil, si aquel día mi compañero no hubiera intervenido a saber lo que hubiera ocurrido.

Suspiré hondo, fue lo único que me salió en aquel momento. Supongo que me lo contaba para que entendiera el porqué de su reacción, y lo entendía, pero no me consolaba.

—No se me dan bien estas cosas Alba—continuó—si estás así porque crees que me he olvidado del beso estás equivocada, ojalá las circunstancias hubiesen sido otras, nunca he besado a una mujer, pero me gustó mucho lo que sentí cuando tus labios me rozaron.

¿Estaba oyendo bien? ¿Le gustó lo que sintió? El nudo desapareció de mi garganta y ese lugar lo ocupó mi corazón latiendo con fuerza, quise darme la vuelta para mirarla, o besarla, o decirle algo, ni siquiera sabía lo que quería hacer, pero no importó porque Ruth no me lo permitió.

—No Alba—dijo colocando su mano en mi hombro para que no me moviera—no sé si esto es lo que quiero, y no quiero hacerte daño, es mejor que dejemos las cosas como están ¿de acuerdo?, no lo compliquemos.

Me quedé inmóvil y en silencio, conteniendo mis ganas de llorar y gritar de rabia, haciendo un esfuerzo enorme para no mirarla. Sentí como me rompía por dentro, no me había dado cuenta de todo lo que sentía por ella hasta que me dejó clara su opinión. Agradecí que hubiese sido sincera, al menos ya tenía claro que mi objetivo número uno a partir de ese momento tenía que ser olvidarme de ella.

Me besó la nuca con ternura y me estremecí al sentir el contacto de sus labios sobre mi piel, después bajó la parte de arriba de mi pijama, me tapó como si fuera un bebé y salió de la habitación apagando la luz. Oí todos y cada uno de los pasos que dio por el comedor hasta llegar a la puerta casi sin respirar, estaba completamente paralizada por la angustia que sentía, apagó la luz y cerró sin hacer mucho ruido. Me centré en escuchar sus pasos también mientras bajaba las escaleras, tuve la impresión de que iba muy lenta, después cerró la puerta de la calle y fue lo último que supe de ella.

No dormí nada en toda la noche, vi pasar todas las horas con todos sus putos minutos sin moverme ni un solo centímetro, estaba como acartonada, vacía y rota. A las seis menos veinte oí que entraba Lola en mi casa y me hice la dormida, entró con cuidado en la habitación y encendió la luz de la mesilla, hice un gesto como si me

molestara la luz y gemí como una vaca, como si me quejara porque me estaba despertando.

—No abras los ojos Alba—susurró—solo voy a ponerte la pomada y me voy.

No me moví ni un pelo, seguía en la misma posición que me había quedado cuando la inspectora se fue, así que Lola lo tuvo fácil, me destapó, subió mi pijama y me untó la pomada, después deshizo todo lo anterior, me besó la mejilla y salió sin decir nada.

Capítulo 11, quiero que vuelva mi amiga.

Otro infierno diferente comenzó para mí a partir de aquella mañana. Aunque cuando le dije a la inspectora que no quería volver a verla, en aquel momento iba en serio, no era lo que quería, en el fondo no estaba preparada para eso, al menos no para dejar de verla de golpe. Pero fue lo que pasó. Esa mañana salí a dar un paseo por la montaña para despejarme y cuando llegué a la calle había un coche aparcado detrás de los contenedores, no era el de la inspectora, algo que no me sorprendió porque no siempre venía con el mismo, lo que me aterró fue que dentro del coche no estaba ella, no lo distinguía muy bien, pero sabía que era un hombre y algo dentro de mí me dijo que ya no iba a verla más.

Durante las dos semanas que tardaron en darme el alta para ir a trabajar me convertí en una auténtica autómata, mi rutina era idéntica a diario, estoy segura de que incluso coincidía en los tiempos. Me levantaba poco antes de que Lola llegara de trabajar para que no viera que no había hecho nada en todo el día, subía la persiana y observaba el coche, seguía siendo él. Me duchaba, eso sí, no había perdido el gusto por la higiene. Cocinaba cualquier cosa para mí y para mi amiga, ella venía, comíamos, me ponía la pomada, me echaba la bronca por estar en modo avión y se marchaba. Me echaba una siesta de la que la ansiedad me obligaba a levantarme y entonces me iba a la montaña el resto de la tarde. Volvía, leía, veía algún documental porque no estaba capacitada para centrarme en ninguna serie, cenaba, Lola volvía a ponerme la pomada y me iba a dormir.

Mi amiga siempre me soltaba la misma matraca una y otra vez, desde que le conté lo que había pasado aquella noche y lo que la inspectora me había dicho, ella lo tenía claro, y yo también, solo que era incapaz de aceptarlo en aquel momento.

—Tienes que olvidarte de ella, al menos tienes la suerte de que te haya dicho la verdad, Alba. Ya sabes que no lo tiene claro, de hecho, es más que probable que lo que tenga es curiosidad y ya conoces nuestra norma: a las hetero-curiosas hay que mantenerlas lejos.

Yo asentía, le decía que tenía razón y que al día siguiente me pondría las pilas, pero no lo hacía, me seguía levantando cada mañana con el mismo traje de pena y compadeciéndome de mí misma, con la de mujeres que había y yo iba y me enamoraba de la única con la que mis opciones eran menos que las de que Lola le fuera fiel a Sergio. Así fueron esas dos semanas hasta que me dieron el alta. El domingo anterior al lunes que tenía que volver al trabajo Lola se presentó en mi casa de bastante mal humor.

—¿Quieres que me busque a otra? —preguntó clavando su dedo

índice en mi hombro en cuanto entró.

—¿Qué? —pregunté desconcertada.

—Que estoy harta Alba, tú no eres así, necesito que vuelva mi amiga. ¡Dios ¿puedes devolverme a Alba por favor?!—dijo clamando con los brazos al cielo.

Me hizo gracia su gesto, pero no me reí porque me di cuenta de que no intentaba ser graciosa, estaba cabreada.

—Estoy aquí, no me he ido a ninguna parte Lola.

—¡Y una mierda! Lo único que hay aquí es un alma en pena metida en el cuerpo sexy de mi amiga, pero mi amiga no está—gritó.

No sabía que le pasaba, aunque no tardé en descubrirlo, Lola nunca me había hablado así, pero claro, yo tampoco había estado así nunca. Las únicas veces que la había visto enfadada había sido en el trabajo, cuando se discutía con alguna compañera por alguna gilipollez y venía a mi almacén a contármelo indignada, como si fuera el fin del mundo. Cualquier suceso de ese tipo era catastrófico para ella. Me encantaba cuando se ponía así, las venas del cuello se le marcaban y se le hacía una arruguita muy rara entre las cejas, gesticulaba mucho con las manos y a mí me parecía súper sexy. Siempre acababa riéndome de ella y eso la cabreaba todavía más, al final solíamos acabar detrás de una estantería donde se almacenaban los palés vacíos y a la que la única persona que accedía era yo, y Lola.

Nos escondíamos allí y Lola siempre me acorralaba contra la pared y me besaba con desesperación hasta que su estrés se reducía, después nos abrazábamos durante un instante, nos apretábamos con mucha fuerza, casi hasta hacernos daño y las dos nos sentíamos mucho mejor después de aquello. Era una extraña forma que teníamos de liberar estrés y funcionaba para ambas. Después me miraba sonriente y me decía que me quería, yo le guiñaba un ojo y le decía que se portara bien, ella sonreía aún más y se iba a continuar con su trabajo.

—Yo necesito que vuelva mi Alba—continuó empujándome hacía el sofá—quiero que vuelva mi amiga, esa con la que me río, con la que cuento para todo, la que es mi pilar, con la que hago cosas que no hago con nadie.

Me siguió empujando hasta que caí en el sofá y no opuse resistencia, tampoco lo hice cuando se tumbó encima de mí y acarició mis labios con los dedos mientras me miraba encendida por el deseo.

—¿Qué cosas? —pregunté sorprendida por mi excitación.

—Follar, follar mucho y bien, echo de menos nuestros polvos, Alba —acercó su boca a mí oreja y me lamió ligeramente antes de continuar—yo acepto que no nos acostemos cuando tú estés con alguien, pero no lo estás—susurró mientras acariciaba mis pechos por

debajo de la camiseta—no lo estás y te gusta follar tanto como a mí, así que déjate de gilipolleces y espabila.

En realidad, hacía rato que podría haber dejado de hablar para convencerme porque, aunque lo que sentía por la inspectora no había desaparecido, de hecho, creo que había empeorado por el simple hecho de saber que no la podía tener, mis necesidades como mujer seguían estando ahí, aunque yo me hubiera esforzado por ignorarlas, llevaba más de dos semanas sin sexo y en aquel momento me sorprendí de lo mucho que me apetecía echar un polvo con mi amiga.

Nos quitamos la ropa con desesperación y nos arrodillamos en el sofá de forma que una de nuestras piernas quedaba debajo del sexo de la otra, lo hicimos sin prisa, empezamos a besarnos y a cabalgar despacio sobre la pierna de la vecina, dejando que poco a poco, el placer fuera apareciendo mientras nuestras lenguas se fusionaban de una forma que no lo habían hecho antes. Todo era lento y rápido a la vez, lentos nuestros movimientos, rápido el hormigueo que corría entre nuestras piernas con una intensidad desconocida, era como estar flotando en una nube en la que solo había calor corporal y placer. Yo acariciaba sus pechos, ella los míos, todo con cuidado, hasta que dejamos de acariciarnos y besarnos para agarrarnos al cuello de la otra y ayudarnos a empujar con el ritmo cada vez más rápido que pedía nuestro inminente orgasmo, así fue como nos corrimos la primera vez aquella tarde.

Nunca había tenido una sesión de sexo con Lola tan larga como aquella, estuve tentada en varias ocasiones de preguntarle por qué no estaba con Sergio, pero no lo hice porque no quería que se fuera. Todas sus atenciones, todos los orgasmos que me regaló, los que yo le regalé a ella, todas las risas, todas las conversaciones que alternamos con el sexo, las tres cervezas que nos bebimos, o cuatro, tal vez cinco. Todo aquello me estaba ayudando a sacar toda la rabia que llevaba dentro, la que había ido acumulando desde que conocí a la inspectora Blanco. Esa noche Lola se quedó a dormir conmigo por primera vez desde que nos conocíamos, nos pusimos de lado, frente a frente, todavía con la luz de la mesilla encendida y colocó su mano en mi cara mientras me miraba con ternura.

—Sé que no es fácil olvidar a alguien cuando te has enamorado hasta las patas nena, no te pido ni siquiera que lo intentes, lo único que te pido es que sigas con tu vida Alba, que intentes volver a la normalidad y poco a poco el tiempo te curará, cerrará esa herida que te ha dejado y alguien mejor llegará para quedarse—susurró.

Esa fue la primera vez que lloré delante de Lola, me sorprendió mucho que la persona que me acababa de decir eso fuera la misma que me había estado follando toda la tarde como si no hubiera un mañana. Me sentó igual de bien follar con ella que llorar junto a ella,

necesitaba ambas cosas y Lola me las dio el mismo día, me abrazó fuerte y debí dormirme agotada por nuestra sesión de sexo y la intensidad con la que lloré aquella noche.

Después de aquella noche me propuse hacer caso a Lola y continuar con mi vida como si la inspectora no hubiera pasado por ella. Volví al trabajo recuperada y la verdad es que me ayudó mucho tener algo que hacer, al menos durante ocho horas cada día tenía la mente ocupada, más que ocupada distraída, diría yo.

Trabajé más que nunca, no quería tener ni un solo minuto en el que ella pudiera ocupar mis pensamientos, así que, si no había un camión que descargar, ordenaba cajas, limpiaba el suelo, entraba al almacén uno a ver si tenían algo para sacar al dos, en fin, cualquier cosa con tal de no pensar en ella. Lola venía a verme con más frecuencia de la habitual con un chocolate caliente. Estaba charlando conmigo cinco minutos y después se iba.

Por las tardes volví a mi rutina habitual, nada más llegar: un paseo por el bosque, como el libro de Bill Bryson, solo que los míos no eran tan largos como el suyo, aunque sí que eran más largos que los que daba antes. Volvía a casa sobre las cinco bajo la atenta mirada de quien fuera que me vigilaba, me duchaba, comía y me entretenía leyendo, nunca había leído tantos libros como hasta ese momento.

Los fines de semana eran otro cantar, era cuando más abatida me sentía y cuando parecía que todo lo que había avanzado entre semana lo retrocedía en esos dos días. Así me pasé tres semanas, desconectada entre semana y destrozada el fin de semana, increíble, lo sé. Pero entonces llegó la cena de Navidad de la empresa, yo no quería ir, pero claro, ahí estaba Lola dándome la brasa e insistiendo en que tenía que ir y desconectar.

—Por supuesto que irás, o eso o te dejo de hablar para siempre, tú misma—aseguró poniendo morritos.

—¿Me estás amenazando? —pregunté entornando los ojos.

—Por supuesto, ¿ha sonado convincente?

—La verdad es que no mucho—me burlé divertida, Lola torció el gesto.

Nuestro jefe alquiló el salón de un hotel para la cena, como hacía cada año, al menos en eso no era un rácano. Allí nos juntábamos los dos turnos, casi treinta trabajadores. Esa fue la primera vez que vi a Sonia desde que había hablado con la policía, al principio me sentí muy inquieta cuando la vi acercarse, pensé que cuando llegara a mí sacaría un cuchillo que llevaría escondido en el manga de la chaqueta y me lo clavaría sin detenerse, como quien no quiere la cosa, en plan: yo no he sido. Después seguiría su camino y yo me caería al suelo en medio de un charco de sangre.

—Hola Alba, hace semanas que no nos vemos.

Me saludó como siempre, no noté que hubiera ninguna mala intención por su parte, así que me relajé, aunque también me ayudó pensar que probablemente fuera estaría la persona que me vigilaba, o tal vez incluso dentro, ¿o igual no había nadie y estaba sola ante el peligro?

—Hola Sonia, sí, hace bastante.

Nos pusimos un poco al día, las cuatro tonterías de siempre. Me preguntó por mi caída, al parecer Lola se había encargado de que toda la empresa se enterara mientras yo estaba de baja.

—Ahora bien, pero me di un buen tortazo, la verdad—dije mientras ambas nos reíamos.

—Oye Alba—murmuró acercándose un poco más a mí y bajando la voz.

En ese momento el miedo se apoderó de mí, pensé que lo sabía y que iba a amenazarme de muerte, se me hizo un nudo en el pecho de esos que sientes cuando te cagas de miedo o sabes que has hecho algo malo.

—Me dijeron que la policía estuvo por aquí merodeando y que hablaron contigo—susurró.

Me di cuenta de que su tono, más que de imponer miedo era de tenerlo, la que tenía miedo era ella, así que me recompuse y le hablé con una normalidad que incluso a mí me sorprendió, seguro que me hubieran dado un premio a la mejor actriz si hubiese sido una obra de teatro, o un diploma al menos.

—Sí, era algo rutinario, buscaban una empresa vacía o algo así—dije como si no tuviera importancia.

—¿Ya está? ¿Solo era eso? ¿No te preguntaron por mí? —preguntó asustada.

—No, claro que no—afirmé—¿Por qué?

—Creo que me siguen Alba, me estoy volviendo loca, creo que nos tienen vigilados y están esperando a pillarnos con las manos en la masa.

—Joder Sonia, ¿por qué no lo dejas de una puta vez?

—Lo he pensado Alba, pero no es tan fácil, a cierta gente no se la deja así como así, sé demasiadas cosas.

Cada vez parecía más asustada, y cuanto más miedo tenía ella más miedo me entraba a mí. ¿Y si esa gente para la que trabajaba la tenía vigilada a ella y la veían hablar conmigo? ¿Se pensarían que me estaba contando algo de ellos por si la mataban? Joder con Sonia de los cojones, si me paraba a pensarlo todos mis males eran por su culpa.

—Ve a la poli y haz un trato Sonia, como en las pelis, seguro que se puede hacer algo así, te pueden proteger.

—No lo sé, no sé qué hacer, tal vez lo haga—comentó como si hablara sola—tengo que hacer una entrega, quizá después mi familia y yo desaparezcamos.

Dicho eso se puso la chaqueta y se fue dejándome cagada y nerviosa en una velada que me aburrió soberanamente.

Llegué a casa y me tumbé en la cama sin desvestirme, cerré los ojos y la oscuridad de la noche junto con el cansancio acumulado durante la semana me ayudaron a conciliar el sueño antes de lo esperado.

Un ruido que me pareció sumamente agobiante me despertó, me había dormido tan profundamente que cuando abrí los ojos tardé en ubicar y descubrir la procedencia del sonido, era mi móvil, y para cuando reaccioné y estiré el brazo con esfuerzo para cogerlo, la llamada se cortó.

Lo primero que vi fue la hora, ni siquiera eran las siete de la mañana, lo que descartaba a Lola, y entonces la pantalla se iluminó de nuevo y un número que desconocía apareció en ella, dudé sobre si debía contestar o no, pero tenía la sensación de que si no lo hacía no dejaría de sonar, y yo no había terminado de dormir.

—¿Sí?

—¡Alba! Por fin joder. Soy Ruth—dijo provocándome un vuelco en el corazón que me despertó de golpe.

—Hola—contesté desconcertada.

—¿Dónde estás? —preguntó con prisas.

—En casa, estaba durmiendo...

—Pues abre bien los ojos y escúchame atentamente, ¿de acuerdo? —dijo con voz atropellada y nerviosa—quiero que te levantes y salgas de casa ahora mismo, vete a casa de tu amiga y quédate allí hasta que yo llegue, tardo cuatro minutos.

Me temblaba todo, no sabía qué pasaba, pero la inspectora parecía muy nerviosa, incluso diría que asustada.

—¿Qué pasa Ruth? ¿No puedo esperarte aquí? —sollocé asustada.

—¡Joder Alba! Hazme caso por una puta vez, sal de casa, ve con tu amiga y no le abráis la puerta a nadie que no sea yo, ¿queda claro?

—...

—¡Alba! —gritó.

—Sí, queda claro—contesté poniéndome en pie.

—Bien, ¡corre!

Capítulo 12, traición.

Ruth, en la actualidad.

Si digo que el sonido de mi teléfono al sonar me ha despertado mentiría, llevo más de una hora dando vueltas en la cama en busca de un sueño que no llega. Casi diría que me alegro de oírlo, porque a estas horas no recibo llamadas si no son importantes, lo cual quiere decir que ya tengo una excusa razonable para levantarme de la cama un domingo antes de las siete.

—Ruth, soy Álvarez, siento despertarte, pero tenemos novedades y es importante.

—¿Qué novedades?

—Sonia Soto se ha entregado hace dos horas, parece que se ha acojonado de verdad y está dispuesta a cantar lo que no está escrito a cambio de inmunidad.

—Está bien, ahora mismo voy para allá.

—No, espera, creo que deberías ocuparte de otra cosa antes...

—¿Qué cosa? —lo interrumpo extrañada.

—Esa chica que estás obsesionada con proteger, Soto nos ha pedido que la busquemos, la muy hija de puta se la ha jugado y ahora parece que se arrepiente.

El corazón me da un vuelco y todo mi cuerpo se tensa al escucharlo. ¿Qué significa que se la ha jugado?

—¿Qué ha hecho? ¿Alba corre peligro? —pregunto nerviosa mientras acabo de vestirme.

—Por eso te llamo, Soto dice que anoche tenía que entregar una cantidad importante de coca, pero que lo ha vendido por su cuenta para conseguir dinero y poner a su familia a salvo. El resumen es que cuando el que está por encima de ella la ha llamado para pedirle la pasta, ella ha dicho que una compañera suya de trabajo se había enterado del movimiento de alguna forma y se la había robado.

—Alba…—susurro con el corazón bombeándome en la garganta.

—Sí. Es jodidamente absurdo lo que ha hecho, porque en ese mundo la cuestión más importante es que Sonia la ha perdido y ahora esa gente querrá dar ejemplo con ella para que los demás sepan lo que pasa si se pierde su mercancía, pero eso no quitará que no quieran recuperar lo que es suyo.

—Van a ir a por ella joder—murmuro consumida por la rabia.

—Sí, y no creo que tarden mucho en conseguir sus datos, esa gentuza tiene demasiados contactos. He llamado al agente que tienes custodiándola y no contesta, acabo de mandar otra patrulla, pero tú vives cerca y seguro que llegas antes.

No me despido de Álvarez, cuelgo y mientras salgo de mi casa en

busca del coche marco el número de Alba que, por suerte, y por algún motivo que no comprendo todavía, memoricé en mi móvil.

Tras hablar con ella y conseguir que me haga caso, no tardo más de tres minutos en llegar. Aparco al lado del coche de vigilancia, y aunque dentro no hay nadie, veo los restos de la ventanilla izquierda sobre el asiento. Pido por radio que manden más patrullas y una ambulancia, con suerte quizá esa gentuza solo lo ha dejado noqueado, aunque algo me dice que lo más probable es que lo encontremos muerto dentro de algún contenedor cercano o detrás de un árbol.

No tengo tiempo para detenerme a buscarlo, saco el arma y corro hacia el portal de Alba, encuentro la puerta de la entrada abierta y subo las escaleras hasta su puerta de dos en dos. Cuando llego al rellano aminoro el paso y apunto hacia su puerta mientras camino hacia ella con cuidado, también está abierta y todo en un absoluto silencio que no presagia nada bueno, quiero pensar que Alba ha olvidado cerrarla con el susto y las prisas, pero tengo una mala intuición.

Me asomo despacio, siempre con el arma por delante apuntando hacia la nada, avanzo por el recibidor y justo en el momento en que me asomo al comedor para asegurarme de que está despejado, oigo un ruido, ha sido casi imperceptible, pero mi mente lo ha procesado con rapidez. Ha sido una pisada quebrando un trozo de cristal en el suelo que se ha detenido en seco, esa alerta me ha dado el tiempo suficiente para recular y ocultarme tras la pared del recibidor cuando ha sonado el primer disparo, el impacto ha dado en la esquina de la pared abriendo un pequeño socavón y salpicándome de polvo del yeso.

Una segunda bala impacta casi al lado de la primera y acto seguido oigo unos pasos, es ahora o nunca, el asesino se está desplazando y no lo hace para huir, se desplaza para encontrar una posición que le permita acercarse a mí. Me asomo y lo veo agacharse tras el sofá, es ahí cuando me doy cuenta de que han mandado a un simple aficionado, posiblemente algún pobre yonki al que han prometido su dosis diaria para siempre a cambio de eliminar a Alba.

—¡Policía! Tira el arma donde pueda verla y ponte en pie—le grito.

Su respuesta es sacar el brazo sobre el reposacabezas del sofá y disparar a ciegas en mi dirección. No sé dónde ha impactado la bala, pero desde luego no voy a permitirle disparar ninguna más. Ruedo por el suelo en un movimiento rápido y me tumbo junto a la parte delantera del sofá, lo he observado cuando este individuo se ha escondido tras él y las patas miden unos cuatro centímetros, justo el espacio que necesito para mirar, localizar la posición del individuo y dispararle por el hueco.

Un aullido de dolor resuena por todo el apartamento, rápidamente me pongo en pie y voy hacia el otro lado, la bala le ha dado en la pierna, cerca de la rodilla, y él está tirado en el suelo taponando la herida con ambas manos mientras se retuerce de dolor. Me acerco, y con el pie arrastro su pistola y la lanzo hacia la otra punta del comedor, me aseguro de que no tiene más armas y le agarro de un brazo con fuerza, él grita, pero no me importa, tiro de él y le esposo la mano junto al radiador, acto seguido le pongo el cañón de mi pistola en la frente y pregunto:

—¿Dónde está la chica?

—No lo sé—lloriquea entre mocos y babas.

No estoy para gilipolleces, así que mientras él me mira con ojos asustadizos cambio el cañón de lugar y lo aplasto contra la herida de su pierna. Sus gritos de dolor se mezclan con el ruido de los agentes de refuerzo que suben por la escalera y probablemente algunos vecinos curiosos e imprudentes que se acercan a intentar averiguar qué pasa.

—No te lo repetiré, dime dónde está o la próxima te la meto en los huevos—amenazo cambiando el cañón de sitio.

—Saltó por la ventana—balbucea—y cuando iba a ir tras ella escuché un ruido.

—¿Qué ruido?

—Usted.

Mientras el resto de los agentes entran en el piso y se ocupan de él, yo voy directa al ventanal, es amplio, de dos hojas, Alba pudo saltar sin dificultad, pero la caída no quiero ni imaginarla teniendo en cuenta que vive en el segundo piso. Me asomo aterrada, con un nudo en el pecho que no me deja respirar y miro hacia abajo, no veo nada ¿tal vez logró descender por los salientes y se ha escondido? buena chica. Saco mi teléfono del bolsillo para llamarla cuando una voz me sorprende y me asusta a la vez.

—Ruth...

Me giro hacia la izquierda siguiendo la procedencia del sonido de esa voz y la veo pegada a la baranda de otra ventana como una lagartija. Suelto un suspiro de alivio inmenso y sonrío ligeramente, ella me devuelve otra sonrisa, pero veo la angustia en su expresión.

—¿Se ha ido? —pregunta en voz baja, como si él la estuviera acechando todavía.

—No te preocupes por él, ahora dime como te saco de ahí.

—Es la ventana del vecino de al lado, el del número tres.

—Vale.

—Ruth—me llama cuando estoy a punto de ir en su busca—¿puedes darte prisa? Tengo vértigo.

—Agárrate fuerte y no te gires, en seguida estoy ahí Alba.

Voy directa a la puerta con el número tres y la aporreo como si me fuera la vida en ello, casi un minuto después un hombre corpulento la abre con cara de sueño ¿en serio? ¿no ha oído los disparos? Me identifico como policía enseñándole la placa y no espero su permiso para entrar. Abro un par de puertas hasta que doy con la habitación, subo la persiana y ahí está Alba agarrándose a la baranda con los nudillos blancos de hacer tanta fuerza. Abro la ventana y como un resorte Alba se suelta y se abraza a mi cuerpo, la rodeo con los brazos y tiro de ella hasta meterla en el interior de la habitación.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? —pregunto en cuanto la tengo junto a mí.

—No, aparte de darme el susto de mi vida no me ha hecho nada.

—Te dije que salieras del piso...

—No me dio tiempo—se queja enfadada—en cuanto me acerqué a la puerta para salir escuché ruido al otro lado, observé por la mirilla y vi a un tío intentando abrirla, así que di media vuelta y corrí hacia la ventana del comedor, la abrí y salí lo más rápido que pude con la intención de intentar bajar por algún sitio sin hacerme mucho daño, pero me dio miedo, las piernas comenzaron a temblarme y ese tío ya estaba dentro, lo único que se me ocurrió fue intentar pasar hacia el balcón de mi vecino.

—Lo siento Alba—digo con sinceridad.

—No es culpa tuya, igualmente tampoco tenía a donde ir, Lola no está, después de la cena se marchó a casa de su novio.

—Inspectora—me interrumpe un agente—hemos encontrado a Víctor, le han inyectado algún tipo de droga que le ha dejado KO y después lo han metido en el maletero del coche, el médico dice que se pondrá bien.

—Gracias Samuel.

—¿Quién es Víctor? —quiere saber Alba.

—El agente que te estaba vigilando.

—¿Por qué han venido a por mí? ¿Qué está pasando Ruth? —pregunta nerviosa.

Un médico se acerca a nosotras para examinar a Alba, ella se niega insistiendo en que está bien, pero al final se derrumba, llora con desconsuelo para sacar toda la tensión vivida esta mañana y finalmente le inyectan un calmante mientras yo le doy una botella de agua que se bebe casi sin respirar. La llevo a su habitación y la animo a tumbarse a descansar en su cama, nosotros todavía estaremos un rato por aquí, después le explicaré lo que sucede y como procederemos a partir ahora.

Poco más de una hora después, Alba despierta, nosotros hace rato que hemos acabado, de hecho, ya se han ido todos menos yo y una patrulla que vigila en la calle.

—¿Cuánto llevo durmiendo? —pregunta atontada.

—Poco Alba, ahora prepara una maleta con lo que necesites para pasar unos días fuera, nos vamos.

Capítulo 13, confesión.

Alba

Como una zombi me levanto de la cama y voy al baño, me lavo la cara para despejarme y cojo el neceser que siempre tengo preparado. Después voy a la habitación y cojo la maleta roja, la que compré con la intención de viajar sola a cualquier sitio que se me ocurriera y que todavía no he estrenado. La voy llenando mientras Ruth me observa desde el quicio de la puerta sin decir nada, yo tampoco protesto, aunque sea lo que haría en un día normal, pero hoy no lo es, alguien ha intentado matarme y jamás he tenido tanto miedo en toda mi vida, no me apetece quedarme en este piso sola ni un segundo, cualquier lugar al que Ruth quiera llevarme me parece bien mientras no me deje sola, aunque sea una cuadra.

—¿Ya está? —pregunta cuando cierro la cremallera.

—Sí, no, espera un segundo, déjame coger mi libro.

—Date prisa, ya hemos pasado más tiempo aquí del que deberíamos.

Cuando ya lo tengo todo Ruth me dice que le ha enviado un mensaje a Lola con mi móvil para avisarla de que pasaré unos días fuera.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto aturdida.

—Porque tu móvil es la forma más sencilla que tiene esa gente de localizarte, siento haberlo usado sin tu permiso, pero no podía seguir emitiendo señal.

—¿Qué has hecho con él?

—Está ahí—dice señalando un vaso de agua con los restos de mi móvil dentro.

¿En serio?

—¿Has destrozado mi móvil? —pregunto con sorpresa.

—Me temo que sí—contesta encogiéndose de hombros.

No digo nada más, la sola idea de que alguien vuelva a por mí hace que me quede sin aire durante unos segundos eternos. A partir de ahora pienso hacer todo lo que Ruth me diga sin rechistar.

—Te compraré uno cuando todo esto acabe, pero ahora tenemos que irnos.

Tras eso salimos y subimos a su coche, nos ponemos en marcha seguidas por la patrulla que hay en la calle sin que yo haga ni una sola pregunta, todavía tengo la mente espesa y la tranquilidad que me proporciona ir de copiloto me da tiempo para ir procesando todo lo que está pasando.

Llegamos a la comisaria y entramos con el coche por una puerta que se abre sola ante nuestra llegada, y para mi sorpresa, en lugar de

bajarnos y entrar en las dependencias como pensaba que haríamos, Ruth saca mi maleta y un macuto negro del maletero y abre el maletero del coche junto al que hemos aparcado, un monovolumen familiar de color gris con sillita de bebé incluida.

—Da el pego ¿no? —sonríe ante mi cara de asombro—venga, sube.

—¿A dónde vamos? —pregunto extrañada.

—A un lugar seguro, por el camino te lo explico si quieres, ahora tenemos que marcharnos.

De nuevo no discuto, montamos en el vehículo y volvemos a salir del aparcamiento, esta vez seguidas por otra patrulla con coche de calle y agentes diferentes, me siento como la protagonista de una novela negra y no me gusta.

Salimos de la ciudad y Ruth toma la salida hacia la autopista, por donde circulamos sin que yo haga o diga nada durante algo más de una hora, hasta que toma otra salida. A partir de ahí comenzamos a circular por carreteras secundarias, de esas en las que no te gustaría quedarte tirado con el coche porque seguramente nadie vendría en tu ayuda en dos semanas y acabarías muriendo de hambre, o peor, siendo la comida de algún animal salvaje de la zona.

Tras otra hora de curvas interminables, llegamos a un pequeño pueblo de esos que no tienen más de cuatro calles, con casas de piedra que necesitan una reforma urgente, la típica panadería que seguramente ha ido pasando de generación en generación y en la que venden un poco de todo, una iglesia y un pequeño cementerio justo al lado.

Nos detenemos frente a una de las casas, uno de los agentes del otro vehículo se baja y se planta ante una enorme puerta de madera de dos hojas, primero abre una puerta y después la otra, y lo que pensaba que sería un granero resulta ser un garaje enorme. En cuanto entramos, el agente vuelve a cerrar la puerta y se queda al otro lado.

—¿Ellos no entran? —pregunto desconcertada.

—No, ellos se encargan de vigilar el perímetro—contesta mientras saca las maletas.

—Perímetro…—repito en voz baja sin que me oiga. Suena a peli que te cagas.

Cojo la mía y la sigo hasta una puerta de madera maciza, Ruth saca una llave grande, tan antigua que seguro que lleva aquí desde el origen del universo, y abre la puerta. Tras esa puerta encontramos unas escaleras estrechas, de esas en las que ni un solo peldaño tiene la misma medida y donde tengo que levantar las rodillas más de la cuenta para no tropezar y darme un tortazo. Al llegar arriba me sorprendo, tras cruzar otra puerta, esta da entrada a un comedor

bastante grande, y aunque las paredes no dejan de ser de piedra y las ventanas de madera, el suelo ha sido reformado con parqué y los muebles tienen menos de cien años.

Sigo a Ruth como un cachorro a su madre hasta que abre una puerta.

—Este es el baño.

Después abre otra justo al lado.

—Y esta tu habitación, la mía es esa de en frente y la puerta que hay en el comedor es la cocina. Ponte cómoda, yo voy a darme una ducha si no te importa.

Tras eso se encierra en el baño con su macuto, estoy tan desconcertada que al principio lo único que consigo hacer es entrar en mi supuesta habitación, dejar la maleta en el suelo y mirar a través del cristal de la ventana. Me ofrece unas vistas únicas del cementerio, que con sinceridad diré que es lo que más me gusta de este pueblo, tras él solo hay árboles y un par de senderos que sin duda pienso explorar mientras esté aquí.

No soy consciente del tiempo que paso mirando por la ventana, reviviendo una y otra vez lo que ha sucedido hoy, cada vez que evoco la imagen de ese tío entrando en mi piso un escalofrío me recorre el cuerpo y siento como el pecho se me oprime. Es Ruth la que me saca de este angustioso estado dándome un susto de muerte que hace que de un respingo al girarme.

—Joder—digo con una mano en el pecho.

—Perdona, no pretendía asustarte. He preparado unos sándwiches, ven a la cocina, te irá bien comer un poco.

La miro sorprendida, no la he oído salir del baño, y mucho menos ir a la cocina, pero Ruth vuelve a estar bajo el quicio de la puerta, solo que esta vez lleva su melena suelta y mojada, un pantalón de chándal de color negro y una sudadera blanca, ahora mi corazón palpita desbocado y puedo garantizar que ya no es por el susto, es un hecho que Ruth me vuelve loca de deseo.

No es hasta que termina de hacer unos zumos de naranja y las dos nos sentamos en la enorme mesa de la cocina, cuando mis pulsaciones se van normalizando y me permiten hablar sin que se me trabe la lengua.

—¿Cuántas personas viven en este pueblo? ¿Quince?

Ruth sonríe ligeramente, y levantando la vista de su plato contesta:

—Cincuenta y una, de las cuales solo tres son niños y diez tienen menos de cuarenta años.

Vaya, ojalá me diera una información así de detallada sobre ella, podría comentarme, así como detalle, a qué se deben esos cambios de humor. Podría ayudarme a comprender una duda que me asalta desde que la conozco. ¿Por qué cuando se relaja es jodidamente

adorable y cuando está tensa se comporta como una auténtica bruja? Todo eso estaría muy guay que me lo aclarara, sí.

—Estás muy bien informada—comento sorprendida por la información tan interesante que acaba de proporcionarme.

—Es mi trabajo—dice encogiéndose de hombros mientras me dedica una sonrisa maliciosa que me recorre como un fuego abrasador.

—¿Dónde estamos?

—En Pidra, un pueblo en medio de la nada, donde nunca sucede nada y donde estarás a salvo hasta que todo acabe.

Doy un largo suspiro, llevo todo el día preguntándome qué coño ha pasado, pero sin atreverme a hacerlo porque no sé si estoy preparada para escuchar la respuesta, pero sé que si no lo pregunto, esta noche no dormiré.

—¿Por qué han ido a por mí, Ruth? —pregunto poniéndome seria.

Ahora la que suspira es ella.

—Sonia Soto se entregó anoche, después de esa cena en la que os encontrasteis se presentó en comisaría.

—Estuve hablando un rato con ella, me dijo que estaba asustada y yo le sugerí que os pidiera ayuda, me alegro de que lo hiciera.

—Ya, bueno, no fue exactamente eso lo que hizo Alba, creo que solo habló contigo porque se sentía mal con ella misma, pero cuando os visteis te aseguro que ella ya tenía muy claro lo que iba a hacer.

—¿Y que hizo? —pregunto desconcertada.

—Se entregó de madrugada, yo anoche no trabajaba, pero el inspector Álvarez sí ¿le recuerdas?

—Sí—digo frunciendo el ceño.

—Ya lo sé—se ríe al ver mi expresión—va de poli malo, pero es buen tío y un gran policía, solo hacía su trabajo. En fin, él fue quien se encargó de tomarle declaración, Soto fue muy clara, se entregaba exigiendo inmunidad y protección, y a cambio nos daría nombres, lugares, fechas, y todo lo necesario para acabar con toda su banda.

—¿Y qué pinto yo en todo eso?

—Ahí está el tema Alba, Soto no tenía la seguridad de que fuésemos a aceptar su trato, de modo que se aseguró de poner a su familia a salvo por si su plan se torcía. Para ello necesitaba dinero, así que lo único que se le ocurrió fue quedarse con la mercancía de una entrega que debía hacer y venderla por su cuenta, ahora sabemos que fueron dos kilos de cocaína sin cortar, si era de la buena estamos hablando de muchísimo dinero.

—¿Y qué? Sigo sin entender nada Ruth.

—Pues que le dijo a los de su organización que tú se la habías robado, por eso fueron a por ti y seguirán yendo hasta que los atrapemos.

Me quedo sin palabras, mirando a Ruth con tanto asombro como rabia e impotencia.

—Que hija de puta... —susurro para mí.

—Lo siento mucho Alba, ya te dije que esta gente no es de fiar, venderían a su propia madre con tal de conseguir lo que quieren.

Los ojos se me llenan de lágrimas, tengo ganas de romper algo, no puedo creerme que Sonia me haya hecho esto, vale que no fuésemos amigas íntimas, pero nos conocíamos desde hacía muchos años y sabía que diciendo eso me colocaba una diana en la espalda, me ha vendido y no le ha importado.

—¿Y ahora qué? —pregunto aterrada.

—Ahora nos quedaremos aquí hasta que el operativo termine, entonces podrás volver a casa sin tener que preocuparte más.

—¿Qué operativo?

—Como te he dicho, Soto nos ha dado todo lo que necesitamos para atrapar a la banda, mi equipo se está coordinando para atraparlos a todos a la vez, su próximo movimiento será en dos días, ya los tenemos a todos localizados y bajo vigilancia, según Soto van a recibir un cargamento gordo, los atraparemos cuando lo estén descargando.

—¿Y si os ha mentido?

—Te garantizo que no lo ha hecho, mientras tú dormías me puse al corriente de todo y le pedí a Álvarez que localizara a la familia de Soto, no fue muy difícil, fueron tan tontos que no se deshicieron del móvil de su marido, lo rastreamos y dimos con ellos cerca de Madrid. La hemos amenazado con entregar a sus hijos a los servicios sociales y encerrar a su marido por cómplice, te aseguro que nos ha dicho la verdad.

—Entonces cuando todo esto acabe, ¿ella quedará libre?

—No, Alba, con la baza del marido y los hijos, fuimos nosotros los que expusimos las condiciones del trato, ella nos dice todo lo que sabe y su marido y sus hijos quedan libres.

—¿Y ella? —insisto.

—Ella irá a la cárcel igual que el resto de su banda, solo que a un módulo aislado, porque cuando se enteren de que los ha traicionado no pasará viva de la primera noche. Eso es lo que le hemos ofrecido.

—Entonces, ¿solo queda esperar?

—Sí.

—¿Y si no conseguís cogerlos? ¿O si uno de ellos escapa? ¿Tendré que esconderme para siempre? —pregunto nerviosa.

—Es uno de los operativos más gordos que he organizado nunca, no solo disponemos de la información de Soto, también tenemos la nuestra, años de trabajo que darán sus frutos, no se nos escapará nadie Alba, los tenemos identificados y localizados a todos. Pero en el

improbable caso de que alguno de ellos consiguiera huir, entonces nos encargaríamos de correr el rumor de que fue Soto quien les robo la coca, bastaría con decírselo a un par de camellos, por esas vías la información circula muy rápido.

—¿Por qué estás aquí, Ruth? Es tu caso, tu operativo, y cuando lo tenéis todo para cogerlos tú estás aquí, conmigo.

—Estoy donde tengo que estar, Alba, en cierto modo he sido yo quien te ha puesto en peligro, yo te puse en el punto de mira con mis preguntas pese a que cada vez tenía más claro que no tenías nada que ver con los asuntos de Soto. Por eso no llegué a quitarte la vigilancia nunca, temía que algo así pudiera pasar, no exactamente esto, porque debo reconocer que hasta a mí me ha sorprendido un poco, pero sí que se dieran cuenta de que la estábamos investigando y alguien la viera contigo y se pensara que eras policía o algo así, no sé—suspira con la mirada perdida—. Es cierto que es mi caso y mi operativo, pero ya lo he coordinado todo y he delegado la actuación en Álvarez, que te aseguro que le tiene tantas ganas a esa banda como yo.

—Está bien—digo algo más tranquila—ahora solo me queda una pregunta que no me cuadra ¿en qué momento has hecho el macuto? ¿O es que eres adivina y sabías que tendrías que irte unos días?

Ruth ríe de nuevo, esta vez con ganas.

—No lo sabía, siempre llevo en el coche un macuto con todo lo necesario para pasar dos o tres días fuera. No será la primera vez que la investigación de un caso nos lleva a una población alejada y se nos hace demasiado tarde para volver, o simplemente el lugar requiere más tiempo del que teníamos previsto. En ese sentido soy bastante previsora.

Horas después, estoy tumbada en mi cama leyendo cuando la puerta se abre y Ruth se asoma.

—¿Te apetece? —dice mostrándome un par de cervezas que lleva en la mano.

—Sí—respondo dudosa.

Parece que en esta casa solo hay sitio para la mujer adorable que habita en ella, no he visto rastros de su brujería desde que estamos aquí.

—Son sin alcohol, nunca lo hay en los pisos francos.

—Me parece bien, con todos los calmantes que he tomado hoy no creo que sea buena idea añadirles alcohol.

Ahora la cremallera de su sudadera está abierta, debajo lleva una camiseta de tirantes a través de la cual, sus pequeños y firmes pezones me muestran que no lleva sujetador. El corazón me tiembla al pensar en ella y tengo que asumir que por mucho que haya

intentado olvidarla no puedo, suspiro por besar cada poro de su piel.

—Ven, te enseñaré un sitio de esta casa que todavía no has visto y que creo que te va a gustar—dice invitándome a salir.

Me pongo en pie y la sigo hasta el final del pasillo sin apartar la vista de sus pies descalzos y del erotismo que desprende su cuerpo en cada movimiento.

—Es aquí, sujeta por favor—dice entregándome los dos botellines.

Ruth coge un gancho de hierro que hay apoyado en la pared y lo cuela por una ranura que hay en el techo de madera, que al parecer está hueca pero que no se aprecia si no lo sabes. Tras meterla, tira con suavidad de algo y se abre una trampilla oculta de la que se despliega una escalera.

—Guau—murmuro sorprendida arrancándole una nueva sonrisa.

Primero sube ella, después le entrego los botellines y subo yo.

Es un altillo, o desván, no sé muy bien como llamarlo, pero tiene un gran ventanal con una puerta que da a una enorme terraza en el tejado que no se ve desde la calle.

—Vaya—murmuro sorprendida por la belleza del lugar.

—Me encanta esta casa—confiesa mientras abre la puerta—si no fuera porque es propiedad del departamento la compraría sin dudarlo.

No me extraña, desde la terraza, lo único que se divisa al frente es un frondoso y oscuro bosque bañado por la tenue luz de la luna y un manto de estrellas brillantes que hace que durante varios segundos, me pierda en ellas boquiabierta.

—Entiendo que quieras comprarla, esta terraza es como si perteneciera a otro lugar, a otro mundo.

—Cierto—sentencia—ven, sentémonos aquí—dice mostrándome el rincón.

Bajo una pequeña carpa cerrada para proteger del frío en invierno, hay una mesa de plástico, tres butacones acolchados y un balancín.

—¿Todo esto lo paga el departamento? —pregunto sorprendida.

—No, que va—se ríe—esto ya estaba aquí cuando adquirieron la casa.

Nos sentamos en los butacones, y durante varios minutos simplemente nos limitamos a observar el paisaje, dejándonos envolver por el increíble silencio del lugar y por la temperatura agradable que nos proporciona la carpa. Saboreo el momento como si fuera único, porque lo es, estoy en un lugar de película, dando pequeños sorbos a mi cerveza al lado de una mujer que me altera hasta el último sentido.

—¿En qué piensas? —me sorprende.

—En nada—digo encogiéndome de hombros—solo intento disfrutar de esto.

Ruth me mira sin decir nada, y por primera vez desde que la conozco veo algo diferente en ella, creo que es transparencia, creo

que se ha relajado y por fin se está mostrando tal y como yo pienso que es en realidad, una mujer amable, fuerte, y a la vez vulnerable, que tan solo se oculta tras un caparazón inquebrantable que la hace parecer borde, y gilipollas, eso último también.

—¿Y tú? —me atrevo a preguntar.

Ruth me enfoca con intensidad y mi cuerpo se paraliza, el aire quiere entrar en mis pulmones, pero apenas puedo respirar, solo siento los latidos de mi corazón martilleando mi pecho con fuerza y un exquisito hormigueo que no puedo controlar y que me enfada, me enfada porque sé que voy a necesitar muchísimo tiempo para conseguir superar lo que siento por ella.

—Bueno, yo pensaba en que me gustaría hablar contigo Alba, creo que… bueno, más que creer, sé—dice mostrando un nerviosismo y vulnerabilidad que hasta ahora no había visto en ella—sé que no me he comportado bien contigo, he sido una estúpida y una auténtica gilipollas y me gustaría aclararte algunas cosas—confiesa dejándome con la boca abierta.

—¿Aclararme? —pregunto confundida—no has de aclararme nada Ruth, no hace falta, las cosas son como son y ya está, la estúpida soy yo por no conseguir o no saber aceptarlas.

—No—me interrumpe recuperando toda su seguridad—las cosas no son como son Alba, me gustas, me gustas mucho joder—dice poniéndose en pie mientras yo intento asimilar lo que acabo de oír.

¿Le gusto? ¿Cuánto es mucho para ella?

De nuevo vuelve a parecer nerviosa, es como una versión errática de la Ruth que conozco, a momentos con una seguridad arrolladora, y a otros asustada. Yo también me pongo en pie, no soy capaz de articular una palabra, al menos no sin parecer tonta. Ruth acaba de confesar que le gusto, una cosa son las sensaciones que yo hubiese podido tener y otra que las palabras hayan salido de su boca. No doy crédito, ¿en qué lugar nos deja esto ahora? ¿Cómo debo actuar? Estoy aterrorizada, Ruth es tan impredecible que me da miedo dar un paso hacia ella y que me rechace de nuevo, al fin y al cabo, solo ha dicho que le gusto, pero eso no implica que quiera que pase nada entre nosotras, me siento tan frustrada que solo siento ganas de llorar.

Se pasa la mano por la cabeza en varias ocasiones mientras se mueve de un lado a otro sin saber muy bien qué hacer, ¿se arrepentirá de lo que me ha dicho? ¿ha tenido un momento de debilidad y se le ha escapado? Finalmente decido no hacer nada, simplemente me quedo observando cómo se mueve hasta que se detiene y me enfoca de nuevo, las piernas me flaquean.

—Está bien—dice por fin mientras se muerde el labio.

Definitivamente esta mujer me derrite por dentro, sus gestos me vuelven loca y acabo sentándome con cierta torpeza cuando noto

como pierdo fuerza cuando la miro. Ella también se sienta, da un largo trago a su botellín, y tras un largo suspiro se coloca el pelo detrás de las orejas y sube las piernas en el butacón, hasta conseguir una posición en la que parece que se siente cómoda.

—Estuve casada—suelta de pronto sin dejar de mirarme.

—Vale—contesto sin saber muy bien por qué.

—No, escucha Alba, quiero contártelo, ¿de acuerdo? No es algo de lo que me guste hablar con nadie, pero creo que es importante que lo sepas porque es la única manera que tengo de hacerte comprender porque me da tanto miedo lo que me pasa contigo.

—De acuerdo—respondo aturdida.

—No voy a entrar en detalles porque tampoco quiero aburrirte—sonríe con angustia—le conocí en la academia y nos hicimos muy amigos, Rubén era esa clase de persona con la que sientes que puedes hablar de todo, conecté con él enseguida, el roce hizo el cariño y casi sin darnos cuenta acabamos juntos. No fue un enamoramiento a primera vista, sucedió con el paso del tiempo y a base de toda la complicidad que teníamos. Nos casamos poco más de un año después.

La escucho con atención, lejos de molestarme que me hable de su marido, me gusta, que se sincere conmigo creo que la hace dar un paso enorme hacia mí, además habla de su marido en pasado, por lo que entiendo que ya no están juntos.

—Nuestro matrimonio era bueno, demasiado bueno supongo, aunque el sexo era cada vez más escaso. Nunca discutíamos, y yo me lo tomaba como un precio a pagar por una vida tranquila al lado de alguien con quien tenía una complicidad absoluta, poco sexo a cambio de cero discusiones.

—¿Y qué pasó? —pregunto de forma involuntaria.

—Empezó a cambiar, no respecto a mí, porque me trataba igual de bien que siempre cuando estaba en casa, pero el problema era ese, cada vez estaba menos en casa. Primero empezó con excusas del trabajo, siempre se tenía que quedar hasta tarde y cosas de ese tipo. No soy imbécil Alba, ni lo era entonces, sabía que tenía a otra, pero me daba tanto miedo confirmarlo que simplemente dejé que los meses pasaran con la esperanza de que aquello se acabara y volviéramos a estar como antes, pero no acabó, se intensificó hasta el punto de que fue él mismo quien tuvo el valor de afrontar la situación. Una tarde volvió a casa y me confesó que se había enamorado de otra persona.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada, yo tenía tan clara la situación que me sorprendió que no me afectaran sus palabras. Con lo que no pude fue con lo que vino después, me dijo que se había enamorado de un hombre. No me mal interpretes—se excusa cuando alzo las cejas—a mí eso me dio

igual, nadie elije de quién se enamora, lo que no me dio igual fue lo que me confesó después.

—¿Qué te confesó? —pregunto jodidamente intrigada.

Ruth responde tras un largo suspiro, está claro que aquel hecho todavía le escuece.

—Le pregunté que cuándo se había dado cuenta de que era gay, lo hice porque quizá me dolía más que no me lo hubiese contado que el hecho de que se hubiese ido con otra persona, al fin y al cabo, el pilar de nuestra relación era la confianza. Rompió a llorar, y entonces me confesó que lo había sabido desde siempre, desde que era un crío, que nunca tuvo el valor suficiente de admitirlo y que cuando me conoció y se dio cuenta de lo bien que se sentía a mi lado, pensó que quizá podríamos vivir una vida aceptable sin estar en boca de nadie.

—Joder—acierto a decir.

—Me utilizó Alba, yo pensaba que nuestra complicidad iba en dos direcciones, pero desde el principio él tenía claros sus planes, se casó conmigo para salvar las apariencias y no tuvo cojones a confesar hasta que aquel chico, del que sí que se había enamorado hasta la saciedad, le dio un ultimátum.

—No sé qué decir Ruth…

—No has de decir nada Alba, le odié durante mucho tiempo, odié que fuera gay y a todos los gais del mundo—se ríe—después se me acabó pasando, conseguí superar su traición pero me volví desconfiada, y cuando me di cuenta de que comenzaba a sentir cosas por ti me aterroricé—dice pasándose la mano por la cabeza de nuevo —por culpa de Rubén metí a todos los gais en el mismo saco, en el saco de la gente que podía jugar con los sentimientos de los demás y escusarse en el miedo al rechazo.

—Todo el mundo no es así Ruth, ni gais ni no gais.

—Ya lo sé Alba, ¿te crees que no lo sé? Pero apenas te conocía, y recuerda que había visto como tu amiga y tú os comíais la boca en plena calle—dice recuperando su mirada penetrante mientras yo siento que muero de vergüenza—pensé que tu interés por mí solo se basaba en el reto de conseguir meterme en tu cama.

—Lola y yo no somos nada Ruth, bueno a ver—digo nerviosa—sí que hemos tenido mucho roce, quiero decir, que nos hemos acostado muchas veces, pero es solo sexo, yo no siento nada por ella ni ella por mí, salvo amistad, simplemente pasábamos buenos ratos juntas cuando yo no tenía a nadie.

—¿Y ahora sí lo tienes? —pregunta con malicia.

—No, no lo tengo, pero estoy tan pillada por ti que soy incapaz de mirar a nadie que no seas tú—confieso por fin—no podría acostarme con Lola ni con nadie Ruth, sólo te deseo a ti.

Ruth suspira con un alivio que no entiendo y se deja caer hacia

atrás, inclinando la cabeza y mirando al cielo estrellado que reluce por el techo transparente de esta carpa.

—¿Y ahora que las dos nos hemos sincerado qué hacemos? —pregunta sin dejar de mirar al cielo.

—Yo no voy a hacer nada Ruth—sentencio con una seguridad que me sorprende—yo ya he dado varios pasos en tú dirección y siempre he recibido rechazo, no pienso volver a hacerlo, si quieres algo, esta vez la ficha la tendrás que mover tú.

Cuando termino de hablar ladea la cabeza con una suave sonrisa y simplemente asiente para hacerme saber que entiende lo que acabo de decir, ¿me está dando la razón?

Su posición ahora es jodidamente sexy, el culo cerca del borde del butacón, las piernas flexionadas y abiertas y los brazos muertos reposando al lado de su cuerpo mientras su cabeza sigue enfocada al cielo. Su posición es de lesbiana de manual, pero no se lo digo porque apenas consigo respirar, no puedo con la visión que me ofrece, la deseo tanto que si me quedo aquí acabaré flaqueando y rebajándome hasta suplicarle por un simple beso, no puedo permitirlo, así que me pongo en pie.

La observo desde arriba notando como mi sexo arde y se deshace, mi corazón está desbocado por culpa de la mujer más desconcertante que conozco y no hay nada que pueda hacer para conseguir que la situación cambie a mi favor.

—Si es posible no te lo pienses mucho Ruth, llevo demasiado tiempo sufriendo por ti como para que ahora me dejes con la incertidumbre, así que, si mañana a esta misma hora no me has dicho nada, entenderé que es un no y que entre tú y yo jamás pasará nada.

Ruth me mira con los ojos muy abiertos, supongo que sorprendida por lo firme que me estoy mostrando esta noche, y antes de romper esa sensación y que descubra que lo único que siento es vacío y un vértigo enorme al pensar en ella, comienzo a caminar hacia el interior con paso decidido, pero Ruth me detiene antes de que cruce la puerta.

—Alba espera.

Me giro esperando lo que tenga que decir, pero para mi sorpresa Ruth se ha puesto en pie y viene directa hacia mí con la mirada encendida. Comienzo a recular hacia atrás muy despacio, no tengo muy claro porque lo hago, pero algo en mi interior me dice que voy a necesitar un lugar en el que apoyarme si sigue acercándose así, cuando la tenga cerca no sé si las piernas me sostendrán.

Conforme va llegando la velocidad de sus pasos disminuye, pero no se detiene, con pasos lentos y sin dejar de mirar mi boca sigue avanzando mientras yo siento que voy a desfallecer. Ruth está a escasos centímetros de mi cara, su cuerpo ha tocado el mío, me va a

dar un infarto. Sigue andando, arrastrando mi cuerpo a su paso con su frente apoyada en la mía y sus dedos deslizándose despacio por mis brazos hasta alcanzar mi cintura. No puedo respirar, me encanta su olor y sentir el roce de sus dedos sobre mi piel, hace que mi piel se erice como la de una gallina y todo mi cuerpo se tense. Sigue avanzando, hasta que mi espalda se topa con la pared y entonces todo su cuerpo se pega al mío.

—Ahora voy a besarte ¿vale? —suspira en mi boca.

—Vale—exhalo mientras cierro los ojos y me dejo llevar.

Ruth coloca sus manos en mis nalgas, aprieta su sexo contra el mío y a la vez su lengua se abre paso entre mis labios hasta que finalmente nuestras bocas encajan como las piezas de un puzle. Ella también se deja llevar, canalizando toda la tensión que ha arrastrado desde que me conoce a través del fuego de su cuerpo. Yo apenas consigo mantenerme en pie, me siento tan bien que a veces creo que me mareo, pero Ruth no me da tregua y solo se separa de mis labios para besarme el cuello mientras sus manos se deshacen con habilidad de mi camiseta, yo tampoco llevo sujetador.

Ruth

Me detengo un segundo y aprovecho para recuperar el aliento a la vez que observo el torso desnudo de Alba con devoción, no sé cómo he podido ser tan gilipollas y haber esperado tanto tiempo para admitir que yo también estoy colada por ella.

—Lo siento muchísimo Alba—digo atrayéndola hacia mí y rodeándola con los brazos—siento todo el daño que te he hecho.

Alba me rodea también y se abraza a mi cuerpo con la fuerza de una garrapata mientras asiente con la cabeza.

—No volveré a hacerte daño, te lo prometo.

—Eso espero—dice apartándose ligeramente de mí y deshaciéndose también de mi camiseta.

—Oye—digo maliciosa—en lugar de estar quitándome la camiseta, ¿no tendrías que mirarme a los ojos mientras te pido perdón?

Su mirada se vuelve traviesa poniéndome más cardiaca de lo que ya estoy.

—¿Quieres ganarte el perdón? —pregunta socarrona.

—Sí joder, haré lo que me pidas Alba.

—Perfecto, pues hazme el amor hasta que no te queden fuerzas—ordena con la mirada encendida.

—Marchando una dosis de sexo ininterrumpido Albita, solo espero que aguantes todo lo que pienso hacerte.

Alba me mira entre aturdida y excitada. Sonrío enormemente, la vuelvo a empotrar contra la pared y antes de que se dé cuenta me

deshago de sus pantalones y sus bragas. Me pego a ella, vuelvo a besarla y dejo que mis manos se pierdan por su cuerpo, acariciando cada rincón hasta llegar a su sexo, que me recibe húmedo y caliente. Tiro de ella y la empujo a caminar hasta el balancín sin dejar de besarla, hasta que llegamos a él y la ayudo a tumbarse. Después me tumbo encima cubriendo su cuerpo con el mío.

—Nos vamos a caer—se ríe nerviosa.

—Shhh, tú no te muevas y todo irá bien—le ordeno.

Y tras eso, y viendo mis intenciones, Alba se agarra con una mano al respaldo y con la otra a la parte de abajo, yo paso un brazo por debajo de su cuello para evitar caerme con el movimiento del balancín y con dos dedos de la otra me abro paso en su interior arrancándole un gemido, después otro, Alba se retuerce de gusto y yo no soy capaz de describir lo bien que me siento estando dentro de ella, explorando su parte más íntima y sin saber porque, sintiéndome parte de ella desde el primer momento. Tras tensarse y hundir su cara en mi cuello para ahogar los últimos gritos de su orgasmo, se deja caer hacia atrás y me mira con una sonrisa que me derrite y me hace preguntarme de nuevo porque cojones he sido tan gilipollas con ella.

—Vamos abajo—dice deteniendo mi mano dispuesta a entrar de nuevo en su interior.

Obedezco y nos ponemos en pie, pero antes de dar un paso, Alba me quita también el pantalón, descubriendo con agrado que tampoco llevo bragas, me gusta estar cómoda cuando estoy en casa, y así es como me acabo de dar cuenta que me hace sentir Alba, con ella me siento en casa.

Me observa sin disimulo, por un momento me ruborizo y me entran ciertas dudas, no sobre ella por supuesto, sobre mí y mi saber hacer, ahora me doy cuenta de que Alba es una mujer experimentada con otras mujeres, yo me siento como una novata en un terreno desconocido, pero en el que sin duda adoro estar. ¿Lo habré hecho bien? Llevo semanas preguntándome como sería este momento si llegaba, si estaría a la altura o si simplemente sería capaz de hacerla disfrutar, pero ¿quién mejor que una mujer para saber lo que le gusta a otra mujer?

—¿Te ha gustado? —pregunto inquieta.

—¿Tú me has escuchado gemir verdad? —responde divertida.

—Sí.

—Pues eso—zanja sin más.

Cogiéndome de la mano, tira de mí y ambas llegamos completamente desnudas hasta su habitación, donde con sabiduría me arrastra con su cuerpo hasta que ambas quedamos tumbadas en la cama y empieza a recorrerme con besos y caricias, voy a volverme loca de placer, y si pienso que esto es rozar el cielo, Alba me hace

tocarlo cuando sus labios llegan a mis pliegues y empieza a succionar mis labios inferiores con delicadeza y destreza.

—Joder…—suspiro mientras mi mano se aferra con fuerza a la suya.

Alba aprieta también mi mano con la suya, pero en ningún momento pierde el ritmo, su lengua ha comenzado un lento recorrido por cada rincón de mi sexo provocando que mi corazón tiemble, no me puedo creer lo que siento, a cada segundo que pasa creo que voy a correrme, pero Alba se ocupa de que eso no pase reduciendo su ritmo cuando ve que me acelero.

—Alba joder—repito de nuevo.

¿Qué me pasa? No recuerdo haber emitido una sola palabra mientras mantenía relaciones con nadie, y con Alba no dejo de contenerme porque me da vergüenza decirle que no quiero que pare. Pero no hace falta porque ella no lo hace, acaba de posarse sobre mi clítoris y lame con tal destreza e insistencia, que antes de poder decir nada mi espalda se ha arqueado y varios sonidos desgarradores han salido de mi garganta.

Capítulo 14, el despertar

Ruth

Un sonido que no consigo ubicar me hace abrir los ojos con esfuerzo, apenas entra luz por la ventana, no creo que haga más de un par de horas que cumplí mi palabra y le hice el amor a Alba hasta que el agotamiento acabó con ambas. De nuevo ese sonido, pero todavía estoy demasiado atolondrada como para conseguir centrarme, lo único que pasa por mi mente ahora es una imagen tras otra de todo lo que sucedió anoche y solo puedo sonreír.

Miro a mi derecha y mis labios se topan con la frente de Alba, que tiene su cabeza descansando sobre mi pecho, está profundamente dormida. Sonrío de nuevo y la beso, después me froto los ojos e intento centrarme, de nuevo ese sonido insistente que ahora por fin soy capaz de ubicar, es la vibración de mi móvil. Estiro el brazo izquierdo y voy palpando el suelo hasta que por fin doy con él, es Álvarez.

—Dime Álvarez.

—Pasa algo inspectora, nos acaban de informar de que hay movimiento en varios de los puntos que tenemos vigilados, creo que lo saben.

—¿Un soplo? —pregunto con el pulso acelerado.

—Seguramente, alguien del departamento se ha ido de la lengua. ¿Qué hacemos? Ya sé que íbamos a actuar mañana, pero si realmente lo saben, en un par de horas como mucho lo habrán desmantelado todo.

Aparto a Alba con suavidad y me siento en la cama, me presiono el puente de la nariz con los dedos, necesito pensar con claridad, y debo hacerlo rápido.

—Está bien, vamos a adelantar el operativo, dile a todo el mundo que se prepare, en treinta minutos quiero una entrada simultánea en todos los puntos—ordeno mientras doy un profundo suspiro.

—Está bien, me pongo a ello. Te avisaré cuando todos estén en sus puestos.

—Gracias.

—Ruth…

—¿Qué?

—Sabes que si entramos ahora no podremos pillarlos descargando el cargamento que supuestamente iban a recibir mañana.

—Tú lo has dicho Álvarez, supuestamente, porque si es verdad que les han dado el chivatazo ese cargamento será desviado a otro sitio o simplemente quedará a la espera. Confío en encontrar lo suficiente en los pisos francos como para encarcelarlos a todos una

buena temporada.

—Espero que sí, y Ruth, hay algo más.

—Dime.

—Si les han dado el soplo es posible que también sepan dónde está Alba, deberíais salir de ahí cagando leches.

—Lo sé—suspiro—gracias, Álvarez.

Joder.

Noto como la adrenalina me recorre el cuerpo, está a punto de llevarse a cabo la mayor operación que he dirigido durante mi carrera y yo estoy desnuda en la cama con una mujer. Sonrío negando con la cabeza y me centro. Tras coger la radio y dar varias instrucciones a los hombres que hay vigilando esta casa, me giro hacia la chica que me ha robado la razón de ser.

—Alba despierta…—susurro con suavidad para no asustarla.

Pero creo que Alba no se despertaría aunque cayese una bomba a su lado.

—Alba…

—Mmmm—murmura sin abrir los ojos.

—Alba, tienes que levantarte, es importante—digo mientras me doy cuenta de que no tengo ni una sola prenda de ropa en esta habitación.

Voy a mi habitación lo más rápido que puedo, cojo lo necesario para vestirme de forma cómoda y vuelvo a su habitación, esta vez enciendo la luz y Alba se retuerce y esconde la cabeza bajo la almohada como una tortuga en su caparazón. Me encantaría que nuestro primer amanecer juntas fuese de otra manera, pero el tiempo apremia, aunque calculo que si realmente saben dónde estamos todavía tardarán un poco en llegar, no nos podemos dormir, y nunca mejor dicho. Me siento a su lado y le aparto la almohada de la cabeza.

—Alba tienes que levantarte ahora—digo intentando quitarle las manos de los ojos.

Pero la mujer que hace que mi pulso se disparé con frecuencia se resiste.

—Alba cariño…

—¿Me has llamado cariño? —reacciona por fin.

—Joder, creo que tú solo escuchas lo que quieres dormilona, venga levanta y vístete rápido por favor—le pido tras besarla suavemente.

—Pero me has llamado cariño—se ríe.

—Sí, y te lo llamaré muchas veces más, pero ahora hazme caso Alba.

—¿Qué pasa? —pregunta preocupada cuando por fin me enfoca y ve mi gesto serio y que me visto con rapidez.

—Es posible que sepan dónde estamos, pero no te preocupes,

estamos preparados y voy a protegerte, ¿de acuerdo? —intento calmarla.

—¿Vienen a por mí? —insiste nerviosa mientras se viste.

—Es posible, no lo sé, pero por si acaso vamos a prepararnos.

—¿Y por qué no nos vamos?

—Porque no tenemos tiempo, este pueblo solo tiene acceso desde la carretera que utilizamos para llegar, se puede venir desde ambas direcciones, pero si ya saben que estamos aquí y son listos, es muy probable que vengan desde ambos puntos. Si intentamos salir y nos los encontramos estaremos en una posición vulnerable y difícil de defender, pero en cambio, si nos quedamos aquí, nuestra posición será mucho mejor que la suya, créeme. Alba, sabes que no haría nada que te pusiese en peligro, estaremos más seguros si nos quedamos aquí, además ya hay varias patrullas de refuerzo en camino.

Mis últimas palabras parece que la convencen, y una vez estamos ambas vestidas nos trasladamos a mi habitación y recibo la llamada de Álvarez.

—Todo el mundo en posición inspectora, esperamos su orden.

—Adelante—digo sintiendo un intenso nudo en el pecho—mantenme informada por favor.

—No te preocupes, está todo pensado al milímetro y tenemos cubiertas todas las salidas, es imposible que escapen y lo sabes Ruth, céntrate en proteger a la chica.

Tras colgar al inspector le hago caso y me centro, abro la puerta derecha del armario y mientras saco un macuto negro alguien habla por la radio.

—Inspectora, soy Pablo, se acerca un vehículo sospechoso con tres ocupantes por la parte izquierda, calculo que tardarán unos cuatro minutos en llegar.

—Recibido Pablo, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Inspectora, aquí Néstor, hay otro vehículo acercándose por la parte derecha, creo que también son tres ocupantes, pero no están lo suficientemente cerca como para que pueda asegurarlo, calculo seis minutos para su llegada.

—Muy bien chicos, empieza la fiesta, ya sabéis lo que tenéis que hacer, adelante.

—Sí inspectora.

—¿Qué tienen que hacer? —pregunta Alba asustada—¿Y cómo van a protegernos dos hombres de seis o más?

—No son dos Alba, son cuatro y hay más en camino, no te preocupes, tú solo has de hacer lo que yo te diga y todo irá bien ¿de acuerdo? —digo sosteniendo su cara entre mis manos para calmarla.

—De acuerdo—concede al fin.

Le doy un beso de forma fugaz y vuelvo al macuto, del que saco dos chalecos y una pistola, después abro un maletín y saco un fusil de largo alcance.

—Ponte esto—digo entregándole un chaleco antibalas y ayudándola a ajustarlo.

Tras eso me coloco el mío y me pongo el auricular en la oreja. Cojo el fusil y le pido que me siga. Caminamos hasta el final del pasillo y usamos la trampilla para subir, me llevo el gancho que anoche utilicé para bajar la escalera y la recojo, de forma que ahora solo se puede abrir desde arriba.

—¿Es un escondite secreto? —murmura Alba con asombro.

—Algo sí, antes había una escalera normal para subir aquí, pero tras adquirirlo como piso para protección de testigos se ordenó la construcción de un lugar oculto, digamos que es una especie de habitación del pánico.

—Que pasada.

—Sí—sonrío.

Cojo a Alba de un brazo y le pido que me acompañe hasta el lado del ventanal, donde hay una pared de piedra.

—Ahora quiero que te quedes aquí y no te muevas pase lo que pase.

Un ruido sordo nos interrumpe.

—¡¿Son disparos?! —pregunta asustada.

—Sí, pero no te preocupes, aquí no van a poder encontrarte ¿de acuerdo?

Alba asiente en silencio y sé que puedo confiar en que no se moverá, mientras mis hombres me dicen por radio que hay un total de seis asaltantes y que ya han eliminado a dos, yo monto el fusil en menos de un minuto bajo la atenta mirada de mi chica. Le guiño un ojo cómplice y salgo a la terraza agazapada, camino hacia delante, sorteando nuestras prendas de ropa que se encuentran esparcidas por todo el suelo y finalmente llego a mi posición, un pilar que me permite cubrirme, pero a la vez disparar por encima del borde de la terraza, es otro punto estratégico que tiene esta casa, me permite atacar sin ser vista.

El fuego no cesa, se oyen disparos desde todas direcciones, Pablo me revela la posición exacta de un sujeto, así que me coloco en posición, lo localizo y lo abato de un disparo certero.

—Inspectora—vuelve Pablo—hemos eliminado al cuarto sujeto, pero no podemos hacer nada contra los otros dos desde nuestras posiciones, han conseguido llegar a la puerta y uno de ellos no deja de disparar desde el pasillo. A ese cabrón no se le acaba la munición y si nos acercamos nos acribillará. Néstor y Manrique están yendo hacía la parte trasera, entrarán por la ventana de la habitación trasera

tal y como hablamos, pero hasta que no lleguen está usted sola, lo siento inspectora.

—Está bien, ¿dónde está el otro?

—Dentro de la casa.

—Joder. Pablo, necesito que busques una posición elevada que te permita ver a través de las ventanas. Si lo localizas avísame, no puedo bajar si no sé dónde está.

—Enseguida.

Vuelvo hacia atrás y le pido a Alba que pase al otro lado de la pared. Nuestro escondite es seguro durante un tiempo, pero si no son tontos acabarán encontrándolo.

—Voy a tener que bajar—le susurro—tú no te muevas de aquí ¿me oyes?

Saco la pistola que llevo en la pernera, le quito el seguro y se la entrego.

—¿Qué haces? A mí no me des esto—dice asustada.

—Alba cariño, no puedo concentrarme si sé que corres peligro, necesito que lo hagas por mí, cógela, y si alguien que no sea yo o cualquiera de mis hombres sube por ahí, quiero que dispares, ¿me oyes? Dime que lo has entendido.

—Lo he entendido—dice tras un profundo suspiro.

—Bien, el seguro está quitado, si aprietas el gatillo saldrá una bala con mucha fuerza, así que ten cuidado.

—Está bien, pero ¿cómo sabré que son tus hombres? Apenas los recuerdo.

—Se identificarán como policías antes de subir.

—De acuerdo, los buenos se identifican, los malos no. A los malos les pego un tiro—murmura para sí arrancándome una sonrisa.

—Muy bien, eso es, a los malos pum—digo imitando el gesto de un disparo con la mano.

Dejo a Alba y me sitúo junto a la trampilla armada con el fusil, no es el arma más apropiada para esto, pero no pienso dejarla indefensa. Me agacho, me ajusto bien el auricular de la oreja y espero impaciente a que Pablo me revele la posición del hombre que está en la casa, bajar sin saberlo sería un suicidio. La espera se me hace eterna, los disparos en la entrada no cesan, lo cual es bueno porque es indicador de que mis hombres siguen ahí entreteniendo al segundo asaltante.

—Inspectora ahora—dice Pablo de pronto—acaba de entrar en la cocina, no tengo ángulo de tiro, pero está ahí, si baja ahora puede meterse en la habitación sin que la vea.

No contesto a Pablo, antes de que terminase de hablar ya tenía abierta la trampilla. Bajo por ella lo más rápido que puedo, el ruido no me preocupa mucho porque los disparos de fuera lo ensordecen todo. Llego a la habitación del fondo del pasillo, es la que usamos como

despacho, y cuando ya estoy a cubierto me asomo con cuidado al pasillo y le veo entrar en la habitación de Alba, me agacho y me preparo, y en cuanto sale le disparo en el pecho. El asaltante cae de espaldas y su cuerpo queda dentro de la habitación de nuevo, solo veo su pierna.

Camino hacia él sin dejar de apuntar con el arma hacia el frente, no tengo claro que esté muerto, me coloco junto al marco, respiro hondo y finalmente me asomo con el corazón a mil por hora, está herido, la bala le ha alcanzado en el pecho y en su mano derecha todavía sostiene la pistola.

—¡Suéltala! —le grito.

Intenta obedecer, pero me doy cuenta de que el dolor apenas le permite moverse, así que debo acercarme y quitársela yo, y mientras lo hago los disparos de la entrada cesan.

—Que alguien me informe—pido a través del micro.

La respuesta apenas tarda unos segundos en llegar, pero para mí es tarde.

—Inspectora está subiendo, repito, el sujeto está subiendo—dice Pablo con la voz ahogada—voy tras él, póngase a cubierto.

Pero esa respuesta llega cuando estoy de espaldas junto al otro sujeto quitándole el arma de la mano con el pie. No creo que haya tardado más un segundo en hacerlo después del aviso de Pablo, pero antes de poder girarme del todo oigo el disparo y una bala impacta el chaleco a la altura del pecho provocándome el dolor más punzante que he sentido nunca, antes de caer al suelo otra bala impacta en mi torso, esta vez cerca del diafragma, dejándome sin respiración por el impacto.

Todo se vuelve muy lento durante las décimas de segundo que van a pasar hasta que me caiga al suelo, solo puedo pensar en Alba, la he dejado sola en ese desván pensando que estaría a salvo, que yo podría protegerla hasta que llegasen los refuerzos, pero ahora estoy aquí, aguantando el punzante dolor de dos impactos de bala antes de desplomarme sobre el suelo y dejarle la vía libre a mi atacante para llegar hasta ella.

Alba confía en mí, lo he visto en su forma de mirarme, y le he fallado.

Lucho contra mí misma intentando de forma desesperada encontrar fuerzas para mantenerme en pie y conseguirle más tiempo, pero mi cuerpo no responde y mis rodillas ceden, provocándome la mayor sensación de impotencia que haya sentido jamás.

Caigo al suelo de espaldas peleando porque el aire llegue a mis pulmones cuando escucho más disparos, esta vez no me dan a mí, es fuego cruzado entre ese cabrón y mis hombres. Sujeto abatido,

escucho decir a Néstor, y el aire llega a mis pulmones junto a una oleada de alivio justo antes de que la vista se me nuble.

—¡Inspectora no se duerma! —me grita Pablo.

—Alba—susurro.

—Alba está bien ¿me oye? Manrique ha subido a por ella, en seguida baja, ahora no se duerma.

Asiento, el dolor es tan intenso que respirar se me hace muy cuesta arriba. Pablo comienza a despegar los velcros de mi chaleco y entre él y Néstor, que acaba de llegar, me lo quitan. Alba llega y se tira de rodillas a mí lado con los ojos bañados en lágrimas que no dejan de caer en cascada.

—Estoy bien—le sonrío.

—Es cierto—le confirma Pablo—ha tenido mucha suerte y los dos disparos han impactado en el chaleco.

Tras eso, y sin preguntarme, Pablo rasga mi camiseta para ver el alcance de los impactos y asegurarse de que el chaleco ha cumplido su cometido. Suerte que me he puesto el sujetador. Yo intento incorporarme, pero ni el dolor ni Alba me lo permiten, aunque sí que consigo ver dos enormes hematomas que sin duda se van haciendo más grandes conforme pasan los minutos.

—Joder como duele—me quejo apenas sin aliento, mientras dejo caer la cabeza sobre las piernas de Alba que se ha arrodillado detrás de mí.

—Te pondrás bien—susurra apretando mi mano.

Y yo tengo la certeza de que sí, sobre todo porque me muero de ganas de comenzar una nueva vida de la que ella formará parte.

Capítulo 15, ojitos.

Alba

Ruth fue evacuada en helicóptero hasta el hospital, por suerte me dejaron acompañarla, y tras hacerle varias pruebas el médico afirmó que se pondría bien, solo debía hacer reposo durante un par de semanas.

Tras pasar la noche en observación, esta mañana le han dado el alta y la he convencido para que se quede en mi casa hasta que se encuentre un poco mejor, apenas puede moverse sin que un pinchazo de dolor le corte la respiración.

—Venga ya estamos—digo mientras abro la puerta de mi apartamento.

Al pasar y ver todo el desorden que la policía dejó aquí antes de irse, incluida la sangre del tío que intentó matarme, siento una ligera opresión en el pecho cuando recuerdo el miedo que llegué a pasar.

—¿Estás bien? —pregunta Ruth.

—Sí. Va, te ayudo a sentarte en el sofá y recojo un poco todo esto.

Ruth se agarra a mis brazos con fuerza y yo aguanto su peso mientras se deja caer muy despacio en el sofá hasta quedar sentada. Puedo ver su gesto de dolor cuando cierra los ojos con fuerza e intenta soltar el aire despacio para calmarse. En cierto modo me recuerda el dolor que sentí yo con mi bochornosa caída.

—Lo siento, todo esto ha sido culpa mía Ruth.

—No digas tonterías Alba, hacía mi trabajo y me hubiese pasado igualmente, fueses tú o fuese otra. Lo importante es que tú estás bien y que toda esta mierda se ha acabado para ti—sentencia.

—¿Para mí? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Es que para ti no ha acabado? —pregunto preocupada.

—No, Alba. Tuvimos que adelantar el operativo porque alguien les dio el chivatazo, y no solo eso, quien fuese, también reveló la ubicación de la casa donde nos encontrábamos y por eso nos encontraron. Solo doce personas excluyéndome a mí conocían esa información, hay un soplón en mi unidad y no pienso parar hasta descubrir quién es. Le he pedido al comisario que me haga llegar toda la documentación del caso aquí, espero que no te importe.

—No me importa Ruth, pero no pienso dejar que trabajes hasta que no te encuentres bien.

—No voy a trabajar, solo leer—dice guiñándome un ojo que me deja atontada.

Estoy a punto de acercarme a ella con cuidado para besarla cuando alguien aporrea la puerta de entrada. Ruth se lleva la mano a la cintura de forma instintiva para coger un arma que no tiene, a mí se

me ha disparado el pulso, pero entonces, además de aporrear la puerta de nuevo también gritan. Es Lola.

—¡Ábreme so perra!

Ruth me mira con los ojos muy abiertos y yo sonrío divertida.

—Es Lola, creo que está de mal humor—digo encaminándome hacia la puerta.

En cuanto abro Lola entra como un huracán, y justo cuando estoy cerrando me suelta un collejón en la nuca que por poco me como la puerta.

—Joder Lola, ¿qué coño haces? —me quejo mientras Ruth nos observa con asombro.

—¿Qué hago? Me envías un mensaje diciendo que te vas unos días fuera sin darme más explicaciones, y cuando vuelvo aquí, Mario me cuenta toda la movida que pasó en tu piso. Te he llamado más de cincuenta veces y tu mierda de móvil está siempre apagado—dice sin apenas respirar.

—Perdona Lola…

—¿Perdona? —me corta—¿sabes lo preocupada que estaba cacho perra? —pregunta fuera de sí.

Me acerco a ella y la agarro de las manos hasta que consigo que me enfoque, y cuando lo hace, utilizo un truco que siempre me funciona con ella, le pongo ojitos.

—No hagas eso—me señala enfadada.

Pero yo insisto mientras veo por el rabillo del ojo como Ruth sonríe.

—Venga Lola, no te enfades—le suplico—tuve que deshacerme del móvil, y contarte lo que pasaba era ponerte en peligro. Perdóname —insisto con carita de cachorro.

—Está bien—acepta todavía de morros—pero quiero que me cuentes todo lo que ha pasado y, sobre todo, quiero saber qué hace ella aquí—dice señalando a Ruth—¿tengo que recordarte lo mal que lo has pasado por su culpa?

—No has de recordarme nada Lola, pero si me dejas que te lo explique todo lo entenderás.

—Puedo irme a la habitación Alba, así podéis hablar con calma— sugiere Ruth.

—No, tú no te muevas de ahí que ya sabes lo mal que lo pasas, iremos nosotras si no te importa.

—¿Y por qué iba a importarle? —gruñe mi amiga.

—Cállate Lola, ve a la habitación por favor.

Lola me mira con los ojos entornados, pero tras hacerle un gesto con la cabeza insistiendo en que me haga caso, finalmente se pierde tras la puerta de la habitación.

—Si necesitas cualquier cosa avísame ¿vale? —digo entregándole

el mando de la tele por si le apetece verla—solo serán unos minutos, Lola es mi mejor amiga y está preocupada.

—Estaré bien Alba, y no has de darme explicaciones, confío en ti.

—Vale—sonrío atontada.

La beso en los labios y Ruth cierra los ojos con una plácida sonrisa dibujada en la cara. Me voy a hablar con Lola.

—¿Follasteis? —pregunta en voz baja después de que le haya contado todo lo sucedido.

—Joder Lola, podrías ser más delicada ¿no? —me quejo abochornada.

—Uy sí, se me olvidaba que follar solo follas conmigo, con ella haces el amor—se burla divertida.

—Déjate ya de gilipolleces Lola, estoy loca por ella, ¿puedes entender eso? —pregunto aturdida.

—Claro que lo entiendo tonta—dice envolviéndome con sus brazos —solo quería meterme un poco contigo. ¿Entonces estáis juntas?

—Creo que sí, no sé, tampoco lo hemos especificado, pero creo que no hace falta.

—Joder—murmura—al final mi pequeña Alba ha conseguido conquistar a la fiera indomable. Eres una máquina.

—No es una fiera, ni indomable, bueno, tal vez un poco de ambas cosas—confieso.

Las dos reímos y Lola me observa durante unos segundos con una expresión que yo conozco muy bien.

—Me alegro muchísimo por ti Alba, en serio, espero que os vaya muy bien—dice abrazándome otra vez.

—Parece que te estés despidiendo Lola, no me gusta cómo suena.

—No me despido de ti, solo de nuestros eternos y exquisitos encuentros sexuales, los voy a echar mucho de menos—se lamenta.

Supongo que en el fondo yo también, el sexo con Lola era una vía de escape muy gratificante y fresca, pero ahora empieza una nueva etapa de mi vida en la que esa vía de escape solo me apetece tomarla con Ruth, Lola y yo a partir de ahora tenemos que reducir nuestra relación solo a la amistad. Nuestro abrazo se rompe por el sonido del teléfono de Lola.

—Es tu madre—dice tras mirar la pantalla—supongo que al no poder contactar contigo me llama a mí, contesta tú para que no se preocupe.

Resoplo, las llamadas de mi madre suelen ser eternas entre sus quejas y su arsenal de preguntas del tipo, ¿qué has desayunado hoy? Lola me entrega el teléfono y sale de la habitación, yo me siento en la cama y me pongo cómoda, esto puede ir para largo.

Lola

Salgo de la habitación y veo a la inspectora observarme con detenimiento, no ha cambiado su posición ni un milímetro. ¿Será cosa del entrenamiento policial?

—¿Y Alba? —quiere saber.

—Su madre la ha llamado a mi móvil, estarán un buen rato y he pensado que es un buen momento para que tú y yo tengamos una pequeña charla antes de irme.

Una sonrisa desafiante se dibuja en los labios de la inspectora, esto se pone interesante. Separo ligeramente la mesita y me siento encima, justo delante de Ruth Blanco, la mujer que se ha adueñado del corazón de mi mejor amiga.

—Tu dirás—dice haciendo un gesto con la mano para invitarme a hablar.

—Lo cierto es que no es mucho lo que tengo que decir, solo quiero saber que intenciones tienes con Albita, porque si has venido aquí para jugar con ella y joderla otra vez ya te estás largando ¿me oyes? Me da igual que hayas recibido dos balazos para protegerla, de poco servirá si le rompes el corazón de nuevo—sentencio de un tirón.

Joder, que bien me ha quedado el sermón de folla-amiga que acaba de quedar relevada a solo amiga.

—¿Me estás amenazando? —pregunta con un tono vacilón que me hace entender porque Alba está colada por los huesos de esta cabrona.

—No te amenazo, te advierto—le aclaro.

—Está bien—concede—en una situación normal no me molestaría en contestarte, ya somos bastante mayorcitas como para que tenga que andar por ahí dando explicaciones, pero eres importante para Alba y eso lo respeto. Lo único que tienes que saber es que la quiero, sé que le he hecho daño y te puedo garantizar que más que a mí, no le jode a nadie lo que le he hecho, me arrepentiré cada día de mi vida, pero nosotras ya lo hemos aclarado y me ha perdonado. Solo puedo asegurar que no tengo ninguna intención de hacerle daño, espero que eso te sirva y te tranquilice.

Y lo hace, puede parecer una mujer prepotente y autoritaria, pero estoy de acuerdo con Alba en que solo es una coraza para protegerse.

—Está bien, te creo—digo en son de paz—ahora ya puedo irme tranquila.

—¿Irte? No, que va, yo también tengo una pregunta para ti, Lola, no te levantes—ordena.

Joder, como me ponen las mujeres con carácter.

—Muy bien—contesto sin dejar de mirarla—¿cuál es tu pregunta?

—Es muy sencilla, ¿tengo que preocuparme por lo que había entre Alba y tú?

Una mujer directa, si señor.

—No, puedes estar tranquila, Alba jamás te traicionaría en ese sentido—digo con sinceridad.

—No es de Alba de quien no me fio, es de ti.

—Bueno, he de reconocer que tu preocupación por mis encantos y mis dotes de seducción me halagan—me burlo mientras ella me arrasa con la mirada—pero no, puedes estar muy tranquila, yo respeto la propiedad ajena, puede que repela la monogamia, es algo que nunca ha ido conmigo, pero envidio a quien cree en ella Ruth—confieso sorprendiéndome a mí misma—sé que mi novio tarde o temprano se acabará cansando y me abandonará, mi condición de libertad también es una condena a una vida solitaria. Alba ha tenido suerte de tenerte, y tú mucha más por tenerla a ella, así que cuídala por favor, yo no seré un problema para vosotras te lo juro.

—De acuerdo—sonríe, y está vez lo hace de forma amable, en el fondo sé que le caigo bien, y debo reconocer que ella a mí también.

—¿Amigas entonces? —dice ofreciéndome la mano mientras un suspiro de dolor se escapa de su garganta al moverse.

—Amigas—confirmo estrechando su mano.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta Alba que acaba de salir de la habitación.

—Todo bien—contestamos las dos a la vez.

La sonrisa de Alba junto al quicio de la puerta creo que lo dice todo.

—Bueno, yo me marcho ya, he quedado con Sergio.

Ruth

—¿Qué? —pregunta Alba sin moverse del sitio.

—Nada—sonrío yo también con la mirada clavada en sus ojos.

—¿Y entonces por qué me miras así? —pregunta nerviosa.

—Porque eres preciosa, anda ven aquí.

Alba se acerca despacio y se queda parada a una distancia prudencial. Puedo notar lo acelerada que está su respiración bajo esa camiseta, pero lo que más me gusta es percibir como crece su excitación mientras la devoro con la mirada.

—Ven aquí—insisto señalando mis rodillas.

—No, eso no es buena idea Ruth, todavía estás…

—Alba, ven aquí ahora, joder—ordeno con la voz ronca de deseo.

Muy despacio, y con la mirada completamente encendida, Alba se sube a horcajadas sobre mis piernas, sentándose con una delicadeza exquisita para no hacerme daño. Coloco la mano por detrás de su cuello y la atraigo hacia mí, hasta que mi chica se deja llevar por la excitación y es ella la que me besa con una profundidad que me

derrite por dentro.

Mientras seguimos nuestro exquisito beso y ella utiliza las manos para acariciar mis orejas con la yema de los dedos, yo comienzo a pelear con el botón y la cremallera de sus pantalones.

—Ruth no…—suspira en mi boca.

—¿No quieres?

—Joder, claro que quiero, pero…

—Pues ayúdame cariño, porque lo único que me apetece ahora mismo es estar dentro de ti.

Alba se separa ligeramente de mí boca mientras su pecho sube y baja completamente alterado, finalmente, en un movimiento rápido se pone en pie, se quita toda la ropa de cintura para abajo y vuelve a colocarse a horcajadas sobre mí. Mi mano se pierde en la humedad de su sexo, ella hunde su cara en mi cuello besándolo sin cesar, y yo introduzco dos dedos en su interior arrancándole un gruñido placentero que acaba con la poca cordura que me queda. Comienzo a mover mis dedos lentamente en su interior, y finalmente es ella misma la que sigue cabalgando a su ritmo hasta estallar y abrazarse a mi cuerpo con fuerza mientras ahoga sus últimos suspiros.

Durante unos segundos, su abrazo me causa tanto dolor que se me corta la respiración, pero merece la pena.

—Perdona—susurra sin despegarse de mí.

—No pasa nada cariño, estoy bien, así estoy mejor que nunca—confieso mientras una inmensa felicidad me invade hasta el punto de que noto una lágrima resbalar por mi mejilla.

Instantes después, y sin saber muy bien como ha ocurrido, me encuentro tumbada en el sofá mientras veo como Alba se deshace con facilidad de mis pantalones y mi ropa interior.

—Alba…

—No te haré daño lo prometo—dice con una sonrisa maliciosa después de que su lengua se haya paseado por encima de mis labios superiores volviéndome loca de placer.

—Vale—exhalo en un largo suspiro.

Alba recorre mi sexo con la lengua con una calma atroz, y mientras el contacto de su sabio músculo me devuelve una descarga de placer tras otra, más lágrimas de felicidad siguen resbalando por mis mejillas.

FIN

LA AUTORA

Si estás leyendo esto es porque gracias a Amazon, he tenido la oportunidad de poder autopublicar mis novelas. Es una gran ventaja porque me permite mostrar mi obra al público, pero también tiene un inconveniente, y es que soy yo misma la que también se encarga de la edición y maquetación, así que desde aquí quiero pedirte disculpas si has encontrado algún error, ya que, aunque me esfuerzo al máximo, al conocer de memoria el contenido de la novela, me resulta muy difícil detectar algunos fallos.

Aprovecho también para pedirte desde aquí, que dejes tu opinión en Amazon para ayudarme a darle visibilidad al libro, ese es el mayor de los regalos que puedes hacerle a un autor@.

Espero sinceramente que hayas disfrutado con esta historia.